Al filo de la letra

Antología literaria

Al filo de la letra

Antología literaria

COORDINADORES

Marcos Hiram Ruvalcaba Ordóñez

Ricardo Sigala Gómez

María Teresa Orozco López

Primera edición, 2026

D.R. © 2026, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
José Parres Arias 150
San José del Bajío
45132, Zapopan, Jalisco, México
Consulte nuestro catálogo en: www.cucsh.udg.mx

ISBN:

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

A Kevin, incansable lector de Dostoyevsky.

Índice

Presentación 13

Al filo de la escritura 15
Luis Martín Ulloa

Frida Cárdenas Acosta [19]
La sirena feliz 20

José Manuel Casillas Sánchez [29]
¿Otra foto, señorita? 30
¡Bajan! 32
Campaña de vacunación 34
Aquella mañana y esta tarde 39

Andrea Silvana Velázquez Marcial [41]
La casa de la abuela 42
Constelación 46

María Esmeralda Cuevas Rincón [48]
Las brujas nos maldijeron 49
Pinche Madre 54

Uriel Velázquez Bañuelos [59]
El color en su ojo 60
Lo que el fuego se llevó 66

Sara Alicia Ruiz Bolaños [72]
Vacío 73
Entre la penumbra 74
Una y otra vez 76
Frialdad 78
Viaje subterráneo 80

Francisco Mazatl Bernal Reyes [84]
Cuatro hombres en un estacionamiento 85
Una cuestión de suerte 91

Andrea Elizabeth Ramos Hermosillo [95]
Matar al padre 96
XY 100
La fiesta 103

Ernesto Gabriel González Santiago [108]
Devórame 109
Ekalia 114

Andrea Estrada Aguilar [116]
No lo conocí 117
Un peso 122

Kevin Ramírez Gómez [127]
Digo yo como esperma 127
Mierda de artista 129

Itzel Picazo [137]
Pecados verdaderos 137
Poesía 145

Teresa de Jesús Vilchez Gómez [147]
La crisálida 148
Tía Pilla 149
Lo femenino tiene cuerpo 151
El decimosexto arcano (la torre) 152
El idioma de los perros 154
Ese dios tuyo es cruel 155

Valeria Venegas [157]

Carlos Arnoldo Salcedo Mejía [165]
Opio negro sobre rojo 166
Juego de constelaciones 168
Grito de 1/2 noche 170
Entumecido 173

Goretti Laguna [176]

Israel Gallegos Olguín [184]
El infierno es una ciudad demasiado dulce 185
Ornitorrinco alado 188
Me has devuelto el amor, porque tú vives de él 192

Luna María Cueva García [194]
Las niñas de ojos de zafiro 195
Otros géneros 203

Mariana Camacho Cruz [205]
La zumba: entre treinta módicos pesos y algo más que baile 206

Mayra Briones Hoch [214]

Ximena Aragón [226]
Fue una Ford Ranger 2005 226
La guerra 231

Alejandra Andrade Rosales [236]
Amarillo húmedo 237
Con todo el peso del mundo 240
A la muerte le gustan las flores 243

Presentación

En marzo de 2026, el Departamento de Artes y Humanidades del CUSur y el Departamento de Estudios Literarios del CUCSH firmaron un convenio de colaboración académica interinstitucional. Dicho documento derivó de una serie de actividades llevadas a cabo a lo largo de más de una década entre ambas instituciones que incluían —por nombrar algunos ejemplos— estrategias de cooperación a partir de la Cátedra Julio Cortázar, o bien el intercambio académico de profesores tanto del CUCSH como del CUSur, con la intención de fortalecer la formación de los estudiantes de ambos programas. A la luz de estos antecedentes, el objetivo del convenio ha sido estrechar y fortalecer la colaboración académica en materia de docencia, investigación, extensión y generación de publicaciones y eventos culturales entre los profesores y los alumnos de las carreras y posgrados vinculados con ambos departamentos.

Este libro ha nacido como resultado de esta colaboración. *Al filo de la letra* es un esfuerzo colectivo forjado para presentar, ante los lectores de dentro y fuera de la Universidad de Guadalajara, el trabajo literario producido por estudiantes activos de la Licenciatura en Letras Hispánicas del CUSur y de la Licenciatura en Escritura Creativa del CUCSH. Se trata de un muestrario que reúne los trabajos de una veintena de jóvenes autores que constituyen, hoy por hoy, una realidad en la producción literaria de nuestra universidad y, aún más, de nuestro estado. Dicho sea de paso, esta antología constituye la primera

de una serie de publicaciones en coordinación entre ambos programas académicos, a desarrollarse en los próximos años e involucrando a un número creciente de actores de las licenciaturas antes mencionadas.

Los géneros que se agrupan en esta antología van desde la ficción hasta la no ficción. Poesía, narrativa, dramaturgia, ensayo, crónica; en cada uno de estos géneros, los jóvenes autores de *Al filo de la letra* vierten sus imaginarios y cosmovisiones, presentando un mosaico bien integrado de la realidad artística de nuestro estado. Asomarse a estas producciones es conocer también aquellos tópicos que preocupan a nuestras juventudes: la violencia, la crisis de identidad, la discriminación, el desfase generacional. Cada texto es también una trinchera, un espacio de reflexión y una oportunidad de ver un reflejo más o menos humano de nosotros mismos.

Al filo de la letra inaugura un espacio de diálogo entre dos realidades académicas hermanadas por un mismo compromiso: la palabra escrita. El lector tiene en sus manos un libro que contiene —no nos queda duda—, algunas de las voces que serán protagonistas de la literatura jalisciense en los próximos años.

Al filo de la escritura

Luis Martín Ulloa

¿Por qué escribimos? ¿Para qué? En algún momento del ciclo escolar de mis clases de Escritura y de Literatura, son preguntas que siempre me gusta hacer a mis alumnxs. Me solaza ver primero sus caras de asombro, de desconcierto ante un cuestionamiento en el que muy probablemente nunca habían pensado antes. Las respuestas van desde la casi irresponsable "porque me gusta", pasando por la tierna "siempre me gustó crear otros mundos", para seguir por la confesional "desde niñx me refugiaba en la escritura", que se emparenta con la dura "era la única manera de evadirme". Hasta llegar a una aseveración que aparece sin falta cada semestre, cada año, pero no sé qué tanto se debe a ese tipo de enunciados que tomamos de algún lugar y lo asimilamos casi sin pensarlo: "escribo lo que yo quisiera leer". Las preguntas quedan flotando, dando vueltas por el aire del aula, porque el reto implícito (es obvio) es no llegar y/o no querer llegar a una respuesta que nos satisfaga a todxs. Luego los tranquilizo: la escritura no solamente se escribe, por supuesto que se piensa, se reflexiona. Se planea y calcula. Y hay ocasiones en que debemos sentarnos a pensarla, así nomás, sin tomar la pluma (ay, qué imagen que ya suena anacrónica), o mejor dicho, sin comenzar a chocar las yemas de los dedos en el teclado. Y como me gusta desafiarlos constantemente, avanzo con un *¿pueden vivir sin escribir?* Nomás para que continúe el gozo de indagar en los recovecos de los procesos escriturales.

Y todo esto viene muy al caso, pues tiene que ver con el motivo que nos reúne hoy: celebrar la reunión aquí, en estas páginas de *Al filo de la letra*, de veintidós nuevas voces, de quince escritoras y siete escritores noveles que están escribiendo desde las aulas de la Universidad de Guadalajara: en la Licenciatura en Letras del CUSUR y la Licenciatura en Escritura Creativa del CUCSH. Veintidós personas de diferentes edades, aunque la mayoría se encuentra entre los 20 y 24 años; también muchas de ellas originarias de las ciudades donde se encuentran sus programas de estudio, Ciudad Guzmán y Guadalajara, pero igual con algunas invitadas de otras ciudades y otros países.

No sé si estas chicas y chicos alguna vez se preguntaron ¿para qué escribo? Pero de lo que sí me convencí al leer sus textos es que hay en todxs una convicción plena de estar en lo que desean estar. Eso es patente en el cuidado que han puesto en el lenguaje empleado, en las historias, en la percepción *de* la voz y *desde* la propia voz poética.

Es precisamente en la poesía donde se advierte una variedad más amplia de registros: partiendo de una misma actitud de compromiso con el género, qué voces tan diferentes las de Teresa de Jesús Vilchez, Valeria Venegas, Carlos Arnoldo Salcedo, Goretti Laguna, Israel Gallegos y Luna María Cueva. Algunas parten de una tradición poética ya reconocida, otras experimentan e indagan, se sumergen en rutas insospechadas sin duda en busca de nuevos acentos, de renovadas miradas.

En cuanto a la narrativa, asuntos esenciales son acometidos con muy buenos resultados, por ejemplo la creación de personajes, como se descubre a la perfección en los cuentos de Frida Cárdenas y Esmeralda Cuevas. Como podríamos suponer en las escrituras jóvenes, también hay interés por géneros que usualmente han provocado cierta fascinación. Así, hay atisbos de literatura fantástica en los textos de José Manuel Casillas y Andrea Silvana Velázquez; como de igual manera, descubrimos guiños hacia la ciencia ficción en Francisco Mazatl Bernal y Ernesto Gabriel González.

Por la elección de temas, de resoluciones formales y puntos de vista, otro asunto que se advierte es que sí, saben a la perfección que

a escribir se aprende escribiendo, pero también (reflejo de su entorno académico sin duda) investigan, estudian, asimilan teorías, están en contacto directo y cotidiano con las tensiones y espíritus de su época. Así encontramos por ejemplo la perspectiva de género en la narrativa de Andrea Elizabeth Ramos y la poesía de Valeria Venegas. O la inclusión de identidades cuir en el cuento de Frida Cárdenas. Y de igual manera estas inquietudes se manifiestan en el ejercicio de otros géneros como la crónica y el ensayo, e incluso la imbricación de todos ellos.

Y ya que en este libro se abordan de manera constante en muchos de los textos, situaciones y preocupaciones que competen sobre todo a una delimitada etapa de la experiencia vital, me atrevo a aventurar otra posible lectura: una cartografía de asuntos que ocupan precisamente hoy y aquí, a las adolescencias y juventudes. No hay mejor manera de celebrar a estas nuevas voces y las rutas que están marcando, que en efecto leyéndolas. Así que están invitadxs a conocer de cerquita este excelente muestrario de literatura joven hecha en Jalisco.

Frida Cárdenas Acosta

Fue becada por la Fundación para las Letras Mexicanas en el 2024, para participar en la décimosexta edición del curso de Creación Literaria para Jóvenes en Xalapa, Veracruz. También obtuvo el tercer lugar en la categoría de cuento "Luis Arturo Ramos" de el Premio al Estudiante Universitario 2025 de la Universidad Veracruzana. Sus narrativas se ven atravesadas por lo norteño, lo queer, lo marginado y lo neurodivergente, concediéndoles su espacio literario en el día a día. Busca envolver a los que la leen con sentimientos crudos, pero también conceder una pizca de esperanza para enfrentar la apresurada modernidad con ayuda del indomable espíritu humano.

La sirena feliz

—¡Julián! ¡Tu pinchi hija estaba hablando de nuevo con el puto de la calle! —Gritó mamá, jalándome del brazo para que entrara a la casa.

Me aventó al sillón, quedándose parada frente a mí como una orden silenciosa de que no me moviera. *Ese pinchi joto…*

—Ese pinchi joto te va a pegar alguna marranada —habló papá, saliendo de su cuarto— ¿Y luego qué vas a hacer? Ni tu mamá ni yo vamos a gastar dinero en tus pendejadas.

Papá me miró de arriba a abajo, luego se giró a ver a mamá.

—Que se meta a bañar —ordenó él antes de volverse a meter a su cuarto—, apesta al pinche cigarro de esos viejos.

—Ya oíste a tu papá, metete al baño.— me dijo mamá.

Me levanté del sillón, sintiéndome todavía tensa. Seguí a mi amá hasta el baño y me desvestí. Ella tomó la cubeta que estaba en la regadera y se fue a calentar agua en silencio.

Me quedé bichi sobre el retrete, esperando que alguno de los dos llegara con sus comentarios pasivo-agresivo y sintiéndome pendeja por haberme desnudado sin esperar a que llegara el agua caliente.

—¿Te tocó? —Me preguntó mamá, entrando con la cubeta.

El balde estaba lleno a la mitad de agua hirviendo, mamá lo puso debajo de la regadera y abrió la llave para llenarlo un poco más de agua fría. Mientras lo hacía no me miró.

—¿Cómo?

—Azucena, ¿te tocó?

—No.

—Si te tocó, tienes que decirme. Nadie te puede tocar, ¿entiendes?

—No me tocó.

—Porque ya sabes cómo son los hombres, Azucena.

—*Ella* no es un hombre.

—No me importa lo que *ella* diga, ya sabes cómo son.

Nos quedamos en silencio, escuchando el agua fría caer en la cubeta y mezclarse con el agua caliente de esta. Comencé a llorar sintiendo el nudo en la garganta, el escozor en la cara. Mamá se giró a verme.

—¿Por qué lloras? ¿Sí te tocó?

—Qué no —respondí apenas en susurro, con las palabras enredadas en la lengua.

—¿Entonces? ¿Por qué lloras? El agua ya está lista.

Me metí a la regadera aún llorando, las lágrimas se habían desbordado aún más con las nuevas interrogantes.

—Porque no me crees —respondí, corriendo la cortina floreada detrás de mí para tener privacidad.

A jicarazos empecé a bañarme para quitarme las lágrimas y los mocos de la cara.

—Pues es que no manches, Azucena. ¿Cuántas veces te hemos dicho tu papá y yo que no te juntes con los de esa casa? ¿Nos has hecho caso?

—No me han hecho nada, la Chula siempre te compra frijoles.

—Pues sí, pero, no es para andar haciendo amistad con ellos; ya sabes en lo que están metidos y no queremos que termines así. Son mayores, se pueden aprovechar de ti.

—Ellas no son así.

—Nunca se sabe cómo es de verdad la gente que anda metida en eso, es mejor tener cuidado. No quiero que aprendas lecciones a las malas, Azucena.

Seguí llorando en silencio el resto del baño. Cuando salí de la regadera mamá ya tenía una toalla extendida para cubrirme, me cubrí con ella.

Mamá me abrazó con fuerza cuando ya estaba envuelta como tamal.

—Queremos lo mejor para ti, mi vida. Cámbiate y luego vienes a cenar, ¿sí? Voy a hacer molletes con el queso bien doradito, como te gusta.

Asentí. Cuando mamá salió del baño, me quedé sentada en el escusado, mirando el piso, esperando que el tiempo me secara lo suficiente para poder salir a ponerme la pijama. Escuché a los perros del vecino ladrando y cómo mamá se movía por la casa.

—El pinchi cigarro que compra el joto ese es horrible, se impregna en todos lados —escuché a mamá decir, seguro hablando con papá—, ya hasta se metió el olor al cuarto. Abre la ventana, mañana lavo las sábanas.

No mentía, el olor del cigarro de Carolina era horriblemente fuerte. Nunca fumaba enfrente de mí, pero de todos modos se me impregnaba el tufo a tabaco que siempre llevaba. Pobre Carolina, mañana tendría que escuchar los gritos de mi amá fuera de su casa.

Pobre Chula y Nuvia, tendrían que aguantarse las ganas de regresarle los gritos.

Y pobre de mí, que, en lo que cenaba los molletes, alcanzaba a escuchar la ligera discusión que mis papás mantenían en su cuarto. Las palabras apenas alcanzaban a llegar a mis oídos, pero uno que otro grito sí se le iba a mamá. El pan de cada noche, junto con el de los molletes.

Entre más los escuchaba más pequeña me hacía sobre la silla, sobre todo cuando hablaban de mí.

—¿Cómo no le vas a reclamar a tu jefe, Julián? No te paga lo que es y tenemos que mantener a la plebe en la escuela.

Cuando me fui a dormir, seguían discutiendo y mencionándome. *Ni tu mamá ni yo vamos a gastar dinero en tus pendejadas,* la voz de papá perforaba mi cerebro. Me pregunté si las plebes estarían ya en "La Sirena Feliz", ganando dinero por bailar y beber tragos falsos con los hombres borrachos de la colonia.

¿Qué pasaría cuando el jefe de papá dejara de pagarle? ¿Pondría excusas para no hacerlo durante semanas? ¿Excusas que papá aceptaría,

no renegaría y se seguiría presentando? ¿Qué pasaría conmigo, con la escuela?

Mamá me metió botes con frijoles puercos en la mochila.

—Dáselos a las niñas de esta lista, les agradeces por haber comprado. Muchas gracias, hija —dijo, despidiéndose de mí en la entrada de la casa.

Mi primer trabajo, repartidora de frijoles puercos. Pero ni siquiera era un trabajo, el dinero no se quedaba en mis manos, ni tampoco en cosas que fueran para mí; teníamos que pagar la renta, los recibos, la comida. El dinero de los frijoles no alcanzaba para todo, el dinero que papá traía tampoco. Cuando los gastos de la escuela se acumularán, me sacarían y ya no habría forma de pagar más cosas, porque ya no habría niñas a quienes entregar frijoles por encargo de sus mamás.

O papá reclamaba su dinero o…

—Tss, niña, a tu mamá no le va a gustar verte aquí —renegó Carolina y apagó su cigarro contra la suela de su chancla en cuanto me vio aparecer.

Aunque ya casi era hora de que se fuera a trabajar seguía fodonga, sin pintura en la cara y con el cabello maltratado y tieso reunido en un molote. Al menos ya se había pegado las uñas postizas para esa noche. *Parece un hombre lobo con esas garras*, escuché la voz de papá en mi cabeza.

—Fue al trabajo de mi apá, regresa luego —respondí yo, Carolina chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—Luego, si se entera, me viene a hacer relajo a mí —explicó.

Pero en vez de echarme, se deslizó para darme espacio. Me senté a la par de ella, en el escalón que daba entrada a su casa.

—No tienes porque apagar tu cigarro, no me pasa nada —le comenté—, y mi mamá también me hace relajo cuando sabe que vengo.

—Pasa un poli, me ve con el cigarro al lado tuyo y me manda a barandillas —dijo Carolina mientras negaba con la cabeza—, y tú sabes que no me ponen del lado de las señoritas.

—Las niñas de mi escuela fuman y nadie hace nada.

—Los cigarros de chocolate no cuentan como cigarros.

Rodé los ojos y apoyé mis codos sobre mis piernas, dejé de mirar a Caro y miré al perro que nos veía desde el techo de la casa de enfrente.

—¿De qué chingados hacen a los niños ahora? ¿Cómo se les ocurre fumar en 5to de primaria?— Murmuró Caro, lanzando la cajetilla y el encendedor dentro de su casa.

—Voy en 1ero de secundaria.

—¿Y qué te dice tu mamá cuando te regaña por venir?

—Que tus cigarros apestan horrible y el tufo apesta la casa. Y que me vas a hacer daño, no sé, luego dice que nadie debe tocarme y se pone a darme esas pláticas extrañas.

—Pues no se equivoca, nadie debe tocarte. Nadie que tú no quieras. Y mis cigarros si están culerillos.

—¿Qué te dice a ti cuando te viene a gritar?

—Que me va a mandar la patrulla a "La Sirena Feliz" y que pobre de mí que me cruce con tu apá, porque él sí me deja sin dientes.

—Tú eres más alta que mi papá.

Caro soltó una carcajada, lo cual me hizo sonreír a mí. Siempre hablaba con voz aguda, *voz de joto* diría mi papá. Pero cuando se reía, salía su voz más grave, la parte de ella que escondía; por eso no le gustaba reírse. Me gustaba hacerla carcajear, conmigo parecía que ella no tenía problemas en sacar lo que ocultaba, lo que metía al fondo de su closet, con las pelucas viejas y los tacones rayados.

—¿A qué vienes, pues?— Preguntó después de reír.

Entrelacé mis dedos nerviosa, mis manos se pusieron a sudar en cuanto preguntó aquello. Miré fijo al perro que nos observaba; solo estaba echado, juzgándome. Apreté los labios, buscando las palabras adecuadas, y los nervios solo aumentaron cuando noté que Carolina me estaba viendo.

—¿Te están molestando otra vez las niñas grandes? Porque ya te dije que, si nos dejas, la Chula y yo nos las agarramos de bajada —empezó a decir Caro.

—No, no es eso.

—¿Y luego pues?

—Mi apá está teniendo problemas en el trabajo —confesé—. No me quieren decir, pero a veces los escucho discutir.

Carolina volvió a chasquear la lengua.

—Tss ¿Cómo qué problemas?

—Pues no le han pagado completo, creo —expliqué—. Mi mamá nos ha mantenido con el dinero que tenía guardado y lo que gana vendiendo frijoles puercos.

—¿Entonces qué? ¿Le compro más frijoles a tu mamá?

—No, quiero trabajo —susurré.

Carolina guardó silencio y me miró. Yo le devolví la mirada, pero no la sostuve mucho tiempo. Vi mis pies, que se movían inquietos dentro de los huaraches.

—¿No me puedes meter en "La Sirena Feliz"?

Carolina ya se encontraba negando con la cabeza, incluso antes de que yo terminara de hacer la pregunta . Se metió a su casa, cruzando la cortina que usaban como puerta; por un momento creí que no volvería a salir, pero volvió luego, luego, con la cajetilla y el encendedor. Se quedó de pie para fumar, supongo que para que el humo me pegara menos.

—Tas, pero sí, bien loca, niña. ¿Cómo se te ocurre que te voy a meter ahí?— Comenzó a regañarme. Escuchaba el chasquido de su encendedor, del coraje no lograba que prendiera.

—Pues chicle y pega.

—¿Cual chicle y pega? No mames, ¿qué tienes? ¿Once años? ¿Doce? No mames.

—Pero puedo servir, no soy la más fea de mi salón y sé bailar.

—No es nada más bailar y verse bonita, sabes cómo son los hombres.

Esa última frase de Carolina hizo que volteara rápidamente para verla. Justo andaba dándole un jalón al cigarro mientras miraba hacia el perro del techo.

—Suenas como mi mamá —dije—. *Sabes cómo son los hombres* — la arremedé.

—Pues no me molesta sonar como la vieja esa, tiene razón en eso.

—Méteme a "La Sirena Feliz".

—Vete a tu casa, niña. Ya es tarde y a tu mamá no le va a gustar que estés aquí, menos pidiendo estas cosas. Va a decir que te lavé el cerebro.

—Ella no va a saber.

Carolina me miró de reojo, desde abajo se veía aún más corpulenta e intimidante. De verdad me preguntaba cómo mamá se atrevía a venir a gritarle y amenazarla, mi amá era más chaparra que yo.

—Las mamás lo saben todo, vete para tu casa —sentenció Carolina.

Y supe que no habría nada más para discutir porque se metió tras la cortina, deslizando esta para "cerrar" su casa. La escuché chasquear la lengua en lo que me levantaba para irme.

El resto de la semana, no vi a Carolina fuera de su casa. Tampoco vi a la Chula, Nuvia o las otras muchachas que vivían ahí.

—Yo creo que van a traer más gente a vivir a la casa del jotón —dijo mamá una noche mientras cenábamos. Se lo decía más a mi papá que a mí.

—¿Por? —Preguntó mi pa.

—Porque la Chula me pidió el doble de frijoles puercos, seguro hay más bocas que alimentar.

Yo sonreí a mi mollete. Me hubiera gustado decir algo o preguntar algo sobre la Chula, pero yo no tenía lugar en esa conversación. Estábamos en la misma mesa, pero no hablaban conmigo a menos que fuera algo de la escuela. ¿Sería lo mismo en la mesa de la casa de Carolina? Si me concentraba y dejaba de prestar atención a la conversación entre papá y mi mamá, casi, casi podía escuchar el desmadre que traerían aquellas en su casa. Luego, me acordé que ellas no cenaban en su choza, se iban directo a "La Sirena Feliz" para sacar el biyuyo.

—Pues ojalá no hagan mucho desmadre —dijo papá.

—Ojalá no traigan jovencitas —mamá me miró.

Las mamás lo saben todo. Era imposible que Carolina le hubiera dicho algo, ya me estarían reventando a putazos de haber sido así.

—Que bueno que ya no hablas con ellos, hija —me dijo mamá—, apenas estoy consiguiendo sacar el olor del cigarro de la casa.

—Sí, apesta machin —susurré.

Aunque el tufo a veces me quisiera hacer vomitar, la realidad es que lo extrañaba en cierta medida. Las discusiones crecían por la noche y mamá ya ni siquiera llevaba el carrito al mercado, nada más se iba con una bolsa. Necesitaba convencer a Carolina de que al menos los fines de semana me dejara ir a verme bonita en el bar, ser la que vendiera los cigarros de mesa en mesa o la que lavara los baños.

Y para ver a Carolina tenía que agarrarla justo antes de que se fuera a trabajar.

Esa noche, por la excelente venta de frijoles de mamá, no discutieron. Así que esperé que hubiera completo silencio para salir. Cuando mis pies sintieron el frío de la banqueta pude ver a papá al otro lado de la calle, frente a la casa de las muchachas. Caro salió.

Me acerqué con cuidado, escondiéndome detrás de un bocho casi desarmado.

—No quiero verte otra vez en "La Sirena Feliz". —Escuché a Caro decirle a mi papá, sin aguzar su voz

—¿Qué? Pero si no les debo nada, nunca les he hecho desmadre —renegó él.

—Julián, tienes mujer y una niña.

—Todos tus clientes igual, y más de un hijo tienen varios.

Carolina chasqueó la lengua.

—Azucena sabe que andan batallando con el dinero, lo que no sabe es que te gastas lo de tu trabajo en putas.

Mi papá se quedó en silencio. Sentí el ácido revolverse en mi estómago.

—Y tú sabes muy bien lo que la necesidad hace —agregó ella—. ¿Qué van a hacer luego? ¿Sacarla de la escuela y meterla a trabajar? ¿Sabes en qué tipo de trabajos aceptan a las niñas de doce? Tss, no seas pendejo, cabrón. Ella ya se está haciendo consciente de muchas cosas.

—Puto joto— escupió mi papá.

—Joto o lo que tú quieras, tengo razón. No vuelvas a pisar el bar.

Escuché a mi papá irse sin decir nada, me hice más bolita detrás del bocho, para que no me viera. Cuando alcancé a ver que se había metido en la casa, y no escuché que hiciera desmadre, me levanté. A mi nariz llegó el olor al tabaco barato de Carolina. Me giré a ella y, cuando me vio, chasqueó la lengua.

—Ay niña…

Rompí en llanto, dejándome abrazar por ella.

José Manuel Casillas Sánchez

José Manuel Casillas (Degollado, 1996) Es estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Universitario del Sur. Textos suyos han aparecido en medios digitales como la revista Argos, de la Universidad de Guadalajara, y la Gaceta del CUSur. Fue ganador del IX Concurso Literario CUSur, en la categoría de cuento, por su texto titulado "Las puertas", mismo que aparece en la antología La invención del presente. Joven literatura de Zapotlán, coordinado por Ricardo Sigala. Su poema "Vendrá" obtuvo el tercer lugar en el Concurso Panteón Literario 2024. Fue finalista del XIII Concurso Literario Luvina Joven. Ha impartido talleres y círculos de lectura en el ámbito universitario. Actualmente es colaborador del programa de radio "Cumbres de Babel", en Radio Universidad de Guadalajara, sede Ciudad Guzmán.

¿Otra foto, señorita?

La mujer cruzó la calle asediada por la prisa. Después de vivir años en el extranjero le resultaba emocionante descubrir el entorno renovado. Todo en apariencia seguía allí, aunque en un tiempo distante. Donde antes había una florería ahora se levantaba una tienda de baratijas y, aunque las magnolias habían desaparecido, el olor persistente seguía llegando desde alguna parte. Ya en el parque, una brisa refrescó su piel sudorosa debajo de la ropa. Sabía perfectamente por dónde debía seguir para llegar a su cita y no perderse. Eso pensaba cuando un hombre la abordó de pronto y, pese a todo, se permitió detener el trayecto un instante.

—¿Otra foto, señorita? —dijo sosteniendo la cámara entre las manos.

—¿Sí? —contestó extrañada.

—Que si quiere otra foto.

El hombre vestía un traje a destiempo como guardado por años. El rostro amarillento, casi traslúcido, le daba una apariencia enfermiza.

—Disculpe, ¿no me estará confundiendo con otra persona? —dijo finalmente. No me ha hecho ninguna fotografía. ¿Seguro que soy yo a quién busca?

—Desde luego. No olvidaría un rostro como el suyo. Por eso pregunto si quiere otra. Una donde no salga asustada. Sería solo cuestión de rodearla y buscar un mejor ángulo. Algo relativamente sencillo.

—No estoy entendiendo.

—Como usted puede notar, soy fotógrafo. Tomo muchas cada día, sabe. Antes fui pintor, pero los tiempos son tales que lo ven a uno en la necesidad de emprender nuevos caminos estéticos. Si usted viera qué clase de retratos llegué a hacer, verdaderas obras de arte. ¿Ve a ése de ahí? —dijo señalando un sitio a lo lejos—. Fui yo quien le tomó la fotografía. Pobre… quién lo hubiera pensado. Se veía tan contento. ¿Creerá que sólo se vistió para eso? Los zapatos perfectamente lustrados parecían nuevos. Aprovechó que nadie estaba en casa.

La mujer, que seguía sin comprender de qué hablaba, quiso continuar su trayecto, pero el hombre volvió a insistir.

—Entonces, siempre, ¿qué decidió…? ¿Le tomo otra?

—De verdad que no entiendo —contestó la mujer frunciendo el ceño.

—Si tan sólo tuviera cuidado… si no anduviera con tanta prisa.

—Lo lamento, pero me está tomando por otra persona —dijo por fin, fastidiada. No lo conozco. Recién llegué a la ciudad. Es imposible que sea la mujer quien dice soy. Si me permite, llevo mucha prisa.

El hombre, resignado, vio a la mujer alejarse con aquel traqueteo, que lejos de darle un aspecto sensual, la entorpecían. No tuvo siquiera la molestia de mirarlo a los ojos. No es que fuera un mal fotógrafo, aunque cabía la posibilidad de que lo creyeran.

****

El hombre calibró su cámara y caminó con dirección al sur. Luego de varias calles, oyó el bullicio y vio el tráfico detenido. Varias personas murmuraban cosas entre sí. Bastaron varios empujones para llegar hasta el frente y contemplar la escena que ya conocía: el cuerpo de la mujer sobre la calle en una postura imposible y la expresión del rostro que no le había agradado. El culpable excusándose detrás del volante y los gritos de auxilio que nadie atendía. Inconforme por la reacción de la mujer momentos antes, el hombre encendió su cámara y, sin pensarlo, tomó la fotografía.

¡Bajan!

—¡Bajan! —gritó efusivo desde la parte de atrás del microbús. Iba tarde a su trabajo y el chofer había ignorado su señal. En un primer instante creyó que no gritó demasiado fuerte y no logró escucharlo. Entonces volvió a gritar: —¡Bajan! — pero obtuvo el mismo resultado.

Siempre tomó el mismo camión, la misma parada a una cuadra de su casa al trabajo. Ese día se demoró más de la cuenta. Todo por unos calcetines. Un viejo par roto de un color verde que ya no correspondía al nítido de años atrás, y por el cual tuvo que optar al no encontrar unos limpios. Un hecho que manchaba su imagen pulcra de alguien que cuida hasta el mínimo detalle de su apariencia. Ya habían pasado dos calles y seguía sin comprender por qué el chofer lo ignoró de nuevo.

—¡Bajan! ¡Bajan! —gritó lo más claro posible, modulando la voz en un intento por contener su molestia. Un gargajo le recorrió de forma extraña la garganta, ridiculizándolo aún más. Pero nada. El chofer iba sumido en sus pensamientos, abstraído totalmente del pasaje. Entonces comenzó a irritarse. Lo que antes eran sólo dos calles ahora eran diez. El problema no sólo radicaba en bajar: tenía que esperar otro microbús, recorrer el trayecto de regreso y caminar hasta la galería. Todo por unos malditos calcetines.

Lo supo cuando puso un pie fuera. La siempre comodidad del calzado resaltaba la extrañísima sensación. Un desliz dentro de sus zapatos lo incomodaba. Un desliz que al final del día le dejaría el talón lleno de ampollas por ir y venir tantas veces por la galería. En un instante

pensó en regresar y quitárselos, ponerse un par sucio o simplemente no llevar calcetines. Pero iba tarde. No podía perder más tiempo buscando entre la ropa sucia o el contenido de cinco cajones sobre la cama, unos calcetines menos rotos que los que llevaba.

—¡Bajan! ¡Bajan! ¡Qué la chingada! ¿Qué no escuchas? —Esta vez no pudo contener el enojo que le corría desde el agujero del calcetín derecho hasta la oreja izquierda. —Ya te pasaste más de diez calles desde que te hice la parada. —Pero nada. Nadie se inmutó, ni se preocupó en apoyarlo o siquiera en dirigirle la mirada. Parecían sumidos en sus problemas, todavía con el sueño pendiendo de los párpados. Hubo quién lo miró de soslayo con desdén, como si se tratara de un mendigo. Alguien a quien no valía la pena hacerle caso alguno y sus asuntos no tuvieran la menor importancia. No sabía si permanecer en su sitio o ir directamente hasta el frente y recriminar al chofer lo ocurrido.

Pasaron más de diez minutos y, con el extrañamiento que la situación le producía, terminó por asimilar que nunca bajaría. Mientras reflexionaba en eso, alguien detrás gritó: —¡Bajan! —y el chofer se detuvo al instante, sin titubear. Vio bajar a un hombre gordo con corbata asfixiante manchada de mostaza. Entonces se convenció de que aquello era personal.

Fue cuando despertó, apoyando la cabeza contra el cristal y el sol pegándole directo en el rostro. Todo había sido un sueño. Una pesadilla a mitad del tráfico matutino. Un mal rato antes de bajar del microbús. El temor diariamente consistía en eso: quedarse dormido más de la cuenta y despertar en algún lugar inhóspito a las afueras de la ciudad. No tardó en ver la señal donde solía bajar e, incorporándose, apresuró el paso hacia la puerta trasera.

—¡Bajan! —gritó efusivo desde la parte de atrás del microbús. Iba tarde a su trabajo y había optado por unos viejos calcetines rotos al no encontrar unos limpios. En un primer instante creyó que no gritó demasiado fuerte y no logró escucharlo. Entonces volvió a gritar: —¡Bajan! —pero obtuvo el mismo resultado.

Campaña de vacunación

José Luis aguarda en la fila. Pronto será su turno y no habrá escapatoria. Agita el cuerpo como si dentro de la ropa devoraran cientos de hormigas. Piensa que pudo fingir alguna enfermedad y faltar a clases. Inventar cualquier excusa. Antes del recreo, enfermeras llegaron cargando hieleras a la puerta de la escuela como jinetes apocalípticos. La campaña de vacunación llegó y nadie pudo anticipar la tragedia.

El director comunicó la noticia a los profesores antes de comenzar las clases. Un grupo de enfermeras, luego de improvisar un módulo en el pasillo, comenzaría a vacunar a los últimos grados con la esperanza de poner el ejemplo a los más pequeños y evitar el pánico. Vacunar no demoraba más de un par de horas. Era necesario prevenir futuras ausencias a causa de la gripe en invierno.

El rumor se extendió como zumbido de langostas. No era casualidad la presencia de aquellas mujeres amortajadas, emisarias del infortunio Huir se presentaba como la única opción para evitar que el mensaje llegara a su destino. Un raro presentimiento de guerra a punto de estallar invadió el aula.

—Escuché que te marcan como a un cerdo —dijo Sofía con ojos desorbitados.

—Y no es lo peor —contestó Nicolás—. Al más chaparro le estiran el cuello como a una gallina vieja.

En el ambiente una pesadez parece suspenderse. Aguardan una señal para huir despavoridos, pero temen no poder reconocerla cuando aparezca.

—No sean ridículos. ¿A poco le tienen miedo a una simple aguja? —interrumpió Raúl, convencido de haberlo visto todo—. En casa mi mamá inyecta a los vecinos y dice que ni duele. Sólo no debes apretar las nalgas porque la aguja se tapa. Es todo. No sean maricones.

Los pupitres son celdas a escala. José Luis, impaciente y acalorado, se remueve sobre la silla. Busca a través de la ventana algún colibrí o mariposa que rompa la quietud insoportable, pero al volver la mirada encuentra a sus compañeros invadidos por el miedo. Sofía deshace su peinado y arranca pequeños jirones de cabello que enreda entre los dedos. Nicolás tirita con las manos dentro del suéter azul, como si un viento polar soplara.

La maestra Martha explica frente al pizarrón la gran ciudad que fue Tenochtitlan. Ignora por completo el terror que gobierna el aula. Reconstruye en el aire con sus delicadas manos los edificios que nunca ha visto.

—Era una ciudad hermosa —dice viendo por encima del armazón amarillento—. Los españoles quedaron asombrados al saber que más de trescientas mil personas habitaban sobre el Lago de Texcoco. Trajineras iban y venían desde Xochimilco como barcos de papel por los canales. Tenochtitlan no tenía nada que envidiarle a cualquier ciudad de Europa. Lástima que estuvieran tan alejados de Dios.

José Luis imagina aquel paisaje luminoso y piensa que allí podría encontrar la tranquilidad de una isla desierta, mientras rema mecido por el chapoteo del agua contra la madera. Mira la pared del fondo como si entre las grietas pudiera contemplar el valle extenderse y vuelve en sí cuando un murmullo llega desde el pasillo. En el umbral de la puerta aparece una enfermera como un fantasma y hunde la mirada en el interior del salón.

—Buenos días, maestra, ¿éste es sexto grado? —La voz resonó sobre los oídos como trompeta perentoria.

—Buenos días. Sí, aquí es —contestó la maestra—. Saluden a la enfermera, niños, ¿o acaso les comieron la lengua los ratones?

Todos obedecen, pero sólo logran emitir un sonido impreciso.

—Usted dice, enfermera.

—Muy bien. Sólo antes les explico…

Un tono dulce y empalagoso envuelve sus palabras. Quiere convencerlos de que nada pasará. Conocen esa forma de articular las palabras. Saben cómo opera la mentira. No son demasiado grandes, pero tampoco estúpidos para ignorarlo: intentan persuadir mientras enrollan imperceptible el cuerpo de serpiente y luego estrangulan sin piedad.

—Será como la picadura de un mosquito —advierte—. No sentirán dolor, lo prometo. Los vamos a medir, pesar y vacunar. Es todo. Cuando menos se den cuenta, estarán de vuelta en el salón. Será muy rápido.

Quieren creer que será así. Raúl traza garabatos y marca líneas imprecisas en el cuaderno, desesperado porque le digan algo. No puede evitar pensar que aquello es un castigo. La enfermera está tan acostumbrada a mentir que ningún gesto la delata. Sus ojos de carámbano observan detenidamente. José Luis quisiera desaparecer dejando la ropa y los zapatos en el pupitre. Que todo fuera una pesadilla y al tallarse los ojos apareciera entre las cobijas.

La maestra Martha custodió el trayecto hasta el módulo improvisado. Una cartulina con la insignia de la Cruz Roja figura en la pared a una secta. En la fila, rostros compungidos y desesperados dan muestra de un dolor que aún no padecen. Lo cierto es que el horror a las agujas era comparable al que produce un payaso, una rata o el mismísimo Coco. La sola idea de ser atravesados por una aguja les producía asco.

Sobre la mesa, las hieleras azules se presentan como preguntas inagotables.

—¿Por cuál empezamos, maestra? ¿Quién de todos le cae mal? — La enfermera reía con aquel tono irreverente de quien sabe que el condenado no puede defenderse.

José Luis siente el cuerpo frágil y delgado resquebrajarse; los calcetines rotos dentro de los zapatos. Piensa que al mostrar los pies descalzos y

al subir a la báscula la enfermera lo ridiculizará: *«¡Pero si este niño no pesa nada! Pesa más la ropa. Vean qué calcetines, apenas le cubren tres dedos. ¡Por favor, denle de comer!, miren qué flaco, tiene anemia el pobre. ¿No comes, mijo?, ¿no te dan de comer en tu casa?, ¿ya comiste?, ¿no tienes hambre? Denle un puño de maíz y cébenlo".*

Quisiera gritar hasta reventar sus tímpanos. Desaparecer la escuela. Ir con Popeye al patio trasero de casa y recostarse sobre su lomo peludo. Le diría: "¿Tú me comprendes, verdad? Es como si de pronto varios hombres te rodearan y pusieran un bozal. ¿Tendrías miedo, cierto? Y si llegaras a morder te castigarían por eso".

Alguien debe ser el primero. Comprobar que el mecanismo funciona. La maestra escruta con ojos de péndulo la fila de condenados y parece adivinar los pensamientos del grupo cuando toma a Raúl del brazo y lo lleva al frente. Está convencida de ejercer una especie de justicia, hacerlo pagar por cada sape, burla y ofensa a sus compañeros durante el curso. Frente a la mesa, Raúl empequeñece tanto que cabría en un frasco de pastillas. Ya no muestra la gallardía de todos los días, no chista ni escupe en el suelo.

La enfermera abre la hielera y todos siguen con ojos de gato cada movimiento suyo. Podrían estar frente a un espectáculo de magia, a punto de ver salir un conejo, pero no es así. Saca una ampolla de vidrio con gestos lentos, casi rituales, e introduce la aguja en el tapón de goma. A simple vista podrían jurar que esas manos están muertas. Raúl contrae cada músculo del cuerpo. Quiere correr, atravesar el alambrado y convertirse en un rayo de sol sobre la mañana iluminada. Pero no puede.

El contenido entra lento en la jeringa hasta la marca indicada. Luego, la mano enguantada reclama su brazo. La enfermera ordena a Raúl descubrirlo y éste obedece instintivamente, convencido de que cualquier voluntad ya no le pertenece. Un trozo de algodón húmedo impregna su piel de alcohol y un escalofrío le recorre la columna. Los ojos fieros observan la aguja expulsar algunas gotas como colmillos de serpiente. Raúl aprieta los párpados todo lo que puede para exprimir el miedo acumulado. La acción, que pudo durar una eternidad, apenas fue un instante antes de percatarse de que la aguja había salido.

—¿Ves? A nadie mataron. ¿No dolió nada, cierto?

Raúl asiente y vuelve con los hombros hundidos mientras sostiene un pedazo de algodón sobre el brazo. La imagen que transmite es la de un héroe venido a menos y, cabizbajo, decide sentarse en el largo pasillo solitario de la escuela.

La fila, que poco a poco se consume, arrastra a José Luis como si quisiera devorarlo. Dirige la mirada al cielo, pero ningún pájaro vuela ni el viento trae música de hojas secas: huyeron llevándose todo el ruido del mundo. La enfermera aguarda con determinación de guillotina. José Luis recuerda Tenochtitlan y el valle inabarcable. El sistema de canales fundiéndose con el agua hasta detener el tiempo. No hubo momento de abrazar por última vez a Popeye ni despedirse de sus padres. Los pasos marcan la cuenta regresiva que lo acerca inevitablemente a su destino. Cierra los ojos y piensa que tal vez, en alguna trajinera, podría alejarse para siempre remando entre los canales.

Aquella mañana y esta tarde

Un grito irrumpió en medio del corral. Tío Lázaro yacía inconsciente en un charco de leche. Esa mañana, como otras, ordeñó a las vacas. Estuvo postrado en cama un par de días y perdió el habla durante meses, hasta que una tarde, en la mesa, la abuela Selene le preguntó como de costumbre si quería más tortilla y, sin esperar respuesta, contestó hoscamente que sí. Desde entonces no le conocimos palabra alguna.

Del acontecimiento nunca se habló. Qué había visto u oído sólo tío Lázaro lo sabía, mientras nosotros observábamos cómo iba palideciendo, cada vez más flaco y enfermizo, con aquellos ojos saltones. Cada día, metido en su sombrero, afilaba el machete con insistencia enfermiza hasta dejarlo como un espejo. Nadie entendió nunca, ni siquiera sus hermanas, el motivo de aquel cambio tan repentino. Resignadas, lo veían cruzar el patio meditabundo y arrodillarse entre las vainas de frijol esparcidas por el suelo. Las revolvía con sus manos duras, como si intentara descifrar algún mensaje oculto en el azaroso cascabeleo.

Tío Lázaro se limitaba a contestar lo esencial para que no dieran por mudo. Un sí bastaba para saber si quería comer, estar solo o si llegaría mañana. Pasaba gran parte del día encerrado en los corrales, escarbando entre el estiércol, entre las ubres de las vacas como si buscara el lugar exacto donde escondiera un tesoro olvidado. Rondaba los cuartos hurgando en los cajones y, cuando comía, veía por detrás de las cosas como si le ocultaran algo.

Antes del suceso era un joven brioso que se carcajeaba por las calles y cuya risa iba a dar hasta las azoteas. Las mujeres solteras del pueblo añoraban una vida a su lado, y los amigos aprovechaban para llenarse la barriga a su costa sin poner un peso. Tío Lázaro no respingaba, disfrutaba incluso cuando las cosas no salían como quería. Pero ahora nada de eso existía. Con frecuencia, sentado bajo la sombra del guayabo en medio del patio, fijaba la mirada en la puerta del corral con un odio que parecía pudrir los frutos que caían al suelo.

Fue una tarde de otoño. Los últimos rayos del sol descansaban sobre la cerca y el frío comenzaba a clavarse como espinas en la carne. Tío Lázaro permanecía sentado debajo del guayabo, con el sombrero de paja sobre el rostro, cuando escuchó algo provenir de los corrales. La abuela Selene preparaba chocolate y pan. Como si hubiese esperado ese instante toda la vida, tío Lázaro se levantó de un salto y corrió hacia allá. El cuerpo recobró la flexibilidad y los ojos un brillo de perro rabioso.

La voz brotó como si emergiera de las piedras y, machete en mano, fue a enfrentar aquello que se escondía detrás de la cerca. Después del estrepitoso alarido siguió solo silencio. La tarde se detuvo por un instante y el aleteo de las palomas fue imperceptible. Tío Lázaro yacía en el suelo con el machete clavado en el estómago y un hilito de sangre perdiéndose entre el estiércol. La mirada guardaba el misterio de quien es apuñalado mientras duerme. Las vacas, únicas testigos, veían de soslayo con indiferencia, como si reconocieran por segunda vez la revelación de su muerte: aquella mañana y esta tarde.

Andrea Silvana Velázquez Marcial

Silvana Velázquez, estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas del CUSur, mención honorífica en el XVIII concurso de poesía en Centro Universitario del Sur.

La casa de la abuela

La casa de la abuela siempre ha sido un lugar misterioso, donde los floreros crean sombras extrañas, la gran mesa del comedor siempre está limpia y las escaleras conducen a pasillos con cuartos singulares. La oscuridad que envuelve a la casa es producto de los árboles que la rodean, los mismos que en ocasiones susurran y lloran al vislumbrar la llegada de los animales carroñeros.

Como suele suceder, la familia se reúne para la celebración del cumpleaños de la propietaria. El tiempo ha transcurrido y Marco, el nieto más grande, parece ser el único que ha asistido puntualmente al festejo. Al llegar a esa gran casa, color verde fango, en las afueras de la ciudad, encuentra a su abuela recostada en el sillón, arropada con una pálida y desgastada manta rosa. Debido a sus nueve décadas de existencia no le es posible moverse libremente por ambos niveles de su vivienda. Difícilmente se incorpora de su asiento, recibe a su nieto con una sonrisa, los ojos hundidos y la mirada cansada, él le entrega una caja envuelta en papel lila y un elegante moño blanco.

—Mijo, ¡qué bueno que viniste! ¿Podrías alcanzarme el anillo que me dio tu abuelo? Está sobre el armario de mi habitación—. Le pidió la mujer.

—Claro que sí abuela, ahora regreso–.

Marco atraviesa el empolvado pasillo del comedor. Frente a él se encuentra la puerta de la habitación de la anciana, se da cuenta de que ha cambiado en relación a la última vez que visitó la casa.

—Está tan desgastada. Debería darle mantenimiento la siguiente vez que venga—. Dice decido. Entra en la recámara, ahuyenta con la mano algunas polillas que salieron a su encuentro y toma la pertenencia que la abuela le ha pedido, se encuentran justo donde le dijo, sobre el ropero. Su anillo de bodas está dentro de un alhajero con decorados victorianos que su difunto esposo trajo de Francia en su luna de miel, su nieto recordaba muy bien esa historia, pues cada que ella la contaba, le brillaban los ojos y su semblante cambiaba. Al salir del cuarto se dirigió nuevamente hacia la sala, solo para encontrarse la manta con la que se cubría la anciana pero de ella no había rastro, más que una gruesa capa de polvo que rodeaba el espacio donde se había sentado previamente. El comedor también se encontraba vacío.

—¿Abuela? —Nadie respondía.

El reloj resonaba en toda la casa. Contó los timbres. Eran las 8 pm. La buscó por todo el piso inferior, sin éxito alguno, salió al patio donde la fauna de la propiedad parecía más triste que de costumbre, así que regresó a la casa y subió las escaleras, aunque era imposible que estuviera en un segundo piso. A cada paso se le revolvía el estómago y el camino parecía interminable.

"¿Siempre fueron estas escaleras así de largas?" Pensó en voz alta.

Logró llegar al pasillo, y se encontró con la puerta del cuarto donde la abuela guardaba con cariño los juguetes de sus hijas. Predominaban las muñecas de porcelana, ahora cubiertas de telarañas y polvo. Se detuvo a contemplarlas, una particularmente le llamó la atención, era una muñeca más pequeña que las demás, su cabello caía en bucles hasta su pequeño torso y usaba un vestido campesino de cuadros blancos y negros. De alguna manera le recordaba a su madre, quien había fallecido hace ya algunos años. Al revisar el reverso del objeto se percató de la inscripción que tenía en el cuello: *El amor se basa en muestras de afecto hacia la perspectiva del otro*, decía. Ya había escuchado esa frase antes, en esa etapa infantil donde la inocencia llena la vida de colores brillantes y las melodías son más suaves, su madre solía decirla fre-

cuentemente. Escuchó los murmullos de la familia fuera de la puerta, pero al abrirla no había nadie del otro lado.

Por el momento debía dejar eso de lado, encontrar a su abuela y salir de la casa, el sudor caía por su frente y sus manos temblaban al intentar cerrar la puerta. El reloj resonó nuevamente, ahora eran las 10 pm.

–Imposible que hayan pasado dos horas desde que llegué. –La necesidad de vomitar se adueñó de él.

Siguió caminando, encontró otra puerta, el interior estaba cubierto de azulejos color menta, había un espejo, un lavabo y una bañera cubierta por una cortina, de la que al otro lado se escuchaban los ladridos de un gran perro. Al ver esa silueta Marco se exaltó, parecía ser idéntico a *Grumpy*, un perro que lo acompañó gran parte de su infancia, hasta que fue envenenado por su vecina, pues ella siempre lo consideró un peligro solo por su gran tamaño. Su nombre no le hacía justicia a su personalidad pues era muy juguetón e inofensivo. Sus sentidos se calmaron. El animal lo vio, se acercó a él lentamente con pesados pasos, moviendo la cola, intentó levantarse en sus patas traseras y rugió agresivamente para atacarlo. Él comprendió que ese perro no era su amada mascota y cerró la puerta apresuradamente. Ya no sabía si subía o bajaba. Todo perdía claridad a su alrededor. Se había desmayado.

Ahora se encontraba en su casa, junto a su esposa y sus hijos que jugaban en el patio. La atmósfera tranquila se vio alterada por la vista del abuelo de Marco, el hombre entró con una visible preocupación –¿Dónde está tu abuela? Si la ves dile que la he estado buscando–.

Sintió un vacío en la mitad de su cuerpo y quiso abrazar al fallecido hombre.

Todo se oscureció nuevamente, al despertar se encontró en el pasillo, notó que en suelo había marcas de sus propias manos, a causa de la mezcla del sudor y polvo. Se sintió pequeño cuando las paredes lo cobijaron. Debía salir de ahí, el retumbar en sus oídos le decía que ya no era necesario irse acompañado.

En cada una de las puertas que encontró, una escalera lo llevó a un lugar diferente. Se vio envuelto entre pasillos sin salida, algunos con fo-

tografías viejas y amarillentas de gente que no conocía, otros con paredes llenas de papel tapiz desgastado, unos con vacías vasijas llenas de polvo y muebles viejos que ya eran alimento de polilla, pero ninguno llevaba hacia algún tipo de escape.

Su ropa estaba pegada al cuerpo, empapada de sudor, la vivienda ahora era de interminables pisos, después de su gran caminata, de alguna manera llegó nuevamente a la habitación de su abuela, aunque no comprendía cómo.

El lugar estaba sucio, como si no habitara nadie desde hacía décadas, la única manera en la que se iluminaba el cuarto era mediante una ventana que permitía la entrada de la luz de la luna. La pateó varias veces. El reloj volvió a sonar, esta vez parecía estar muy lejos, apenas era audible.

La distancia entre el suelo y el marco de la ventana no era lo suficiente como para resultar herido. Saltó para salir de la antigua casa. Corrió hacia el frente, al voltear hacia la fachada, su corazón se achicó cuando apreció la lúgubre apariencia de la casa, ahora la puerta estaba destruida, todas las ventanas rotas y algunas tablas cubiertas de moho. No podía creer como el lugar al que había entrado horas antes, se convirtió en la ejemplificación del olvido.

Con la respiración entrecortada, se dirigió a su vehículo, que parecía no haber sido lavado durante meses y en el retrovisor observó su reflejo, un hombre con una descuidada imagen tomó su lugar pero no le importó mucho. Al pasar por el camino principal divisó una lápida sucia y sintió lástima por quien se encontraba sepultado ahí. *"No hagan de mi pérdida un sentimiento sempiterno", aquí yace el cuerpo de una mujer amada por su esposo, hijos y nietos.* Logró leer.

Su sangre se heló pero continuó su camino, llegó a una tienda de conveniencia donde compró un paquete de galletas, una botella de agua, un rastrillo desechable y crema de afeitar. Solo faltaba cambiar su ropa y se presentaría ante su familia con la seguridad de un atleta que ha ganado una competencia y avanza sin pensarlo.

Constelación

Princesa de las sirenas, que
me ofreciste una aurora boreal como tregua
en el mes de mi nacimiento.
Si te uniste a aquella,
aquella nacida bajo la constelación de la justicia,
motivo de la sal en mi cara,
les pido contemplen el marchitado bosque
y que escuchen el llanto del viento.

Nombrada flor por una cantante taiwanesa,
pero docente de profesión,
y estrella por un hombre que duerme desde el otoño.

A la que pensé aquellos días después del amor,
dónde un autobús en llamas, detuvo
el paso
el trabajo
el tiempo.
Cuando tú padre murió
catorce meses,
dieciséis días,
dos horas
y treinta y siete minutos

después que el mío.
Cuando un helicóptero sobrevoló nuestras casas.
Cuando el silencio me rompió las costillas.

La juventud que guardamos en medio de una guerra,
sintiendo el amor como un delito del siglo XX,
yace en los dobleces de una hoja de papel,
en una bolsa,
guardada en una caja.
Me da miedo miedo abrir la caja,
abrir la bolsa.
Verte en la bolsa
¿Dónde estás?

El metal que nos separó de la vida
será borrado de las noticias.
Mientras el llanto de nuestras madres,
se escucha desde el campo, hasta un rancho,
desde un canal, hasta un basurero.

Aquella estrella con la que hablo al anochecer.
Estrella que me hace llorar.
Estrella de infinita estela.
Estrella.
Estrella.
Te autorizo encontrarnos donde viven las hadas, y cuando
la constelación nos cubra,
sucubir ante la ternura que hemos reservado.

María Esmeralda Cuevas Rincón

Esmeralda Cuevas (Guadalajara, Jalisco. 2001) es estudiante de la licenciatura de Escritura Creativa en CUCSH. Su trabajo se enfoca en cuentos y narraciones breves así como en explorar las limitantes en la búsqueda de la equidad de género. Cree que la literatura debe ser confrontativa y un campo de formación para cultivar una vida más consciente. En 2016 fue premiada con el primer lugar en el certamen de cuento de la revista nacional "Anormal Z" y en 2025 fue finalista en la categoría de cuento de la revista literaria de la red UdeG, Luvina.

Las brujas nos maldijeron

Sí tuve hermanas, pero es que me las mataron a todas. Las brujas se las llevaron, nos maldijeron la noche en que mi apa encontró a Iliana y a Jenaro en la parcela. Los dos se reunían entre el maíz en la madrugada. Sí, Jenaro, el primogénito. Dijo mi ama que sus ruidos despertaron a mi apa, pero mi apa siempre juró que una bruja con piel verde se le apareció en sueños queriendo acercársele para susurrar en su oído y meterle la lengua de serpiente que tenía, despertó del susto y pensó que le estaban saqueando el maíz. Entonces los sorprendió con todo y machete. Jenaro alcanzó a huir de mi apa, se fue corriendo encuerado el muy coyón, y jamás regresó. Yo creo que yo lo vi muchos años después en la capital, en un desfile militar pegadito codo a codo cuidando al presidente López Mateos. Lo que son las cosas. En cambio, con la única con la que se pudo desquitar mi apa fue con Iliana ¡Ay! a Iliana le metió una putiza, dispensa la palabra… A nosotros nos despertaron sus gritos rogándole que parara, a todos nos dio tanto miedo que ni siquiera quisimos saber qué estaba pasando. Ira, se me pone la piel chinita todavía al acordarme de su vozarrón, contestándole en cólera. Esto es lo que querías, ramera de satanás. Ay no, qué te ando diciendo. El punto es que esa noche nos cayó la maldición, no paraba de decir que ella había llamado a las brujas e iban a ir por nosotras, había maldecido nuestra sangre y nos había condenado a todas por su lujuria.

Mi apa la dejó toda la noche llorando afuera, no le permitió entrar a la casa, bueno… al jacalito que teníamos, un cuarto de adobe con techo

de zacate. A mi mamá le prohibió salir hasta que él se fuera a la venta a la ciudad como estaba planeado antes del incidente. Y así fue, una vez que partió, mi mamá y mi otro hermano, Damasco, salieron a buscarla y se la llevaron cargando hasta la pileta para poder limpiarle la sangre. Todos salimos corriendo atrás de ella, éramos como un rebaño de cabras, imagínate, éramos 9. Y de retache, mi ama nos obligó a quedarnos dentro y en cuanto vimos la cara desfigurada de Iliana y su camisón empapado de rojo ninguno chisteó. Nos aterrorizó a todos, incluso a los más grandes. Pero aun dentro del huacal no podíamos evitar seguir escuchando sus gritos de dolor. Mi ama le cosió las heridas como pudo, tenía reventado todo el labio y parte del cachete izquierdo, los ojos amoratados e inyectados en sangre y no tenía fuerza para levantarse. Ya ni siquiera le podíamos reconocer las facciones. Cuando la acostaron en el petate de mis papás, lo primero que intentó decirnos como pudo, balbuceando y escupiendo saliva aún rosácea fue "mejor me hubiera muerto". Y ya la acechaban, las brujas vinieron por ella muy pronto. Mi apa llegó a los dos días y cuando entró y la vio descansando en el petate la jaló de los pelos y la arrastró afuera, le reclamó el descaro de estar dentro de su hogar, en el lugar en el que dormía con mi madre y la maldijo una y mil veces más, le dijo que el lugar de una perra era estar en la tierra y le pateó en las costillas cuando intentó levantarse. El petate terminó quemándolo. Su última noche la pasó afuera.

En medio de la madrugada, José Luisa que dormía a lado de mí se levantó y no pude evitar seguirla. Le sacó el único suéter bueno que teníamos para que Iliana se abrigara y aún así su piel se le sentía como de hielo. La rodeamos en un abrazo con fuerza y nos cubrimos las tres con el suéter, tratando de salvarla, no sé. Pero no fue suficiente, por la mañana cuando despertamos Iliana ya no estaba. La buscamos pero no fue hasta la tarde que su cuerpo fue encontrado, ahorcado en un árbol no muy lejos de casa. Nunca se le buscó una explicación, la única explicación es que las brujas le habían cobrado la vida, e iban a desquitarse con nosotras, sus hermanas, como dijo mi apa. Lo único que sentía era pánico.

La velaron en la casa y acudió familia que salió hasta por debajo de las piedras, decenas y decenas de personas que venían más por el morbo que por la pena, pero que se debía aceptar su presencia después de ofrendar una o varias coronas fúnebres de flores blancas, alimentos varios como carnes, jamones, panes, conservas de puerco, mermeladas, semillas varias, cultivos o hasta animales, 3 nuevas gallinitas, un gallo adulto saludable, hasta un chanchito. A pesar del luto, esa noche mi padre repitió plato.

Todos a partir de eso la vimos muy difícil. Éramos 9. Estaba Jenaro primero, luego Iliana, ellos tenían 16 y 14 años en ese momento. Le seguía José Luisa tenía 13. Damasco y Demetrio, los cuates, acababan de cumplir 12. Elizio tenía 10 y Miguel Ángel, 8. Luego seguía yo, a punto de cumplir los 6 intentando entender un mundo en el que no podía vivir ya. Y Toñita, nuestra pequeña Toñita, la bebé más hermosa que pudieras haber visto jamás. Era una nena bellísima, con rulos perfectos en su cabellito negro. Los muchachos tuvieron que comenzar a ayudar a mi apá con todo, los animales, los cultivos, la leña, pronto se dieron cuenta que juntos no completaban ni un Jenaro y eso a mi apá le encabronaba. Sé que les hacía cosas también, igual y les pegaba con el fuelle de su caballo en las manos o en la espalda, pero nunca lo decían, los hombres casi nunca aprenden a contar su dolor. Y así mi apa, no podíamos comprender qué tanto le había afectado la muerte de Iliana de una manera que entendiéramos. Por la mañana era mi apa, el de siempre, pero conforme anochecía se volvía más irritable y tenso, esperaba que te equivocaras en lo mínimo para castigarte. Notamos que ya no dormía, solo se sentaba en la puerta del jacal esperando el amanecer, él nos decía que vigilaba que ninguna bruja viniera por nosotras.

A José le tocó ayudar en todas las tareas que hacía Iliana junto a mamá, llevaban agua del pozo, enmendaban ropa, hacían meriendas aunque José no supiera cocinar y cuidaban a Toñita. A mí me ponían a tortear, porque cuando mi apa me vio con Elizio tratando de hizar la tierra, me dio una cachetada y me dijo que dejara de dar pena. Uno de esos días, José quemó un estofado y lo saló de más y mi papá harto le

quemó las manos en el fuego. Pues sí, se encabronó por haber desperdiciado la carne. No se disculpó, solamente le dijo que la próxima vez como castigo, ella lo acompañaría a la venta. Y sí, salieron muy temprano días después, ni siquiera nos despedimos, solamente se fue. Mi apá volvió con ella cargándola en el caballo como bulto cubriendo su cuerpo en una manta, dijo que en la ciudad las brujas la habían atrapado, que de repente ella parecía hipnotizada, como loca diciendo cosas que no entendía en otras lenguas, e incluso intentó golpear a mi papá y darle arañazos en la cara. Dijo que actuaba como loca, y entre los manotazos y arañazos, él la empujó para quitársela de encima y cayó en el borde de un banco que la descalabró y la desangró.

Otro velorio fue celebrado, más austero que el primero. Las flores del primer funeral apenas terminaban por marchitarse. Apareció la mitad de gente que al principio, ahora tenían certeza de la maldición. Mi apá no nos dejó comer nada de lo que trajeron esa noche a nosotras, todo lo guardó a nuestros hermanos, para que crecieran fuertes y pudieran seguir trabajando con él. Ahora mi padre permanecía en la puerta con su rifle tirándole a todos los pájaros que se acercaran al huacal, junto con él, ninguno pudo volver a dormir sin miedo.

¿Mi amá? Mi amá no podía decir nada o ir en contra de algo, ella también lo obedecía en todo. Pero estaba triste todo el tiempo, estaba triste desde mucho antes que llegaran las brujas a arrebatarles la vida. Y después, estaba como muerta en vida. Comencé a hacer todo lo que no quería hacer y no podía. Me quemaba con el fogón, me clavaba la aguja cuando intentaba coser, la cubeta de agua era muy pesada para traer del pozo y no sabía cómo cargar a Toñita. En ese punto yo ya quería morirme, la verdad. Mi amá ya tampoco se preocupaba en corregirme, solo vagaba haciendo sus tareas como fantasma.

Pero por mucho, lo que le pasó a Toñita fue lo peor, y aún no me lo puedo perdonar. Dejé a la bebé en una cobija por la tarde mientras colgaba la ropa, debía usar un huacal para alcanzar las varillas pero tenía mis errores, las prendas se me zafaban de mis manitas y debía sacudirlos para quitarles la tierra antes de que mi apá se diera cuenta. Pero ese

día, Miguel Ángel me echó de cabeza. "Apá, dígale a Isabel que aprenda a hacer las cosas bien". Mi apá me agarró y dio a cinturonazos enfrente del payaso de Miguel. Lo único más fuerte que mi llanto fueron los berridos que escuchamos desde el jacal. Los llantos de Toñita cesaron en cuanto mi apá me soltó y lo seguimos en busca de Toñita, pero solo encontramos a mi amá profundamente dormida. Él la alborotó hasta que le dio respuesta y ella despertó como si hubiera tomado la siesta más plácida de la vida "¿Y Toñita?" "¿Qué Toñita?" Decía mientras bostezaba todavía. La buscamos, todos la buscamos desesperados. Y a todos nos destrozó cuando mi padre nos llamó al jacal para decirnos que la había encontrado, en sus manos tenía un costal, de ahí sacó a Toñita como muñeca de trapo y con todos sus ricitos enmarañados, sin vida. Aún sigo teniendo pesadillas con eso, por eso no me gustan las muñecas y a mis hijas nunca les compré muñecas.

Nadie apareció en el funeral, más que un par de tías de parte de mi madre. Dieron sus condolencias pero cuando mi apá vio que venían con las manos vacías, las ignoró. Ellas me llevaron. Sí, aunque no lo creas, a la brava. Se esperaron hasta el día siguiente y me agarraron por la espalda cuando iba por agua al pozo, me taparon la boca y me llevaron caminando por las vías. Yo no me opuse, sabía que eran las brujas. Me llevaron a vivir con ellas, en otro rancho más alejado hacia el sur. Aprendí a hacer las cosas que no podía en casa. Me enseñaron a leer y a escribir. Un ranchero de cerca me quiso robar un día y una de ellas me defendió y lo mató a balazos. Y yo viví feliz ahí hasta que me mandaron a estudiar a la capital. Al menos con ellas, podía sentir eso que sentía con mis hermanas, ese abrazo protector que nos faltaba

Pinche Madre

Irene hace un chequeo mental rápido antes de pasar el retorno de periférico y perder la oportunidad de regresar a casa por algún chunche. Lleva como de costumbre la pañalera en la cajuela, su termo en el portavasos, su bolso en el asiento del copiloto y el portabebé en el asiento trasero detenido por el respaldo del asiento del copiloto. En él, están Martincito y su sueño protegidos por una cobija azul marino. Sabe que no hace falta revisarlo, pero igual quita una mano del volante para colarla por debajo de la cobija y revisar que el pulpo de peluche se encuentre en las manitas de su hijo. La última vez que Martincito había asistido a la guardería sin su pulpo la llamaron a mediodía para que pudiera recoger al bebé porque no podían hacer que parara de llorar y no podían alimentarlo. Martin, su papá, lo había olvidado en la mesa del comedor. Un pulpo de finos tentáculos tejidos a gancho que ayudaban a simular el cordón umbilical de la madre, aunque ya no lo necesitaba, entendía su apego. Tal vez, pensaba Irene, desde ese momento en que se le salió abruptamente por las piernas, Martin planeó huir.

El tablero le avisa que se queda sin gasolina, deja escapar de entre sus labios un "*pinche madre*" en forma de susurro y da un trago profundo a su termo. La ciudad la recibe con su tráfico habitual de todas las mañanas, mientras espera a vuelta de llanta busca en el fondo del bolso su cartera, lo pasa hacia atrás a un lado del portabebé y vacía el contenido de la cartera en el asiento del copiloto. Revisa la guantera y los bolsillos de su chaleco, junta 83 pesos, le da un trago más profundo

al termo. Se dice así misma que al menos llegarán a la guardería, desde ahí no le molesta empujar el carro. Faltan 6 días para la quincena. Piensa en a quien de sus compañeras podría pedirle dinero prestado que no lo haya hecho ya, ha sido cuidadosa en no acudir a sus compañeros, no está dispuesta a pagar ningun otro interes que no sea monetario, si una cosa había aprendido de los hombres es que a veces se toman ciertas libertades cuando eran capaz de ver vulnerabilidades. Su próximo sueldo se dividía cada vez más en deudas, en *piquitos* de 200, 300 pesos, la primer mensualidad de las dos que tenía atrasadas en la guardería, el pago del crédito que pudo sacar en el Prestafacil antes de que la mandarán a Buro por rendirse con los pagos de las tarjetas. Dinero que se esfumaba, que apenas y tocaba cuando ya estaba en manos de alguien más. Si se detenía a pensar en ello cuanto tenía algún segundo de espacio de introspección, regularmente cuando defecaba o en los últimos 10 minutos en que terminara su hora libre en el trabajo y se fumaba su cigarro de la tarde, nada de lo que compraba con ese dinero existía demasiado tiempo; comida, pañales, leche en polvo, gasolina, alcohol, cigarros, todo se consumía con una simple chispa.

Al incorporarse a Lazaro Cardenas para en la primer gasolinera que encuentra, sale del carro para extenderle al despachador las monedas y el par de billetes de 20, le pide la cantidad exacta, se recarga en la puerta del auto para vigilar el contador y que no le den menos de lo solicitado, una práctica regular de la cual se sorprendía víctima desde que recargaba el tanque sola, sin Martin. Para su sorpresa, el contador no para hasta que marca los 120 pesos. Ella, avergonzada sin saber cómo agradecer el gesto, baja la cabeza antes de meterse al carro y seguir con su camino de miseria.

Sabía que el culpable de todas su carencias era Martin, el cabrón de Martin. Maldecía el día en que la mamá de Martin lo había arrojado igual por las piernas, el mal congénito venía de su familia y aun así había decidido marcharse. En ningún momento de esos 4 años de relación, 2 de compromiso y 6 meses de intentar concebir después de su matrimonio hubiera podido imaginar que los abandonaría, él que no

paraba de pedirle nombrar Martin o Martina a su primogénito, como él, como su padre, como su abuelo. Eran muy bajas las probabilidades, pero cuando vio a Martincito, algo cambió. Podía ver atisbos de un desentendimiento por el mundo desde que lo vio en la incubadora o cuando les dijeron que el niño apenas y podría moverse sin ayuda de una andadera por el resto de su vida, que estaba parcialmente sordo y tendría que tomar terapias del habla conforme creciera, pero Irene jamás podría haber previsto amanecer un día para encontrar el lado del closet de Martin sin ropa, las repisas vacías, se había llevado hasta la tele del comedor y su xbox, lo único suyo que no pudo llevarse fue el Chevrolet Aveo 2010 que estaba en el taller. Entonces la casa se vino abajo, Irene desempleada por enfocarse en su maternidad y haber confiado en la palabra de Martin comenzó a vender todas las cosas de poco a poco en lo que esperaba recapacitara y volviera. Pronto tuvo que abandonar esa casa costosa y mudarse a las periferias, el único lugar donde podía costear una vida más o menos decente con su sueldo de vendedora de piso en una plaza comercial del centro de la ciudad. Tanto la madre como las hermanas de Martin le escondían su paradero. La facilidad con la que había decidido dejar de ser padre no solo la había enfermado y le provocaba náuseas cada vez que pensaba en él, si no que la había roto por dentro. Ahora cuando Irene miraba a Martincito sentía el peso completo de su padre en la espalda.

Irene toma hasta la última gota de vodka de su termo en un alto, lo saborea y se lamenta no poder comprar más, no se da cuenta que no puso los seguros después de partir de la gasolinera, un hombre viejo con la ropa sucia y los ojos desorbitados se encuentra ya a su lado sentado en el asiento del copiloto.

—Buenos días mija —Saluda con una voz áspera y le pone un arma en la cintura —Tranquila, tranquila, siguele dando derecho y cuando yo te diga nos orillamos a la izquierda ¿*Escuchastes* mamacita? Te vas a bajar cuando yo te diga, vas a dejar las llaves puestas y de aquí nadie sale *morido*.

La luz se pone en verde pero Irene no sabe cómo seguir, está pasmada con las manos tambaleando en el volante y la mirada perdida en la pistola que le apunta. De repente siente que se va a orinar.

—¡Avanzale, chingada madre! ¿O estas pinche sorda?

El hombre hace sonar un Clic en el arma, se la hunde aún más en el cuerpo. Irene aprieta a fondo el acelerador. La respiración se le corta, su alrededor parece lejano, disperso, siente como las lágrimas le gotean por las mejillas y los sollozos se le escapan de la garganta entre las exhalaciones, no quiere sentir la parte baja de su cuerpo. Hace un intento por voltear hacia su izquierda pero el asaltante le da una cachetada que le obliga a devolver la vista al frente.

—Vuelve a voltear y te parto tu madre.

Recuerda el portabebé y con cuidado asoma la mirada por el retrovisor, la cobija está quieta. Se pregunta si el hombre lo ha visto.

—Vete orillando a la izquierda.

Irene obedece. Piensa en cuánto demorarán en encontrar el carro, el tiempo que pueda pasar hasta que pueda hacer el reporte de un carro robado con placas que no conoce, de un color que ya olvidó. Se imagina buscando los papeles a nombre de Martin en un montón de cajas de mudanza sin abrir, siendo cuestionada por la policía y la aseguradora sobre porque ella hace el reporte ¿Había Martin contratado el seguro con el localizador GPS? ¿Podrían rastrearlo?

—En la siguiente te vas a dar vuelta y le sigues derecho.

Las identificaciones las llevaba en la cartera, en uno de los bolsillos del chaleco, el bolso en la parte de atrás solo era un cascarón de la mujer que alguna vez había sido, vacio con un labial caducado, una botellita de perfume a punto de terminarse y su cajetilla de cigarros. No había nada en ese carro que la condujera nuevamente a Martincito

—En tres cuadras vas a dar la vuelta a la derecha ¿Me escuchaste?

Las calles pavimentadas habían acabado, a pesar de estar rodeado de casas no podía ver ni un alma fuera. El no tener opciones le pareció demasiado familiar, quiso vomitar y se lo trago.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Da la puta vuelta!

Da un volantazo. El carro se derrapa y frena de golpe. El asaltante choca contra el tablero, pierde el agarre de su arma y la tira entre los asientos por unos segundos. Ella no lo mira, abre la puerta antes de que el cuerpo le responda y se echa a correr por donde venía. No voltea, solo escucha el motor encender nuevamente y alejarse. No rinde el paso en ningún momento, solo cambia su respiración, agitada y pesada, grita en alaridos, como si hubiera aguantado la respiración bajo el agua todo este tiempo. Ve como se acerca a la avenida, a lo concurrido, se permite entonces reír, carcajear, porque de entre todas las fantasías constantes para sacarse a Martincito de encima, abandonarlo en la guardería, dejarlo caer del cunero, ahogarlo en la bañera o asfixiarlo con el peluche de pulpo mientras dormía, jamás pudo haberse imaginado esa. Finalmente y por un instante, podía respirar.

Entonces escuchó el motor volver. El carro volvía hacia ella en sentido contrario, el asaltante le gritaba por la ventana.

—¡Tengo tu hijo, pinche madre!

Ella no lo creyó, solo pudo huir. Prefirió seguir corriendo cuesta abajo, prefirió correr hacia los carros en movimiento antes que seguir cuidando.

Uriel Velázquez Bañuelos

Uriel Velázquez Bañuelos (Guadalajara, 1998) Estudiante de la Licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara. Es columnista en las revistas *Penumbria* y *La bicicleta de papel*, además de miembro coordinador del Gran Colisionador de Textos Especulativos. Ha obtenido reconocimientos como el primer lugar en el XI Concurso de Cuento Infantil de la UAEM, con *El niño y el mar*, y el XIV Concurso Literario Luvina Joven, con *El hombre monocromático*. Fue semifinalista del Premio Internacional de Novela Infantil Altazor 2024 con *El pequeño detective*. Escritor polivalente, desde 2016 publica cuento, poesía, novela, ensayo y dramaturgia en revistas, antologías y editoriales nacionales e internacionales.

El color en su ojo

Un sol violeta despertó a Karina. Los rayos de luz se metieron por debajo de sus parpados y se alojaron. La mansión Campobello recibió el amanecer junto con el canto de los ruiseñores.

Karina se levantó de la cama, se miró frente al espejo, y contempló sus ojos color miel. Realizó sus estiramientos rutinarios. Era delgada y alta, sus músculos le permitían estirarse con gracia. Era una bailarina y lo sabía, y sonería por ello. La bailara más bella; de cabellera dorada tejida por la suave brisa; un par de ojos color miel que miraban con anhelos amorosos; una sonrisa tan blanca como la nieve. Karina, embellecida la realidad.

Con pasos serenos, suspiros profundos, bajó a la cocina. Un banquete esperó en la mesa. Probó el pavo y sació su sed gracias al vino tinto. Mientras comía, agitó los pies y pegó con el talón el suelo de bambú. Escaparon risas de alegría, y rebotaron por las paredes de mármol. Terminó de comer y salió descalza al jardín.

El sonido del agua agitándose por los molinos, le traían paz a Karina. Saber que su hogar recibía la energía del sol, allá en sus panales, también le traía paz. Se tiró al pasto rojizo e hizo ángeles. El pasto le picaba en el cuello. Qué sensación, qué vida. De un saltó se puso de pie y corrió con manos extendidas dejándose llevar por el viento. Inconscientemente, ella siguió una ruta ya conocida. Recorrió el camino, que una vez en sueños —esos que creía haber olvidado y con justa razón— le habían hecho sentir millares de sensaciones.

Pronto, dejó de sentir el cosquilleo del pasto en sus pies. La brisa suave del bosque esfumó en susurros. Bajo sus pies sintió los granos de arena que portaban la energía del sol violeta. La costa la acarició. Y el viento, con su clima sofocante, le invitó a desvestirse, prenda por prenda, para sumergirse en el agua. Ella abrió los ojos y tocó la sexualidad de la naturaleza. La arena rosada era fría en sus manos, y caliente al sumergir los dedos. El reencuentro de emociones no se detuvo. Las aguas del mar —de distintas tonalidades de verde dependiendo la proximidad a la orilla—, la mantuvieron serena con cada ola. Que calma la del mar, pensaba, independiente del cielo, pero no de la tierra. Independiente, repitió.

Karina se acercó lentamente al mar. Deseaba sentir los colores psicodélicos que le rodeaban. La curiosidad por saber lo que hay en al otro extremo, más allá del océano, la empujó. Pero tuvo miedo de enfadar la mar, y ésta que dejara fluir sus olas de furia y rencor. ¿Sabía la mar lo que era Karina realmente? ¿Sabía la luna y sus ciclos también, que comenzaban a asomarse tan pronto en el horizonte? No. El cielo y la mar jugaron a fusionar sus horizontes en uno solo. A Karina le empezó a temblar el cuerpo. La cabeza le dio vueltas, sintió que sus ojos se caían. Y cuando sintió el agua del mar en su vientre, todas las emociones que cargaba consigo misma, ese infinito océano interior, se liberó.

Una lagrima sucia despertó a Karina. Un corto circuito la trajo de vuelta.

Karina arrojó el visor al suelo, donde sacó más chispas y humo. Ninguna llama surgió debido al polvo y la tierra reunida en el frio concreto. Karina culpo a su ojo llorón, golpeándose el pómulo, por haber despertado. Lo pensó, lo creyó. En lugar de dar por sentado que fue por adquirir un producto defectuoso, se golpeó con más fuerza para que dejara de llorar. Karina, aturdida, se puso de pie. Temerosa y friolenta, se dio cuenta de que estaba en un callejón. Ni rosa, ni morado; solo la profundidad del negro y la inconsistencia del gris que andaba a la orden de las luces neón de los espectaculares que venían de la carretera.

Salió del callejón, guiándose por el haz de luz que provenía del centro de la ciudad. Desde ahí abajo no podía mirar la luna, que se ocultaba entre los rascacielos y la publicidad. Pero de algún modo, se sentía juzgada por la luna, por desobedecerla en cada ciclo.

Cuando llegó al centro de la ciudad, Karina fue recibida por más publicidad. La luz de los espectaculares de neón hizo que sus ojos ardieran. No estaba acostumbrada a esos colores. Y su estómago crujió ante las promociones de bebidas energéticas y pizza instantánea. Las gotas de lluvia se pegaron a su piel como mugre, y el constante sonido del motor de los aerodeslizadores saturaron su oído. Estaba sedada, a merced de la jungla cibernética.

No recordaba si aquello que vio fue por un holograma o un espectacular, tampoco sabe si lo escuchó de robot o humano, pero entre las voces encontró la forma de volver a casa. Entre el mar de información y ruido, se anunció un visor de realidad aumentada.

Karina volteó a todos lados por el constante ruido y cruzó la calle. Con uñas mugrientas, rasguñó su piel, provocando cortaduras. Se mordió la lengua en un intento de calmar los nervios y el hambre. Buscó sentirse aliviada, pero ni el propio dolor le dio el gusto. ¿Dónde está mi costa?, se dijo mientras pasó por encima de un charco de aguas negras.

Karina no detuvo su paso, aunque casi la atropellaron los autos, y chocaba con los peatones a cada rato. Pero ellos no la notaron, pues portaban un set de realidad virtual, por lo que estaban ocupados mirando algo más importante que ella. Y Karina dijo sin parar:

—¿Dónde están mis colores?, mis colores…

El cuerpo de Karina solamente respondió a su memoria, un mero instinto de supervivencia. Siguió el mismo camino de siempre, y se preguntó si ya había pasado por ahí antes. Era un efecto *Deja Vu*. Todo lo era. Pero se dijo: "No, tonta. Tu siempre caminas en tu Campobello". Y los edificios a su alrededor no le eran familiares, pero los quería abrazar como si fueran árboles y tirarse a su sombra, como si las calles fueran de pasto. Su memoria recordó el trayecto del río; el agua moviéndose entre los árboles, entre las flores, para llegar a casa. Entrece-

rró los ojos y vio eso. Pero su piel sintió smog de la zona industrial, las luces hipnóticas de las discotecas, y el frío y cortante pavimento. Esa ciudad, sin nombre y como muchas otras más, la obligó a abrir los ojos y cada poro de su piel.

Hasta que, delante suya, dio con una tienda de electrónica. En el mostrador yacía un nuevo set de realidad aumentada. Éste ya no era el enorme y torpe casco de antes, ahora era un lente que se alimentaban de cables de fibra óptica, que, al conectarse a la nariz, oídos y boca, entraba en completa sincronización. Y, a diferencia de su antiguo aparato, que le daba el diez por ciento de fidelidad y un dolor de cuello por el peso, el nuevo otorgaba un veinte por cierto más de fidelidad. De ese modo, la mente descansaba más ante la elaboración de sensaciones reales.

Karina tocó a la puerta, pero todo estaba cerrado. Se acercó lentamente a la ventana. El cristal, con marcas de golpe y arañazos, la separaron de la llave a su hogar. Y en un parpadeo, contempló su reflejo. Un pedazo de carne, estéril y pequeño, colgó entre sus piernas. Sus huesos estaban pegados a la piel. De su cabello largo y sedoso, quedo una calva asimetría. ¿Y qué era de esa sonrisa capaz de cautivar el sol? Era una cueva humedad y con hongos. Y cuando volvió a lagrimear de su ojo, una ira la invadió. Karina gritó, culpando de nuevo a su ojo.

—Por tu culpa la luna no me quiere. Por tu culpa soy fea —y se golpeó la cara y se estrelló contra el cristal, que apenas y tembló ante el golpe. Ella no tenía fuerzas para sacarse el ojo, mucho menos para romper el cristal, pero sí la suficiente como para sangrar.

Karina, maloliente y triste, cayó al suelo conforme su llanto se apagó. Ya no quería caminar entre los charcos que guardaban vidrios rotos, tampoco deseó escuchar los autos quemando gas, ni quiso perder la vista por la publicidad. Ella solo quería correr por la costa, sintiendo el calor de la arena, escuchando las olas del mar romperse, y responder, en cuerpo y pensamiento, a las palabras de la luna una vez al mes. Y despertar, siempre y segura, bajo un sol violeta.

Karina vagó por la ciudad. Inconsciente, nuevamente, siguió los pasos de su sombra. Hasta que una voz le llamó.

—¿El Flaco? ¡¿Mierda, *what happen to you*, mi hermano?! Te ves como la mierda —dijo un hombre robusto apenas la miró. El hombre le paró el camino, metió la cabeza a la puerta y gritó: —*Boss* ¿ya vio quien apareció*?*

Karina gimió, y ya sin fuerza, pero consciente de que lo había logrado, volvió a caer. El hombre la llevó en brazos y pasaron por la puerta. En medio de la oscuridad, escuchó el golpe de unas cadenas y unos pasos que sumaron a su marcha.

—No esperaba verte tan pronto —habló una voz más dulce y serena—, ¿lo mismo de siempre, no es así?

Karina emitió un triste gemido como respuesta. ¿Realmente alguna vez habló en voz alta o fue cosa de su mente?

—Sujétalo a la silla y fíjate bien donde apunta ese dedo. Yo iré por su regalo, se lo debemos por su generosa aportación hacia la empresa.

El hombre robusto ató a Karina a la silla de operaciones. Le conectó una serie de cables que pasaron desde el cráneo hasta la espina dorsal. Karina sintió como su cuerpo se endurecía, y sus extremidades perdieron temperatura. Estaba por perderse en la anestesia. Todo le era más ligero. ¿Volveré en una nube y caeré junto con la lluvia?, pensó Karina.

—*I don't understand* ni una mierda, *Boss*, tiene el coco *empty*. ¿Qué le vamos a sacar ahora?

El hombre, de buen vestir, la miró con desprecio. Y con sus propias manos, buscó si quedaba algún diente, lengua o cabello. Pero no quedaba nada más.

—Desconéctalo y tíralo con los demás. Ya no nos sirve.

Karina, al escuchar esto, usó sus últimas fuerzas para levantar su brazo y un párpado. Y burlando la anestesia, logró dar un grito que se tradujo como un gemido de pánico. Karina señaló su ojo llorón. Los hombres voltearon a verla, y contemplaron el color miel.

—Enciende todo de nuevo. ¿Lo vio la cámara de video, cierto? —Todos asintieron y miraron a la cámara, y prosiguió—. Amable Señor

“Flaco”, aceptamos tu generosa aportación. Es un placer hacer negocios con usted de nuevo. Nuestro más querido y preciado cliente.

Karina cerró los ojos ya vencida por la anestesia. Antes de dormir, escuchó la máquina encenderse. Era un ronroneo que sacudió su cuerpo. Sintió el piquete de los cables, la corriente eléctrica corrió por sus venas, y pronto esa infinidad de dolor cesaría el sueño.

Un chillido infernal la despertó. Karina yacía envuelta en sus sabanas. Se dijo a sí misma que ya no volvería a mezclar pavo con vino, que le provocaba malos sueños.

Karina bajó de su dormitorio, ignoró el banquete y se dirigió rápidamente a la costa. No tardó mucho en encontrarse con su gran amor: el agua y la luna. Al llegar, se percató que el agua era más clara que de costumbre. Se acercó lentamente, como si en cada paso sintiera sobre su cuerpo los granos de arenas que capturaban el brillo plateado de la luna. Karina, en propio reflejo, contempló una mirada seductora. Un ojo color miel soñaba, mientras que su otro ojo, de verde turquesa, le miraba fijamente al alma. Karina sonrió, pero no volvió a salir jamas de noche a la costa.

Lo que el fuego se llevó

Ah, espérese, hombre, no me apunte con eso. Le digo que no trabajo para Madero, ni Díaz. Ni a trovadores llegamos, están viendo y no ven. Créame al menos a mí, por favor. Mi nombre es Víctor Hueda Pérez y deje que le cuente bien lo que pasó. Nos fuimos de la Ciudad de México en el ferrocarril y, vea ahora, ya hasta se nos fueron los burros donde llevábamos las cintas y la carpa. No tenemos viajando mucho por el páramo, pero hemos visto de todo. Mi jefe, el señor Manuel Chihuahua, tiene un buen ojo y es muy oportuno. No sé cómo le hará, quizá y salió mago, porque desapareció hasta para ustedes o ya díganme dónde lo tienen. Yo no sé nada, soy re humilde, pero le voy a contar, aunque ahorita las rodillas me duelen por cómo me tienen aquí. Y no le hace que el sol me deje seco y sin saliva, pero le hablaré de todo para que me dejen vivir.

Disque llegó el México más científico, o eso decían los periódicos que vi regados bajo las jacarandas. Y le juro que yo me lo creí. Ni saber contar bien las gallinas de mi rancho sé, pero bien que quería ser parte de esto. Me animé para hacer algo bueno con todo lo que venía, y me fui con apenas aviso. Si me hubiera visto mi amá en ese entonces, creo que estaría contenta. Si me ve ahora, no lo sé, pero quisiera conocer sus palabras. Si jala el gatillo, al menos cuéntele lo que pasó conmigo, aunque no quiero que se lleve otra tristeza, con tanto muerto que hay por ahí. Tengo otros tantos hermanos que son rebuenos para arrear vacas, pero no sé si andan vivos. Espero que sí.

Estaba muy chula la ciudad cuando llegué. Veía por montones de gentes, que todos iban yendo y viniendo, y unos llegaban hasta en chalupas por canales, con sus cultivos que listos para vender. Yo quería un trabajo que me acercara a esa ciencia que vi, pero no sabía ni por dónde comenzar. Quizá fue que Dios me guió o fue mera casualidad, pero llegué a una carpa toda blanca. Entré y vi sillas formadas que daban al frente de una lona. Tomé asiento y el público llegó de poco en poco. Es como magia, decían, tienes que ver esto. Y yo quería saber qué era. No había visto ningún título llamativo afuera, ni el mago en cuestión; ¿acaso sería esa famosa ciencia de la que hablaban todos?

Apareció de repente una luz en la lona y algo corrió. Eran como unos cuadros en movimiento, pintados así tal cual, como vemos ahorita con los ojos. Las llamaban películas. Era la vida sin sonido. Con lo que vi afuera, pude imaginarme el ruido y la plática de las personas; sentí que yo estaba ahí. Escuché a muchos decir que ya no habría libros por esto de las películas. No sé, la verdad, pero espero salir de ésta para verlo con mis ojos. Quedé al borde de mi asiento con la película. Todo lo que habían visto mis ojos durante mis viajes, estaba ahí. El movimiento era tan real. Estuve hasta la última función, a ver si aparecía el encargado. Y sí, él llegó en la noche. Durante las distintas funciones, colocaban las mismas películas; las movían en esas cintas para ponerlas en una máquina que proyectaba. Eso era. Pero el encargado, ya por la hora, llegó con una nueva cinta. La tenía muy pegada a su pecho y hasta llevaba guantes puestos; no quería que nadie la tocara, ni ensuciarla él. Era raro que la gente se quedara hasta tan tarde, por lo que se ahorró explicar lo que estábamos por ver.

La película inició con una llama danzarina en medio de la tierra. Todo era en blanco y negro, pero sentí el ardor que me quemaba los pelos de los brazos y que escalaba por mis pies. Luego, entre la maleza, vi a una persona que de repente cerró los ojos. Una cortina de humo reveló aquella caída. Dos hombres armados lo arrastraron de vuelta a donde la imagen revelaba, poco a poco, una aldea en llamas. Había niños, mujeres y hombres. Todos con apenas ropas y bienes. O quién

sabe, quizá y tenían más, pero todo se lo llevó ese fuego o se lo robaron esos hombres. Poco a poco, la gente se fue de la función por el desagrado que causaban los muertos, ahí tan calientes y con las caras pesadas.

—¿Quiénes son esos hombres armados? —hablé, y me llevé las manos a la boca para contener el vómito.

—Mexicanos —dijo el encargado. Me di la vuelta y ya solo nosotros dos quedábamos en la función. Pregunté por los hombres que estaban ahí tirados, y el encargado me contestó—: También son mexicanos.

La película se acabó con una leyenda que dejaba claro que todo sucedió en Yucatán. Me ajusté mi sombrero y me acerqué al encargado para pedirle trabajo. Le dije de dónde venía y que lo que yo buscaba lo había visto en sus películas. Se acarició el bigote y ni las pestañas levantó, pero su voz fue de aprecio y sorpresa. Me mostró otra película que cuidaba con igual o más recelo. Esta vez me explicó lo sucedido: que allá en el norte, las tierras mineras son peleadas hasta por día y noche, y a veces hasta con palos y piedras. Y lo que vi fueron cosas que ni en palabras pudo explicarme.

—¿Y esos güeros quiénes son? —y temblé de pánico.

—Personas —me dijo el encargado. Pregunté por la niña que quemaron viva; si esa venía de alguna tribu maya también, si estaba de paso o no sé. Pero él nomás me respondió como si su origen no importara—: Es otra persona.

La noche de luto que iluminó las calles se nos pasó de película en película. Yo tenía los párpados casi caídos. Entre sueños, escuché los gritos y el sonido de la pólvora cuando quita la vida de otro humano. Creo que él no escuchó nada, pero sí se paró enfrente de mí, y dijo:

—Soy Manuel Chihuahua, su nuevo Jefe. Está usted con el deber de difundir la verdad —y me quiso estrechar la mano. Cuando extendió su palma, mis dedos lo atravesaron; era como pasar la mano por una tierra con agujero.

Y día a día, las jornadas laborales se me hicieron amenas. Fui ahorrando de poco en poco para luego yo comprar mi carpa, mi aparato ese y mis cintas. Cuando le preguntaba a mi jefe de dónde había sacado

esas cintas, él siempre cambiaba la historia; a veces decía que llegaba a él un pobre diablo que se las cambiaba por un pedazo de pan o vino; en otros días dijo que el tío hermano de algún primo que trabajaba junto a Madero le pasó las cintas; y ya en historias más simples, decía que se las encontró por ahí en alguna tienda o en una casa abandonada.

Una tarde, mi jefe llegó por la carpa con un nuevo anuncio. Ya no habría funciones gratis, dijo. Que la gente se molestó porque todo mundo podía acceder así sin más. Nos dijo que para él el dinero no era un problema, pero que tenía que pagar a sus empleados y, si el populacho veía que en nuestra carpa daban funciones gratis, ni se iban a parar. Y sí. Pasamos un par de días con la carpa abierta y ni las moscas se pararon. Caminé por la ciudad y vi otras carpas de películas; unas ofrecían comida o mujeres que se sentaran arriba de ti para hacer lo que uno quisiera. Le hablé de las distintas técnicas que tenía la competencia, y él simplemente me dijo:

—Dame calma, chico, dame calma. Ya tengo algo para eso —y me mostró un cartel en donde se anunciaban fusilamientos. Entre los fusiles y la gente, se leía "las conciencias detienen las balas".

La gente llegó como abejas a la miel. Había más público que sillas. Mi trabajo era encargarme de que nadie quitara la película, ya no ponerla, pues de eso se encargaba mi jefe, que seguía cuidando con celo aquellas obras. Y una noche, el ejército nos llamó la atención; nos dio un cese al trabajo. Nos cambiamos de ubicación, y mi puesto consistió en avisar si venían soldados o no. Si estaban cerca, también debía cambiar el anuncio por uno de la estación de ferrocarriles o el marcado en chulapas. Manuel lo tenía todo previsto.

Ah, espérese, a eso voy, a eso voy. No me pegue en la cabeza, que luego me duele recordar. Le digo que no son rodeos, estoy siendo franco.

Todo iba tan bien esa linda mañana en que, para mi sorpresa, llegó mi jefe Manuel Chihuahua con una noticia que sacudió a toda la compañía:

—¡Junten sus cosas, nos vamos ya! —estábamos en nuestro mejor año y mis compañeros y yo preguntamos el porqué de nuestra abrupta

partida. A mí me faltaba poco para terminar de juntar mis ahorros e irme ya por mi cuenta a difundir esa conciencia científica. Mi jefe no habló más y mostró uno a uno los periódicos. Primero fue la noticia de cómo desalojaron una carpa de películas por incentivar la prostitución y a otra que nomás servía comida. Que era porque perturbaron la calma de los mexicanos. La siguiente noticia que nos llegó fue la de Madero, que llamaba a todos a levantarse en armas contra Díaz. La cara se nos puso blanca del susto y hasta temblábamos como pollos. Mi jefe, con su voz calmosa, nos dijo—: A partir de aquí son libres de hacer lo que quieran. Si se van de la carpa, váyanse con cuidado y pasen el tiempo con su familia. Si se quieren quedar conmigo, no les puedo asegurar que nos vaya bien en vida, pero les prometo que no olvidaré sus rostros.

Yo me quedé al lado de Manuel y unos pocos también. A los otros los vi marcharse con sus expresiones secas, sin miedo, pero en su voz oí la necesidad de vivir aquello que no vieron en las películas más crudas. Mi jefe me vio entrar a su despacho y me dijo:

—Gracias por seguir aquí, chico —tras contar el dinero que le quedaba, porque repartió algo a los que se fueron, me dio un baúl de cuero negro y retoques de tela dorada, así como el que me confiscaron y que ya vieron que nomás tenía esas películas de masacres. Entonces me dijo—: Cuida esto más que a tu vida. Si todos somos conscientes, quizá ya no habrá más sangre para nosotros.

Y partimos de la ciudad en ferrocarril. Poco a poco se nos iban otros de regreso para allá. No sabíamos nada de ellos, lo único que nos llegaba eran noticias de cómo todo fue escalando hasta dar con la muerte de Madero y su hermano. Mi jefe solo se limitaba a contarnos las noticias, mientras trazaba varios puntos a seguir por el mapa. Íbamos de pueblo en pueblo y de aldea en aldea, mostrando películas de todo tipo. Era raro que nos dieran dinero. Siempre buscamos como pago algo de comida, más mano de obra o burros de transporte, o ya de plano un lugar en dónde dormir. Cuando se nos ofrecían fusiles y balas, mi jefe rogaba por otra cosa, aunque fuese un solo grano de maíz.

Y así fue hasta que ustedes dieron con nuestra caravana. Tenemos planeado ir para el norte, para que al cruzar la frontera… ¿qué?, no, espérese, espérese, le digo la verdad. Aguánteme, por favor. ¡No!, ¡deje ahí las películas!, ¡no les prenda fuego, por favor! ¡No, no me suban! ¡Me arden los pies, apáguenlo por favor! Hay mucha madera, ¡úsenla en lugar de las cintas! ¡Por favor, se los pido! ¡Esto arde mucho! ¡Por favor, ya, deténganse! ¡¿jJefe?! ¡¿Jefe, dónde está?!, ¡sé que puede oírme! ¡Perdóneme por no cumplir su palabra, lo intenté! ¡Jefe, sé que está cerca, lo siento! ¡Jefe, no me deje solo!… Jefe, cuide a mi familia también.

Sara Alicia Ruiz Bolaños

Sara Ruiz (Guadalajara, 1990). Estudiante de Escritura Creativa. Una chica con discapacidad motriz. Escritora de cuentos cortos con toques Gore. Tomó un taller de dramaturgia en Casa Cultura Jalisco, en el MET, 2018. Es autora de *Flores que solo abren de noche*, editada por La tinta del silencio. Fue publicada en la antología: Microterrores IV, de Diversidad literaria, España. Formó parte de las embajadoras en el IPC, realizado por Cultura Jalisco y el British council. Fue publicada en: *Revista Argos* en su número 22 de Julio-Diciembre de 2021.

Vacío

Desde que su familia lo abandonó, sus días y noches se tornaron más oscuras. La soledad de la casa lo hacía sentir como un espectro entre las ruinas de lo que en algún momento había sido un lugar lleno de movimiento, risas y también tristezas, aunque ninguna comparable con la agonía en la que se hundía cada minuto que pasaba solo; completamente solo en ese lugar. Pasó días enteros sin ganas de nada, ahogado en alcohol y el llanto del arrepentimiento, añorando a la familia que nunca valoró. Se sentó a un costado de su cama, pateó una botella vacía, sacó el arma de fuego que heredó de su padre; siempre la guardaba debajo de su almohada. Entre sollozos se introdujo el arma en la boca, pensó que ya no podía sostener la pesadez que oprimía su pecho, en ese instante, supo que su familia siempre había estado mejor sin él.

Jaló el gatillo.

Entre la penumbra

Entro por la pequeña ventana sin cortina alguna, a través de la que se filtra muy poca luz de la luna. Noto que la casa se encuentra abandonada, siento un frío recorriendo mi cuerpo, frío que afuera no sentía y eso ocasiona que lleve mis brazos entrelazados hacia mi pecho, doy un par de pasos y escucho ruidos desde el fondo, me detengo en seco al escuchar aquello, no distingo qué es, pero confieso que me invaden unas ganas de salir corriendo, aunque es más grande mi curiosidad de ver qué pasa en este lugar.

Así que camino unos cuantos pasos por esto que parece que en otro tiempo era la sala. Piso cosas que no sé qué son, no alcanzo a distinguir casi nada, pero por el ruido que hacen parece ser solo basura, lo hago lo más sigilosa que puedo, se escuchan gritos al fondo, pero sin mucha fuerza que pasan a convertirse solo en quejidos y luego en nada; silencio. Llego al umbral del lugar y asomo la cabeza, hay un pasillo largo y al fondo se ve un cuarto con la luz encendida, tiene una puerta negra de hierro con ventana de barrotes la cual se encuentra abierta. Abro los ojos casi al punto que siento que se me saldrán de sus órbitas al ver a través de esta; un hombre está colgado de los brazos, tiene desnudo el torso, alcanzo a mirar de su cintura a sus antebrazos, no sé si solo se encuentra desmayado o si ya no está con vida, se ve muy malherido, bañado en sangre, está inmóvil. Comienzo a arrepentirme de estar aquí. Un escalofrío recorre todo mi ser. Un segundo después, aparece detrás de él un hombre que lleva un delantal blanco de plástico, de esos que

llevan puestos los carniceros, está manchado con sangre, hasta su rostro se ve salpicado. Camina hasta ponerse de frente al hombre herido. En una mano lleva algo que parece ser un ablandador de carne, pero desaparece de mi campo visual, la otra mano la eleva, tiene un cuchillo; ¡Le va a hacer algo! Alcanzo a ver que en el rostro tiene una sonrisa burlona al verlo de esa manera, indefenso.

Mi corazón se acelera cada vez más. Quiero irme, pero siento mis pies pegados al suelo. Voltea hacia el pasillo, reacciono y quito mi cabeza del umbral lo más rápido que puedo, no sé si logró verme, está oscuro, pero me invade el miedo, más que eso es algo que jamás había sentido, terror; entro en pánico y quiero correr, pero no veo si tropezaré con algo, solo quiero llegar a la ventana para salir de aquí. Me invade la sensación de que se me saldrá el corazón, siento los latidos hasta mi garganta. Escucho que abre la puerta, atravieso el lugar lo más a prisa que puedo tratando de no caer con lo que hay aquí dentro; hago ruido, cosa que no quería hacer, pero ya no importa, me vio y tengo que salir lo más pronto posible, lo escucho correr por el pasillo, viene hacia mí. Llego a la ventana, estoy por salir, lo siento detrás, me toma del pantalón y jala con fuerza hacia él, caigo sobre algo pero alcanzo a meter las manos para no golpearme la cara con lo que sea que está ahí, intento voltear para defenderme, pero solo siento y escucho un golpe seco en la cabeza…Todo se vuelve negro.

Una y otra vez

Ya es de madrugada y llegamos al edificio del fraccionamiento que nos sirve de guarida porque está totalmente solo. No quiero subir, pero a patadas y empujones hacen que siga avanzando hasta llegar al cuarto piso. Ahí comienzan a golpearme entre todos, yo solo puedo tratar de cubrirme lo más que puedo y les grito que me dejen en paz, que no hice ni dije nada de lo que me acusan, pero hacen caso omiso y siguen golpeándome hasta que Efrén les pide que paren, yo sigo llorando y me jala el brazo para descubrirme la cara mientras me lanza un escupitajo que me cae justo en la barbilla. Me dice que soy un soplón y un perro ladrón. Le vuelvo a repetir que no hice nada de lo que me está acusando, pero no me cree, dice que ya me ha aguantado mucho, que soy un niño pendejo que siempre le arruina sus planes, pero que ahora no me salvaré. Yo le ruego que me deje ir, le suplico; se ríe de mi y me dice que me hinque y le pida perdón. Lo hago, me arrastro un par de metros hasta llegar a él, me hinco, le pido me perdone, se pone de cuclillas, me observa unos segundos, como dudando, y me lanza un cabezazo, que me tira al suelo.

Mientras me tomo la cabeza y me quejo les pide a los demás que me levanten y me lleven al balcón, yo comienzo a gritarle y a pedirle que no lo haga, ya sé cómo termina esto, ya lo he visto hacer esto en otras ocasiones. Estoy llorando y gritándole desesperadamente, mientras siento un calor fluir por mi cara, que no sé si es el llanto o la sangre

lo que me nubla la vista. Él llega al balcón y espera me lleven arrastras hasta donde está esperándome.

Le vuelvo a rogar, a implorar por mi vida, pero no veo que lo vaya a convencer, volteo y veo a Leo, es uno de los que me empujan, le digo que me ayude, que es mi amigo, que confíe en mí, que no hice nada, pero no me contesta, solo evita verme a la cara, le digo que somos como hermanos que no me haga esto, pero no reacciona a mis peticiones. Efrén da la orden con su gesto, asiente con la cabeza, yo grito un «no» con todas mis fuerzas al momento en que estos que solían ser mis amigos, compañeros de banda y de parranda me lanzan al vacío.

Siento un golpe seco que me saca el aire cuando choca mi cuerpo contra el pavimento. Caigo boca abajo y siento que todo mi cuerpo estalló. Quiero hablar pero las palabras no me salen, solo siento ahogarme con mi propia sangre, mientras continúa su rumbo, huyendo de mí por la boca. De repente los veo rodeándome, Efrén trae su machete en la mano.

—Aaaay, ¿aún estás vivo cabrón? ¡Ya muérete!—me grita.

Me lanza un golpe directo a la cabeza que lo último que veo es el filo del machete con el rabillo del ojo.

Abro los ojos, sigue siendo de noche, pero de nuevo estoy subiendo a patadas y empujones al edificio, mientras pienso si fue un sueño o será eso que la gente llama: *déjà vu, n*o lo sé, pero se siente igual que la primera vez. Y mientras todo transcurre igual, hay una parte de mí que se pregunta si puedo esta vez liberarme de aquel final. Pero más tardo en pensarlo que en estar en el asfalto nuevamente, ahogándome en el charco de sangre que parece ser un destino del que no podré librarme.

Frialdad

Despierto, abro los ojos, una luz me enceguece por unos segundos, cierro los párpados, los contraigo y los vuelvo a abrir. Miro a todos lados… estoy en una morgue o algo parecido, hay instrumental quirúrgico, me paralizo al verme en una mesa que parece de aluminio, desnuda; un frío me recorre el cuerpo. Más tardo en reaccionar cuando veo a dos hombres frente a mí. Les sorprende de igual manera que esté despierta. Les pregunto por qué estoy aquí, pero no me responden. Trato de sentarme para bajar de la plancha, pero uno de ellos, el más joven me detiene y me vuelve a recostar, quiero zafarme de él, pero no lo logro, me siento débil. El hombre mayor me inyecta algo en el cuello y comienzo a sentir un frío que recorre mi interior. El chico me suelta, retrocede y le pregunta al hombre cuánto tardará en hacer efecto; contesta que no mucho. Estoy paralizada por el miedo y desconcierto por el lugar, por esta sensación en mi cuerpo que no me gusta; vuelvo a preguntar qué pasa. De nuevo no hay respuesta, veo mis pies y comienzan a tornarse blancos, es como si la sangre no llegara a ellos y solo quedaran pálidos. Veo una línea roja discontinua subir lentamente desde mi pie, como si mi sangre huyera, y junto con ella la sensibilidad.

Al fin hablan. Me dicen que no tardará mucho, que moriré en poco tiempo, sin dolor, que solo sentiré más frío.

Trato de mantener mis ojos abiertos y pienso en cómo poder escapar, lo único que estando en shock se me ocurre, es gritar y saltar

de la mesa , pedir ayuda, y tal vez con la adrenalina le fluya la sangre nuevamente a mis pies y le gane a lo que sea que me hayan inyectado.

Mis pies ya no me responden, me arrastro por el suelo que está muy sucio, grito con toda mi fuerza. Nadie viene; entre mis sollozos escucho que me dicen que no hay ninguna persona que vaya a venir en mi auxilio. ¡Estamos solos!, gritan al unísono.

El frío lo siento subiendo por mi pelvis y me asusto cada vez más, les repito que no quiero morir, pero el chico me observa impávido. Sigo arrastrándome hasta que llego a la puerta, la empujo con la mano derecha, se abre, veo que no es una morgue; hay una pequeña sala-comedor, la tapicería tiene un tono marrón, ese tono marrón de que no ha sido lavada durante mucho tiempo. Es una casa en la que adaptaron este cuarto para que sea su morgue personal. Grito nuevamente, pero nadie acude, me dicen que por más que lo haga nadie escuchará.

Ya estoy paralizada casi hasta el pecho, voy sintiendo helar mis brazos, en mi desesperación vuelvo a preguntar el porqué, él dice: ¿qué no es obvio? Mientras inclina la cabeza, me ve fijamente a los ojos; al mirarlo siento su frialdad, lo primero que pienso es que no tiene alma. Y sigue hablando, sin expresión alguna dice: Solo estamos experimentando.

Yo, aún con lágrimas en los ojos, siento cómo se enfría mi pecho y de la profundidad de mis pulmones sale el último vaho hacia mi boca, como si fuera invierno en pleno verano.

Viaje subterráneo

Me saca de mis pensamientos la gente que se acerca demasiado, pegándose unos a otros, estrujándose, hasta sentir el calor corporal que emite quien está al lado. Ya no cabe uno más y se siguen empujando para que el tren pueda cerrar sus puertas. Estoy tratando de no entrar en pánico por pensar que me puede aplastar este mar de gente, pero me detengo y pienso que mi silla de ruedas sirve un poco como escudo, pero solo a mis piernas. Mantiene a cierta distancia a las personas, aunque en situaciones como esta, no las mantiene del todo separadas de mi.

Al fin se cierran las puertas, el tren avanza.

Muero de cansancio, ya quiero llegar a casa, darle los chocolates que le compré y tanto le gustan a mi mamá, cenar juntas, y dormir, dormir y más dormir. Fin de semana laboral y mi cuerpo ya está a reventar de tanto ajetreo de la semana. Por eso casi me quedo dormida en el trabajo. ¡Qué vergüenza! Nada más de recordar la cara de Lupe cuando me sacó de mi ensoñación, ¡ay no! Lo bueno que no estaba el jefe.

Estación tras estación se bajan y suben personas, algunas caras conocidas de encontrarnos en el tren, que curioso que ya puedo identificar a algunas personas por esta razón. Poco a poco se va quedando más libre.

Mañana me voy a despertar tarde, dormiré lo más que pueda y después me despierto a lavar ropa y a limpiar mi cuarto.

Siento una mirada y volteo al vagón del lado izquierdo y veo que un tipo que está sentado, me mira, ve que lo observo y se voltea. ¿Qué me ve este tipo?

Vuelvo a mirar al frente, hacia la puerta, me gusta mucho cómo se ve la ciudad de noche, esas luces tan pequeñas, siempre me hace pensar en lo pequeños que somos los seres humanos aunque nos creamos la cosa más maravillosa, solo somos unos pequeños seres insignificantes para este mundo que con o sin nosotros la vida sigue y seguirá. Creo que solo nos gusta sentirnos importantes para algo o alguien.

Vuelvo a sentir una mirada, volteo nuevamente y el tipo ya está de pie en el ensamble de ambos vagones, pero ahora no desvía la mirada por un par de segundos, la desvío yo. No me gusta cómo me está viendo, siento ganas de vomitar, como una punzada en el estómago.

Se acerca a la puerta que está frente a mí. Ya se va a bajar.

Llegamos a la próxima estación, voltea a todos lados del vagón, se abren las puertas, no baja, retrocede y se pone al lado mío.

¿Por qué no bajó? ¿Por qué vio alrededor? ¿Se dio cuenta que vengo sola y por eso se quedó?

Mi corazón comienza a latir más fuerte. Tranquilízate no pienses nada malo, estás rodeada de personas, si así fuera no te puede hacer nada, respira, cálmate Alondra, respira.

Solo faltan dos estaciones más y me bajo, actúa normal, no pasa nada, ya casi llegas.

Sigo sintiendo la mirada que ahora está más cercana, mi corazón retumba en mi pecho, casi lo siento hasta la garganta. No lo mires, tú cómo sin nada. Veo mi reloj en la muñeca izquierda, 10:50. Ya va a estar cerrada la panadería, quería comprar algo para cenar, no alcancé a preguntarle a mi mamá si había algo o si me tocaba llevar cena, por estar apresurada se me olvidó, y ahora con este tipo cerca no quiero sacar el cel para enviarle mensaje, qué tal y me lo quita, a lo mejor eso quiere, asaltarme. ¡Basta, deja de pensar eso!

El tren anuncia la estación, se abren las puertas y bajo. Me dan unas ganas inmensas de voltear y asegurarme de que no baja en esta esta-

ción ese tipo, pero no, prefiero ir directo al elevador, lo más rápido que puedo. Hay unos chicos esperándolo. Les pido permiso, me ven y se hacen a un lado. Mi curiosidad me gana y volteo hacia atrás. Veo al tipo caminando por el andén, mirándome fijamente mientras se acomoda su mochila en la espalda. Los chicos discuten si mejor utilizan las escaleras eléctricas, se van y yo espero que ese tipo se vaya con ellos.

Se abren las puertas del elevador, me subo a prisa, me doy vuelta y veo que me observa mientras se cierran las puertas. Ya me dio impaciencia. Sube elevador, sube rápido. A lo mejor solo me estoy haciendo ideas. Tal vez vive cerca o viene a visitar a alguien por aquí, Pero ¿visitar a alguien a esta hora? No lo sé, además no tengo por qué conocer a toda la gente que vive a los alrededores, claro está. Por favor Alondra relájate, ha de ser el cansancio que te tiene paranoica, ¡ya basta! Respira profundo y lentamente, vas a estar bien.

Se abre la puerta del elevador, salgo a prisa por el pasillo, llego a los accesos, salgo y llego al segundo elevador, no lo veo y eso me conforta. La guardia me desea buenas noches, le contesto lo mismo y se abre la puerta, entro, me doy la vuelta, presiono el botón del piso 1 para salir a la calle y mientras se cierran las puertas y le sonrío a la guardia aparece detrás ese tipo nuevamente.

Se cierra la puerta y el elevador sube.

Mi corazón vuelve a latir con fuerza, me vuelvo a repetir que son alucinaciones mías. Se abre la puerta, salgo y está todo muy quieto, no hay coches pasando por aquí, se escuchan a lo lejos cuando pasan por la avenida. Solo alumbran las luces de las lámparas de led que aún funcionan, me dirijo lo más a prisa que puedo hacia el cruce de la avenida. Me da miedo que hoy está más solo, es más tarde me repito, por eso está más solo.

Escucho un silbido detrás de mí, no quiero voltear, pero mi instinto me lleva a hacerlo. Veo un cuerpo corriendo hacia mi, pasa debajo de una luz, es el mismo tipo del tren. No pasa ningún auto, le tuve que haber pedido ayuda a la guardia, ¡carajo! ¿Grito? Pero no hay nadie, ¿quién me va a escuchar?

Mis brazos me duelen, no puedo ir más rápido. No voltees me repito. Pero escucho su voz detrás de mí.

-No eres tan rápida, no puedes huir. Dice.

No volteo, intento ir más rápido, pero siento un jalón de mi silla de ruedas hacia atrás. No puedo contener las lágrimas y comienzan a brotar, ¿Qué quieres de…

Está empuñando algo con lo que me golpea, caigo de mi silla, se acerca, algo me dice pero estoy aturdida, y no entiendo, me arrastra unos metros, volteo y solo veo que me alejo más de la silla, no me sale la voz y siento otro golpe en la cabeza.

La oscuridad viene a mis ojos.

Francisco Mazatl Bernal Reyes

Fco. Mazatl Bernal Reyes (Ciudad Guzmán, Jalisco. Nacido en el 2005) es un estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Universitario del Sur. En el 2025 ganó el XII Concurso Literario de Cusur. En sus tiempos libres, disfruta de la escritura, la lectura, el dibujo y la pintura.

Cuatro hombres en un estacionamiento

"Aguántese como hombre", pensó Edgar cuando terminó de cargar cien kilos en barra de pecho. Ya llevaba poco más de tres meses yendo al gimnasio del centro comercial. Tres meses desde que lo cortó su novia. Tres meses de ejercitarse dos horas diario. Tres meses de tomar licuados con proteína junto a su dieta de pollo y arroz. Tres meses desde que empezó *El camino del alfa: la nueva masculinidad*. En todo este tiempo, hoy fue la primera vez que prestó atención al eslogan colgado en la entrada: *Si quieres algo diferente, haz algo diferente.* Así que eso hizo. Cuando salió, en vez de irse en su carro, subió a trote suave por las escaleras del estacionamiento hasta llegar al último piso. Fue hasta una de las barandillas y se quedó ahí, observando el paisaje. El ritmo de su corazón, los carros y el viento creaban en él una paz extraña que, sin saberlo, la necesitaba. Meditó –de manera muy estoica– sobre cómo todo parecía haber cambiado. Recordó las lecciones de su mentor y sus compañeros. Ahí, en esa calma inesperada, disfrutó de pensar cómo las cosas mejoraban para él.

Roberto estaba cansado en varios niveles. El más inmediato era por tener que cargar las bolsas del super hasta el cuarto piso del estacionamiento. El lugar seguía igual de abarrotado como cuando llegó. Su mujer le pidió que él se adelantara. Ella cuidaría a su hija otro rato, pues aún no se quería salir de la sección de juegos. A pesar de la carga, aceptó. Total, todo sea por estar lejos de su esposa por unos momentos al día. Él la amaba. De verdad lo hacía. Pero se dio cuenta que estar con

la persona que amas en casa, en el trabajo, en las reuniones con amigos y en cualquier lado, te hace extrañar ese tranquilo oasis de soledad en el desierto del matrimonio. Tras dar la última vuelta y cerrar su carro, se fue a una de las barandillas y se quedó ahí, viendo los edificios mientras calaba un cigarro. No se dio cuenta que lo acompañaba otro hombre. Edgar solo lo notó hasta que se miraron fijamente.

Ambos compartieron el espacio en silencio. Aunque solo veían el paisaje de la ciudad, de vez en cuando se miraban el uno al otro con la misma extrañeza que dos perros callejeros. Los dos pensaron lo mismo. "Este hombre vino conmigo por algo". Edgar lo estudiaba con la vista cada que tenía oportunidad. Si bien de lejos le pareció alguien simple, ahora que lo tenía frente a él, entendió que no era así. Algo en él no estaba bien. No supo si era su semblante o su mirada que fingía un cansancio, como si ocultara una urgencia de cazar. Había visto algo así en sus videos y *podcasts:* hombres que, sin aviso, un día pierden los estribos y empiezan un enfrentamiento con quien tengan por delante. Así fuera en un callejón, en un bar o en el último piso del estacionamiento. Comprendió que este hombre llegó ahí para tener una pelea.

Por su parte, Roberto no sabía cómo dejar de ver a ese hombre. Si se hubiera dado cuenta que alguien más estaba ahí, no se hubiera acercado. Ahora que lo tenía al lado, no podía parar de mirarlo. Era notorio que vino del gimnasio. Sus brazos fornidos salían apretujados de la camisa de tirantes y su pecho bombeado que estiraba la caricatura estampada en dicha prenda. ¿Roberto pensaba de nuevo en esas cosas? Esas cosas que pasaban por su mente, como cuando su mirada se va en los muchachos de la obra. "¿Qué me ve arqui? ¿Le gusto o qué?" dicen ellos y se echan a reír. Roberto finge la risa. O aquella cuestión que siempre intenta evitar: su cuñado. Tan libre, tan orgulloso, tan *él.* Recordó esa comida familiar: Les contó a su esposa y Roberto sobre cómo algunos hombres se encuentran en lugares al azar para tener relaciones sexuales. Decía que solo era cuestión de magnetismo. Unas miradas, unos movimientos sin intención o unas pocas palabras para que terminaran teniendo sexo. Su mujer lo interrumpió y dijo que no

hablara tonterías. Él siempre se quedó con dudas. ¿Cómo era ese magnetismo? ¿Qué tipo de miradas? ¿Su cuñado ya lo habrá hecho antes? Ahora, las cuestiones se resolvían frente a él con una absoluta certeza: comprendió que este hombre venía a cogérselo.

Con mucho esfuerzo, Marcos subió hasta el último piso del estacionamiento para agarrar señal. Maldijo que el elevador no funcionara, aunque el esfuerzo lo valía: tan solo así podría abrir la *pokeparada.* Como era habitual a esa hora del día, salió a jugar *Pokemon Go* por las calles. El centro comercial tenía varios puntos de interés y no perdería este. Se acercó a la barandilla de la *pokeparada*, sin pensar que se encontraría a personas tan importantes ese día o cualquier otro en su vida: Un hombre con camisa de tirantes y otro que fumaba. Recordó las descripciones que había estudiado desde hace mucho. Esos dos eran, sin duda alguna, *TheYeiti y Gatgoater.* Los dos hermanos que se habían convertido en los mejores jugadores de la región y, por supuesto, los ídolos de Marcos. Pensó en decir algo, lo que sea. Su bajo nivel en relaciones sociales lo atacó de nuevo y las palabras no le salieron. Simplemente se quedó ahí, junto a ellos. Observando y desafiando el silencio. Por momentos la vista le fallaba a causa del agotamiento. Veía a *TheYeiti* con una forma física más ancha de la que recordaba. A pesar de eso, sabía que ninguna otra persona usaría una camisa de tirantes con una caricatura de un *Greninja* —su Pokémon favorito— en una *pokeparada* por mera coincidencia. El caso de su hermano era más particular, puesto que siempre ha intentado mantener un aura de misterio. Un jugador sin imagen, alejado de las cámaras y redes sociales. Entendió que era él porque su descripción coincidía con lo que dijo *TheYeiti* en aquel famoso directo: "Pueden reconocer a *Gatgoater* en la calle sin problemas, se ve un tanto gay". Comprendió que esos hombres estaban ahí por la noble tarea de jugar *Pokémon Go.*

Edgar sentía una quimera en el estómago y, con todo el temple que tenía, la estaba domando. Le encabronaba pensar que el primer idiota no vino hacia él de manera arbitraria, sino que era un plan. Era evidente de qué se trataba. Todo esto era un complot hacia él. ¿Había sido

porque lo vieron con la guardia baja? ¿O simplemente eran dos *betas* que reconocían en él lo que ellos nunca iban a poder ser? Las razones poco o nada importaban, lo que importaba era el presente. Pensaba también en la gloria de la anécdota. Se imaginaba saliendo victorioso de su batalla y contándoles a *la manada de rojo* sobre cómo lidió con la pelea. El señor era más bajo que él. Lo tumbaría sin mucho esfuerzo. El muchacho que acaba de llegar sería un reto si estuviera en forma y no hubiera llegado tan cansado. No iba a ser difícil. Lo difícil era predecir quién daría el primer golpe. Sentía un fuego que le crecía más y más por dentro. Por su parte, algo también crecía en Roberto. Nunca había probado un trío y ahora, frente a él, iba a tener la oportunidad. El joven que se había unido también era de su curiosidad. Por sus cualidades amplias y sobrado vello facial, le recordaba a esos *osos jóvenes* que una vez buscó en internet por "accidente". Se tensaba por pensar en el calor que sentiría por ambos. Lo midió de arriba abajo mientras se tapaba la boca, no quería que vieran cómo se mordía los labios con una sonrisa. Edgar entendió que esto era un inequívoco indicio de pelea. Era como en aquel *tiktok* de *Señales que alguien te va a atacar en la calle.* Aunque se tapó la boca, Edgar notó cómo se reía. Estaba jactándose. Marcos también recibió la señal, era un alivio: No era el único que estaba nervioso. Siempre había colocado a ambos en unos pedestales porque, al menos en lo virtual, sí estaban por muy encima de él. Y, sin embargo, también son humanos. También se ponen nerviosos. ¿O podría ser diferente?, ¿acaso ambos hermanos se burlaban de él? Los nervios y el mutismo atacaron de vuelta junto con dicho pensamiento.

Luego llegó el último hombre. Traía consigo todo lo acordado: Traje negro y el maletín. Terminó de subir por el estacionamiento y se acercó a la barandilla donde estaban aquellos tres. Puso un momento el maletín en el piso y se dirigió hacia ellos. No saludó, no hizo ningún ademán con las manos, ni siquiera dijo *buen día.* Solo preguntó lo siguiente.

—Es aquí, ¿verdad?

Nadie respondió. Marcos supuso lo evidente: Un reclutador de campeones. Quizás un desarrollador del juego. Esto explicaría la re-

unión, todo cobraba sentido. Hace mucho escuchó de cómo a veces se arreglan los torneos. Debe ser eso, ¿Podría ser algo diferente? Sea cual fuese el resultado, no lo tranquilizaba. Ahora él era un entrometido y alguien que no debía estar ahí. Y sin embargo, no se iba a mover. Si Marcos se iba, lo que pasaría podría cambiar a la *pokecomunidad* para siempre. Todo lo que había hecho para este momento decisivo: todas las *pokeparadas*, todas las victorias y derrotas, todos sus *pokemones*, todos los "despégate del maldito teléfono" de su madre. Él se había convertido en un símbolo de compromiso para todos.

Roberto ahora estaba mareado. Se sentía como si sus ropas, su alma y su sexo se pelaran en frente de aquellos hombres. Era así porque pensó que faltaba poco para que realmente lo estuvieran. ¿Quién sería el primero en actuar? Aunque no era un fan de los disfraces, también aceptaría con humildad al nuevo integrante. De eso se trataba: Disfraces, apariencias, máscaras, Solo eso veía. Cada uno de estos individuos —incluyéndolo— estaban a punto de sufrir una metamorfosis y mostrar su verdadera apariencia a través del contacto masculino.

Edgar no quería admitir su pánico. ¿Uno contra uno? Fácil. ¿Dos contra uno? Un reto y uno muy digno. ¿Tres contra uno? Difícil. Casi imposible. No, en realidad era imposible. Escondió sus puños en sus bolsillos, blancos y sudados de tanto apretar por el miedo. Sabía que la única solución era huir. Escapar, fallarle a la manada, a *El camino del alfa* y a todo lo que había construido. Era mejor eso antes que salir derrotado por esos hombres. ¿Huiría a su carro? ¿Le daría tiempo? ¿Y si alguno viene armado? La tensión empezaba a doblegar su columna y estómago a la par que sus piernas se paralizaban.

Entonces, el teléfono del recién llegado sonó. Lo tomó, dijo: "Estoy aquí… último piso… Entiendo" y volvió a colgar. Se despidió con una disculpa, dijo que se equivocó de lugar. Se llevó su maletín y la mirada inquieta de aquellos tres consigo. Se fue con la misma parsimonia que llegó. Los hombres, como es costumbre, no se comunicaron.

Marcos fue el primero en retirarse. Entendió que quizás había arruinado la reunión. Eso lo hizo sentir mal, pero tenía un nuevo or-

gullo por mantenerse firme a sus principios. Por primera vez en mucho tiempo, se hizo notar. Era un inicio, un primer paso. Caminó por otras *pokeparadas* en el centro comercial. Una en particular le llamó la atención. Por encima de ella rezaba *Si quieres algo diferente, haz algo diferente.* Hacer algo diferente sería el segundo paso.

Roberto escuchó a su esposa llegar por las escaleras. Salió de su fantasía de inmediato y puso su cara de habitual seriedad, se fue hacia ella y le ayudó a subir otras compras. Arrancó el auto y se fueron a casa. En el camino, la escuchó hablar sobre diversos temas que pasaban por sus oídos con irrelevancia. No paraba de reflexionar sobre el encuentro. No sabía a ciencia cierta si lo que sintió ahí fue solo su imaginación o si realmente hubo algo. Nunca le contó a su mujer sobre lo que pasó ahí. Mucho menos sobre lo que pasaría en el futuro.

Edgar se quedó unos últimos momentos viendo el paisaje. Bajó hasta el piso donde estaba su carro, paso por paso, escalón por escalón hasta el fondo. Tras abrir su carro y sentarse en el asiento, comenzó a llorar. Lloró como si volviera tres meses al pasado. Asestó varios golpes al volante y otras partes del carro, lo cual causó que llorara aún más por el dolor y los daños. Berreaba como el niño inmaduro que evitaba volver a ser. Poco comprendía si era porque no pelearon, por haber pensado en huir o porque sabía que perdería. Como siempre, iba a perder. Las cosas fueron diferentes y aun así se sentían como la misma mierda.

No importa lo que hizo el último hombre.

Una cuestión de suerte

Franco ya estaba en la cocina, no pudo dormir bien. Tuvo una pesadilla que nunca le contaría a su mujer. Cocinaba el desayuno para ambos. Yadira despertó justo a tiempo. La luz del sol bañaba su piel blanca, su vientre hinchado y las sábanas deshechas. A veces no le gustaba que fueran color marfil, pues la hacían ver casi invisible y a su esposo como una isla en ese mar de sueños. Se sentó con la dificultad habituada en los últimos siete meses. La aliviaba pensar que pronto lo vería. Pronto sería el día que conocería a su hijo. Lo tenían todo tan planeado como se podría pensar: ropa, bienes, espacios, incluso qué programas de televisión verían juntos. Esa mañana era el inicio de uno de esos planes. Irían a escoger el color de piel de su hijo.

Mientras desayunaban, Yadira volvió a leer el folleto. No era la primera vez, ya lo había repasado al menos unas veintiún veces. Al principio, había miedo por la idea, dicho se volvió curiosidad, luego gusto, luego encanto, luego fascinación hecha real. Había pasado las últimas semanas investigando junto a Franco. Conocía casi de memoria el método en que el especialista cambiaría la melanina del feto, oséase, añadir o cesar con la existencia de varios melanocitos. Por supuesto, no era barato, pero era popular. Cambiar el color de piel del hijo se había convertido en un deseo no accesible para todas las clases. Si bien lo normal era cambiar la gama de marrones, veía en redes cómo las personas con más dinero tenían hijos azules, morados, rojos y de toda clase de espectros. Nunca le contó a su esposo ese deseo, en parte porque

sentía que era ridículo querer un hijo que cupiera en un arcoíris… Con el color blanco se conformaba.

—¿Crees que en unos años se pueda cambiar el color de los ojos? –preguntó Yadira.

—¿También viste ese vídeo de los coreanos? —respondió Franco—. El otro día hablé de eso con los chicos del trabajo. ¿De qué color te gustarían que los tuviera el chaparro?

—Azules, obvio.

—¿Por qué? A mí me gustaría que los tuviera como tus ojos.

—Mis ojos son color popó. Te darás cuenta cuando le cambiemos los pañales.

—Pues no es un color feo —Yadira solo respondió *luego lo entenderás* y siguió con su desayuno.

—Poco después de terminar de arreglarse, subieron al carro y se encaminaron al consultorio. Entraron en la carretera. El camino era un poco largo, lo suficiente para conversar sobre temas triviales. La renta, los trabajos, los amigos, la familia… Yadira se emocionó al pensar en el gusto que tendrían sus padres por tener un nieto, como ellos, güerito. Su esposo miraba con ternura el entusiasmo de su mujer. Cómo odió tener la misma duda, esa que volaba como cigüeña en su mente parda: ¿cómo se lo digo? No, ni siquiera eso, ¿cómo se lo planteo? Solo pudo agarrar valor hasta que frenó, junto al resto de autos. Estaban embotellados. Había carros por delante, por detrás y por ambos lados. En el coche vecino, Franco divisó uno de esos niños de colores. Era color tinto. No como el vino, un niño no podría ser descrito con algo tan terrible, era más bien tinto como la navidad. Jugaba con un dinosaurio de plástico. Franco juraría que ese niño tenía los ojos más bellos del mundo.

—¿Y si no lo pedimos de color blanco? —Yadira olvidó lo que sea que pensaba en ese momento y fijó los ojos en su esposo. Lo conocía, tenía *esa* expresión. *Esa* que tiene cuando se le mete una idea y ya no se le puede sacar de la cabeza.

—¿Y eso? Ya lo habíamos planeado.

—Lo sé corazón, lo sé —se quedaron un momento en silencio. Él notó que Yadira tenía una expresión rara. No pudo entender qué significaba. El embotellamiento terminó y pudieron seguir. Yadira empezó a hablar del tema sin responder lo cuestionado. Mencionó a su primo lejano, quien también había elegido un color para su hijo. Se burló diciendo que el amarillo chillón era una elección demasiado excéntrica, Franco dijo que a ese niño le dirán *Piolín* por el resto de la vida. ¡Déjate tú de eso! Le van a prohibir conducir porque va a ser confundido con señal de tráfico. Ambos rieron. O como Gonzales. ¡Pobre Gonzales! Buen amigo del trabajo, pero qué hombre tan ingenuo. Gastó tanto para tener una hija de color plateado, que al final salió gris. Dicen que cortó con su mujer por eso mismo. Yo habría hecho lo mismo. Cuánta risa. Las burlas inundaron el carro. ¿Y la respuesta? ¿Qué respuesta? ¿sobre lo qué dijimos?

—¿Qué dijimos?

—¿Y si pedimos que sea como de mi color? Así, morenito. ¿Y qué tal si no vamos?

Yadira se limitó a responder un *no sé*. No dijeron nada en el resto del trayecto. Cuando llegaron, ninguno de los dos tenía ganas de bajar. Al final fue Franco quien rompió el hielo que él mismo congeló. Dijo que volvía en seguida. En el rato que salió, Yadira empezó a llorar. Ni siquiera lograba comprender por qué. Amaba a su esposo y a su futuro hijo, pero era un sentimiento de prepotencia por cambiar algo que ya había anhelado hace mucho. Sentía como si el hijo que ya había imaginado ahora ya no iba a nacer, sino un impostor, ¿Por qué él se ponía sus moños si al final de cuentas era ella la que iba a recibir una aguja en el vientre? No fue un llanto despedazado, fueron tres o cuatro lágrimas. Culpó a las hormonas.

—Mira lo que te traje —Volvió a entrar Franco al auto con un litro de helado en la mano, Yadira ya tenía las lágrimas secas—. Para merendar ya que volvamos.

—¿No había de otro sabor?

—Pues siempre me has dicho que el chocolate es tu favorito.

—Pues hoy no lo quería de chocolate.

Volvieron a quedarse callados. Se quedaron incrédulos en el coche. Los minutos pasaban poco a poco. Como tal, ya iban tarde a la cita. Franco pensó en el camino de regreso. No le gustaba manejar de noche. Por hoy, no iba a haber otro remedio. Tomó las manos de su esposa, se quedaron viendo a los ojos. Ojalá supiera qué piensas, pensaron ambos, ajenos. Se dieron un beso hasta que Franco dijo *Te amo, nos amo.* Yadira respondió que ya sabía.

—Mejor vamos a casa —dijo ella. Franco acarició su rostro y luego su vientre. Arrancaron de regreso. Yadira estaba cansada. Por momentos dormía y por momentos divagaba en su celular. Buscaba nuevas sábanas. ¿Cuál color sería el bueno? En el camino empezaron a hablar sobre el nombre. Aún no se habían decidido. Sería otra cuestión de suerte.

Andrea Elizabeth Ramos Hermosillo

Andrea Ramos nació el 29 de julio del 2000 en Mexicali, Baja California. Es estudiante de Letras Hispánicas especializada en la literatura latinoamericana escrita por mujeres. Es integrante de Horizontales taller, un colectivo autogestivo de mujeres jalisciense creado para la divulgación literaria y promoción de la lectura con enfoque en la producción escrita por mujeres. Ganó el XII Concurso Literario CUSur en su modalidad de poesía con "Coatlicue". Ganó una mención honorífica en el XII Concurso Literario CUSur en su modalidad de cuento con "Matar al padre". En 2026 participó como autora en la antología poética "La sangre que nos une" en la Editorial Libro de Arena.

Matar al padre

He vuelto a Etzitlán. Así como el invierno trae consigo el frío, días más cortos e insomnios largos, también me trae de regreso a mi primer hogar. Claro, siempre tuve la opción de venir por las vacaciones de verano, pero hay que ser realistas. Aunque he sanado mi relación con el sol que es mi pasado, prefiero estar a 4 °C que a 51 °C. Ya ves, cosas de vivir en un desierto que se fue gentrificando. Busco entre rostros desconocidos y veo a una persona con un letrero que dice "Andrea Ramos". Supongo que quien sostenía el cartel con mi nombre era Víctor R R, tal como la aplicación de transportes me indicó. Bueno, llegaron por mí, por fin dejo este aeropuerto.

Es extraño volver de donde uno se ha ido. Todo se ve completamente igual, pero se siente totalmente ajeno. "¿Te acuerdas a dónde te mandaba por medio kilo de tortillas y un cuarto de queso fresco? ¡La tortillería de Doña Regina! Pues se quemó hace unos años. Yo tenía tiempo que no compraba aquí, ya sabes, mi ruta cambió y mejor compraba tortillas en el Oxxo de la esquina. Pero ningunas tortillas como las de Doña Regi."

Es curioso volver de donde uno se ha ido. Uno crece y el lugar decrece. Las paredes son las mismas, pero la decoración de un lugar va acorde a su violencia. "Antes había puros letreros del Circo Atayde, parecía que aquí vivían los canijos porque anunciaban "¡úuultimos díaassss!" y duraban todavía dos meses más. ¿Te acuerdas del Superboy? El acróbata ese que se subía a la cuerda floja, el que decías que

era tu novio. Yo siempre te decía que se veía bien putito con su traje pegadiiito pegadiiito y tú te enojabas. Pues ya no me acuerdo cómo se llamaba el wey pero lo acaban de meter en el bote que por violencia de género. Casi mata a su esposa a puro golpe, a mano limpia. Qué bueno que nomás era una fantasía de la infancia y no fue tu novio de verdad… ni putito. A lo que voy es que ya todos esos letreros los quitaron y la ciudad empezó a llenarse de carteles de desaparecidos. Ya no se buscaba entretenimiento para el pueblo, se buscaba al pueblo. Mucho hombre, mucha jovencita, muchos niños y niñas. Una vez miré uno con tu nombre y me solté chillando. Haz de cuenta que me partió en la madre. Ese día te llamé, ¿te acuerdas?".

Es difícil volver de donde uno se ha ido. Las calles son como las recuerdo, pero con cierta decadencia en las grietas de su cemento. Aún hoy con los ojos cerrados podría ir de mi escuela primaria a la casa de mi abuela, si me lo permitieran. "La cosa ha estado fea últimamente. En las noticias sale cada cosa que mejor pongo el Netflix antes de que me deprima. Ahorita traen mucho la noticia de la niña del kínder al que ibas, ¿supiste de ese caso? Que la violó un maestro en los baños del jardín. Salió a nivel nacional. Te digo que aquí la cosa está gacha, gacha. Se me hace raro que digan que Etzitlán es el lugar ochenta y siete de esos famosos feminicidios. Viendo cómo está el show aquí, uno pensaría que estamos más arriba, casi tocando la mano de Dios. Pero me da sentimiento, pues, porque todas esas muchachas son las hijas de alguien, así como tú eres mi hija, mi Kirra, mi Yeya."

Hoy hace un frío seco. En la ciudad vecina, a unas horas de aquí, está nevando. Vamos pasando por la calzada Lázaro Cárdenas, el verdadero centro de la ciudad. El mal llamado centro de Etzitlán en realidad está en una orilla, en la que pega con Estados Unidos. Porque, claro, si Estados Unidos es el centro del mundo, el centro de Etzitlán tiene que estar pegado a él. Es como el alcohólico que se vuelve religioso, creyendo que por estar en una iglesia bonita que huele a incienso del chido y le ofrece la salvación, todo el desmadre que hizo y todo lo culero que sintió cuando estaba pedo ya ha quedado perdonado. Así,

mágicamente, como del agua al vino. Te quieres sentir como allá, pero estás aquí y te toca aguantar tu mugrero que es el mugrero colectivo de la sociedad en la que sí vives.

Cuando damos vuelta en la glorieta, veo el gran monumento que le da nombre a la calzada. Está el vato en el centro parado con las manos como diciendo "un tiro, ¿o qué?", como si le acabaran de decir "levántate y anda". Pero parece que perdió, que se levantó y se cayó. Está lleno de graffiti, de carteles de desaparecidas, de letreros con frases dolorosas, de pintura morada y tiene un pañuelo verde en la boca. "En tus tiempos aquí nomás se reunían cuando ganaba el América y el día del grito, pero ya ves, te digo que la cosa está fea. Yo sé que, si vivieras aquí, ahí andarías con ellas, porque aquí se reúnen después de la marcha del 8M. Por eso está todo puteado el Lázaro. Cuando es el 8M sí prendo la tele y pongo las noticias porque ponen las manifestaciones de varios estados del país. En Mikatsitlán siempre hacen mucho argüende, así que ahí me tienes pegado a la tele para ver si sales tú entre todas esas mujeres pidiendo justicia. Porque sé que por ahí debes de andar por lo gritona que siempre has sido y porque nunca te has quedado callada. Ambas cosas vienen de tu abuelita, imagínate, pobre de mí; hijo de una y papá de otra".

Entramos al estacionamiento del panteón. Irónicamente aquí encima de los que ya no pueden, siento que respiro por primera vez desde que he decidido volver. No más presión en el pecho. "Siempre me ha dado tristeza venir al panteón. Sabes bien que nunca he podido sobrellevar el duelo. Ándale, ve a visitar a tus abuelitos."

Camino y camino en este cementerio por lo que parece una eternidad como en la que están sumergidos los cuerpos de sus residentes. Creo que siempre he preferido este silencio inerte antes que la nostalgia de mi padre. Creo que siempre he preferido cualquier cosa antes que a mi padre. Observo la placa en la tumba de mis abuelos. "Joaquín Ramos", "Ángeles Ramírez". Creo que por eso siempre supe que terminaría aquí. Solo así dejé de escuchar su voz atascada en el pasado. "Víctor Ramos Ramírez" leo un poco más abajo en el mármol.

—Yo también me acuerdo, padre. —digo viendo la que también es su lápida, mientras me acomodo los lentes de sol sobre el rostro y el gorro sobre mis orejas— Recuerdo demasiado bien el día que te maté.

XY

Tu cadáver es solo un testimonio visible de mi capacidad de crear.
Historia de la leche, Mónica Ojeda

A veces me pregunto si alguna vez los hombres son felices.

¿Cuando terminan con sus novias? Tal vez. ¿Cuando descargan una app de citas y tienen su primer match? Tal vez. ¿Cuando les contestas un mensaje nomás porque estabas aburrida? Tal vez. ¿Cuando le dan corazón a todas tus historias? Tal vez. ¿Cuando creen que los estás tomando en serio solo porque te gusta gustarles? Tal vez. ¿Cuando les aceptas una salida solo porque no tienes ganas de pagar tu café? Tal vez.

Solo son cosas que me pregunto al disociarme viendo a este hombre hablarme sobre la economía nacional. Sí, le acepté el café al vato de Tinder porque sus papás son gente de dinero y porque feo feo no está. A los 10 minutos de la cita ya me quería ir a mi casa. Era un machito promedio que me juzgó por creer en la astrología pero él con qué cara me critica si cree ciegamente en las criptomonedas. Era ese chico blanco al que nunca le ha faltado nada y que, por lo mismo, no era feliz. Llenaba ese agujero con dinero, drogas y morras. Por eso me comencé a preguntar si alguna vez los hombres son felices. Mientras él parece estársela pasando increíble al hacerme *mansplaining* sobre algo que me importa una mierda, ¿estará siendo feliz? ¿los hombres solo son felices cuando el sufrimiento de una mujer está de por medio?

En fin, el café era una excusa para vernos y coger. Una cita de tinder normal. Después de su charla sobre fútbol, cetes y Star Wars, pagó mi *latte* de vainilla, su americano y un pan dulce que se suponía que

íbamos a compartir pero que terminó devorando velozmente él solo. Llegamos a un hotel a las afueras de la ciudad. Tenía una ambientación árabe que hacía que todo se sintiera extraño. ¿De verdad un vato piensa que traer a una morra a un lugar así le va a gustar, le va a prender? A mí me dio *cringe* pero en fin, no fue mi tarjeta de crédito la que pasó en recepción.

El cuarto era color arena, acorde al concepto de hotel. Incluso tenía un camello todo deforme pintado afuera del cuarto al que entramos. Me dijo que normalmente me llevaría al hotel más caro de la ciudad, con *jacuzzi* y todo el pedo pero que había invertido el último dinero que le habían dado sus papás en la última cripto que prometía que iba a romper el mercado. Sí, otra vez me estaba hablando de algo que no me interesaba en lo más mínimo. Quién me manda a ovular. El lugar fue igual de decepcionante que el coito. Todo arrítmico, todo desabrido y malhecho. La verdad ya me había aburrido y mientras me penetraba yo nomás me preguntaba si él estaba siendo feliz.

¿Serán felices los hombres cuando van en su carro con música a todo volumen y me dan el pase nomás para verme las nalgas?, ¿serán felices los hombres cuando en mi trabajo de mesera me dan un billete de $100 como propina junto con un papelito que dice "se te ve muy rico ese pantalón, excelente servicio"?, ¿serán felices los hombres cuando me chiflan en la calle, cuando me arriman su pito en el metro, cuando me acarician la pierna en alguna sala de espera serán felices los hombres?

Sé que un hombre por él mismo jamás podría hacerme venir, así que, queriendo acabar con esto lo más pronto posible, me subí sobre él, cual Lilith destinada al exilio. Mientras me movía encima suyo, bajé mi mirada y lo observé. Tenía los ojos cerrados mientras sus labios formaban una gran sonrisa mostrando los dientes. Me comenzó a carcomer un coraje que emanaba desde el fondo de mis tripas. Me enojé de verdad. Este sentimiento me quemaba. Pinche vato, ¿para satisfacerme tengo que echarme yo solita toda la chamba mientras él nomás me sirve porque tiene pito? Me acordé de mi amiga Evangelina, que es muy

sabia y un día me dijo: "¿Cómo se llama ese pedacito de piel que está alrededor del pene?", "Prepucio" le contesté. "Hombre" me corrigió. Ahora lo estaba entendiendo y me cagaba darle la razón a Eva.

Mis manos se cerraron en puños. Seguramente él creyó que lo hice por placer, porque lo escuché gemir debajo de mí, pero en realidad lo hice por contenerme las ganas de golpearlo. No vaya a ser que el vato sea medio *kinky* y se lo tome como un premio. Sería el colmo querer vengarme y que le gustase. Paré por un momento.

—Voy a sacar un condón de la mochila —dije mientras me desmontaba.

—Así me gustan las mujeres, que resuelvan —mejor no me hubiera dicho nada el cabrón.

Como la buena mujer promedio que soy, además de tener condones, traía en mi mochila una navaja. Así son los mayores miedos de la mujer contemporánea: que un hombre te siga en la noche y quedar embarazada. Ya saben, el simple hecho de ser mujer es vivir al límite en un estado de alerta constante. Regresé a la cama y el wey se estaba tocando con los ojos cerrados para que no se le apagara el asunto. Con qué penoso hombre me fui a meter yo ese día. Le puse el condón, como intentando enmascarar mis verdaderas intenciones, y volví a subirme sobre él ahora para montarlo con mayor frenesí. Entre el ir y venir de mi cadera, escuché un "me voy a venir". Volví mi vista hacia él, hacia abajo, y lo ví. Mientras gemía más fuerte que antes y se le torcían los ojos levemente, observé que sonreía nuevamente. Me puse a recordar todas las veces en que he hecho venir a hombres. Caí en cuenta. Todos tienen la misma sonrisa al hacerlo. Por fín llegué a la conclusión de mi cuestionamiento recurrente del día.

¿Alguna vez los hombres son felices? Sí. Los hombres solo son felices cuando eyaculan y yo a este le daré la muerte más dulce.

La fiesta

Le dije a mi mamá que ya no quería celebrar mi fiesta de cumpleaños.

Estaba en el trabajo de mis padres como todos los jueves por la tarde al salir de la primaria. Era una florería que a los años terminaría por quebrar, como el matrimonio de mis padres. El baño nunca fue de un color blanco inocencia. Era más bien ese blanco que se hace de lavar, lavar y lavar algo con cloro y que nunca es el blanco que uno busca. Al sentarme en el baño, mientras escuchaba a mi mamá atender a un cliente, bajé mis calzones y les quité una máscara. Algo como una gelatina de café, como del color de la cátsup cuando la dejas afuera del refrigerador, me recibió. Asustada, en el baño del trabajo de mis padres un día antes de mi fiesta de 12 años, grité "*¡Mami!*".

Mientras la esperaba recordé que en cuarto de primaria la maestra Rocío, como si fuera una adivina con todo el conocimiento del mundo, había presagiado esto. Era un jueves, la tercera clase. Ese día vi por primera vez cuerpos desnudos: un hombre y una mujer en la página ciento treinta y dos del libro de ciencias naturales. Los niños se reían y dibujaban pelos en los testículos del retrato de ellos mismos, mientras que las niñas se pretendían ciegas que no hablaban braille. "Naces, creces, te desarrollas, te reproduces y mueres." Así me enseñaron la vida. Ro, la sabia bruja, lanzó su maldición sobre las niñas del 4to B. "Ustedes están por comenzar la etapa de desarrollo" sentenció. "Cuando eso les pase, dejarán de ser niñas y se convertirán en mujeres". Jamás nos

dijo qué nos tenía que pasar. No es hasta dos años después de esa clase que estaba a punto de entender a qué se refería la profe.

Mi madre cuenta que desde que escuchó la forma en que grité, y que mi grito provenía del baño, ya sabía lo que estaba pasando. Ya sabes, poderes de mamás. Cuando entró al baño sentí que me miró con lástima, con ésa lástima con la que solo nos podemos ver entre mujeres. No recuerdo si mi mamá me explicó antes de ese día sobre la menstruación. Se limitó a limpiar mis lágrimas y me dijo que eso significaba que ahora ya podía tener bebés y que una vez al mes me iba a salir sangre de "ahí". Que iba a estar sensible y enojada y que no iba a saber por qué hasta que un día baje mis calzones nuevamente para que esté una mancha roja saludándome.

"Ya poder tener bebés" fue algo que no entendía. Mis papás habían tenido una educación conmigo y mi hermano en donde mis familiares y amigos no podían regalarle a mi hermano pistolas de juguete y a mí no podían regalarme juguetes de cocina ni de cuidar bebés. Yo nunca me quejé porque mi única prioridad era tener Barbies. La Barbie veterinaria, la Barbie astronauta, las amigas de Barbie, coches para Barbies, casas de Barbies, ropa para Barbies. También tenía MyScene, Bratz, Polly Pocket. Pero no me malinterpreten, mis muñecas rara vez eran nuevas y tenía que sacarlas de su prisión de cartón. Eso sólo era en ocasiones especiales como mi cumpleaños o cuando salía en el cuadro de honor. La mayor parte de mis muñecas eran de segunda mano compradas en la pulga todos los domingos. Esa fue la única ventaja que vi al vivir en una ciudad fronteriza: conseguir lo que los gringos ya no querían a un precio bajo. Eran Barbies de $50 pesos con el pelo tieso y sin ropa, pero que para mí valían toda la felicidad de mi niñez. Mi mundo eran las muñecas, por ello "ya poder tener bebés" era algo que jamás comprendí.

Después de la teoría, viene la práctica. Me explicó cómo poner "eso que es para la gente grande" en mis calzones de Hello Kitty. Yo no me sentía "gente grande" para nada. ¿Eso significa que ya no tendré más fiestas de cumpleaños?, ¿que ya no podré salir a jugar a las barbies con

mi vecina?, ¿que ya no me comprarán mi revista Tú cada que vamos al mandado?, ¿que ahora me sentaré en la mesa de los grandes?

Le dije a mi mamá que ya no quería celebrar mi cumpleaños, mucho menos tener una fiesta. "Ya hicimos el gasto. Invitamos a tus primos y amiguitos de la escuela" sentenció con pena en su voz, como un verdugo que empatiza con el criminal al momento de verlo a los ojos. Ella también debía sentirse mal por mí. Una niña que nació en pleno verano en Etzitlán, una ciudad que sobrepasa los cuarenta grados, va a festejar su fiesta de cumpleaños con una albercada: pero la festejada es la única niña que no podrá tocar el agua.

"¡Rubí, ya es tarde!" gritó mi papá. ¿Mi papá sirve para otra cosa que no sea apurarnos y ser el chofer? Ese día estaba de un particular mal humor. En el trayectonscurso al lugar que mis papás rentaron para la fiesta, mi hermano venía molestándome. "El agua va a estar bien rica con este calorón" y me sacaba la lengua como el inepto de nueve años que era. Mi mamá le decía que no fuera malo conmigo, que estaba sensible por las hormonas. Mi papá solo se reía de la situación. Me sentía la atracción principal de ese circo donde la carpa había sido izada la biología de mi cuerpo. Yo recordaba esa palabra de la escuela, "hormonas", pero olvidé qué era. Maldecí no prestar demasiada atención en esas clases que no me importaban como, particularmente, las de ciencias.

No pude más y lloré. Lloré todo el camino hacia el recinto. Lloré cuando vií el lugar arreglado de *High School Musical*. Lloré porque los globos decían "RUBÍ" por todas partes. Lloré porque sentía que esa fiesta no era para mí a pesar de todo aquello. Lloré porque ni siquiera veía la fiesta como mía aunque todo llevaba mi nombre y en mi color favorito. Lloré porque la fiesta era para los niños que jugarían en los toboganes, en los trampolines. Lloré por no poder ser un niño de los que podrían simplemente entrar al agua. Lloré por no poder ser un niño. Lloré porque me tocó ser niña. Lloré cuando vií mi pastel de Troy Bolton porque él es niño y nunca entendería cómo me siento. Lloré porque me tenía que estar pasando esto a mí. Lloré porque no entendía qué me estaba pasando. Lloré cuando las amigas de mi mamá llegaron y me

abrazaron diciendo "ya eres una señorita", "ya eres una mujer", "ahora le toca a tu mamá enseñarte a cocinar", "ahora le tienes que ayudar a tu mami en la limpieza". Lloré cuando un tío me regaló una muñeca de *RBD*, ¿qué no vio que la invitación era de *High School Musical*? En fin, él creyó que lloré de felicidad.

No fue una gran fiesta. Bueno, creo que solo no lo fue para mí. Los adultos estaban hablando cosas de adultos, tomando cervezas y cuidando la carne asada. Los niños estaban jugando en la alberca, se caían por los toboganes o simplemente flotaban en el agua. Y estaba yo, ahí, sentada. Únicamente me dedicaba a observar a los niños jugar. Me sentía tan ajena a todo. Físicamente estaba ahí, sintiendo los treinta y ocho grados centígrados de Etzitlán en pleno julio y una gota de sudor resbalar por mis sienes. Pero mi mente se encontraba a una milla de distancia.

Lo que más pensaba ese día sentada lejos del agua era en porqué tuve la mala suerte de nacer niña. Los niños podían ser más ruidosos en el salón y nadie les decía nada. Los niños podían orinar donde sea. Los niños podían jugar fútbol y con sus carritos en el recreo. Los niños podían entrar a la alberca cualquier día del año. Yo no. Yo tenía que tener el uniforme más limpio, el peinado mejor recogido, los zapatos más lustrados, la mochila más linda, las mejores calificaciones y el mejor comportamiento.

Un grito agudo me sacó del huracán de pensamientos en el que estaba. Comencé a sentirme mojada pero espesa. Reaccioné. Me encontraba dentro de la alberca. Lxs niñxs salían corriendo del agua, no entendí por qué. Era como si el kraken hubiera aparecido en nuestro mar de orillas plastificadas. Pero no había ningún kraken, ni leviatán, ni monstruo del lago Ness. Todos me miraban a mí, que me miraban con terror. Miraban el agua debajo de mí. Apenas estaba en una orilla de la alberca, dentro del agua, pero de mí comenzó a salir sangre. Era mucha sangre. Pero espera, creo que no está saliendo de mí. Pude ver como poco a poco el agua de la alberca se estaba tornando roja. ¿Por qué huele así?

Entonces me di cuenta: todos lo sabían. Ahora todos conocían mi secreto. No tenía nada más que perder y ahora tenía toda la alberca para mí sola. Me acosté boca arriba en este charco de sangre que ahora era mío. Por fin estoy en la alberca. Sonreí mientras se escuchaba de fondo *The start of something new*. Todos me miraban con horror, sola en este estanque rojo olor a hierro, mientras mi mamá corría buscando una toalla.

La fiesta se acabó.

Ernesto Gabriel González Santiago

Ernesto Gabriel González Santiago (Zapopan, Jalisco, 2007) es autor, ilustrador y editor de diversos proyectos literarios. Auto publicó el Compendio de Falacias (2022), Caleidoscopio Ignorante (2023) y Norte, Sur, Corazón (2025) proyecto apoyado por el PECDA Jalisco. Dirige el Fanzine Micelio (2024), revista independiente y multimedia con más de 30 ediciónes hasta la fecha, y el Archivo URBE (2026), en el que convoca obras en torno al trasporte público de Guadalajara. Actualmente estudia la Licenciatura en Escritura Creativa.

Devórame

Así, en mayúsculas, a un solo toque de ser enviado, el mensaje se suspendía sobre el chat lleno de tantos otros mensajes. Desde el otro lado, donde el hombre se encontraba, habría quizás una serie de puntitos subiendo y bajando, indicandole que él, Mario, de este lado del celular; el chico joven, delgado y lampiño que sostiene con los pies el celular, y se come las uñas de las manos del nervio, estaba indeciso.

Nunca había pedido nada así. Era su primera vez luego de haberlo soñado tantos años, mucho antes de que esa aplicación apareciera frente a él y su fantasía se volviera realidad. Ser comido. Devorado, especificaba él en su mente y luego en su perfil de VORE™. Esto para connotar un tipo de acto, si es que así se le puede llamar, específico. Uno pasional. Rápido, grotesco, sin ningún rasgo de disciplina como los que se hacían llamar "culinarios" o los que pedían una situación específica; atrapados en un callejón, en la noche, casi expuestos. Él era de gustos simples, o lo más simple que podían ser los de un caníbal. Caníbal en potencia, le había dicho la única amiga a la que le había confiado su fantasía. El tema de todo esto que me dices es la posibilidad, decía Marisa. En una de esas y encuentras a alguien que te coma, luego te podremos considerar caníbal.

Resultó que no eran pocos los caníbales en potencia dentro del país. Según los datos, la mayor parte de sus usuarios se encuentra (o encontraba, en tiempo pasado si es que logran su cometido) en Ciudad de México. Ahí en Guadalajara había varios, sí, pero pocos en la zona

norte. Al final no creo que sea tu mayor preocupación, le decía Marisa aquella tarde luego de la universidad, comiendo en las bancas frente al edificio H; incluso si te encuentras a uno que esté dispuesto a comerte, dos cuadras más para allá o para acá, sería solo un viaje de ida. Lo de menos es que tomes dos camiones en vez uno. Y era cierto, no le quedaba mucho miedo de ir al sur de la ciudad si significaba ser devorado de una vez. Y quizás ya tenía la oportunidad en sus manos. Solo debía enviar el mensaje. La parte más difícil.

Había empezado a hablar con Gustavo hace apenas una semana. Su perfil resultaba en distintos modos idéntico a todos los demás, indicando altura, peso, complexión física, gustos musicales. Había muchos que, entre fotos del cuerpo y la espalda (la zona más empleada para mostrar la mal llamada calidad de la piel) ponían fotografías de sus partes privadas de forma demasiado explícita. Se comprendía fotos de las nalgas desnudas, era incluso una de las etiquetas que podías seleccionar en tus búsquedas; "trasero jugoso". Pero mostrar los genitales, o el ano, resultaba desagradable, incluso ofensivo. Se notaba que tomaban con poca seriedad la intención principal de la aplicación, y que entraban a ella en la noche para buscar algo rápido, y miraban, apenas superficialmente, la descripción de la aplicación. Busco activo, preguntaban como primer mensaje. Al principio Mario creyó que era una forma sutil de especificar si querías comer, o ser comido. Luego de unos cuantos mensajes, al notarse que el campo semántico de la conversación; comer, devorar, tragar, no era solo una forma de insinuar lo sexual, desaparecían con todo y su perfil. Gustavo no era así.

No recordaba del todo quién había mandado mensaje primero. Habían hecho match una mañana, horario en el que prefería entrar a la aplicación y evitar a la gente desesperada. Con las fotos no lograba distinguir su rol. Era de complexión alargada, medianamente esbelto, con barba y bigote cuidados, cabello medio largo y aretes en ambas orejas. Sus lentes siempre salían reflejando las luces a su alrededor, y cubriendo unos ojos amables, sin mayor malicia que la de participar en un acto caníbal.

Hola, buenos días, me gusta tu estilo, le dijo Mario con un solo mensaje. Apagó el celular al bajar del macro periférico y se resignó a revisarlo hasta en la noche, acostumbrado a la ausencia total de una respuesta. Apenas iniciada su segunda clase sonó la notificación, apenas perceptible. Muchas gracias, me gusta el tuyo. Ando en el trabajo, ¿y tú? Miró a su profesor, sentándose luego de anotar hileras e hileras de problemas matemáticos en el pizarrón, y contestó: en clase. Mi profe me tiene hasta los huevos, ¿dónde trabajas? Acá mi supervisor nos tiene a todos igual, si se muriera todos nos pondríamos a celebrar. Yo ando en un call center por punto sur, no te lo recomiendo nada. No te preocupes, no era mi plan, pero gracias por la recomendación. ¿Por qué no te comes a tu supervisor? Así todos salen contentos. Nah, sin consentimiento para mí no funciona. Además, aunque está rellenito se vé que sabe bien agrio el cabrón. Mario apagó el celular con una sonrisa y siguió anotando números, pensando en cuántos camiones serían de ahí a punto sur.

Aunque siguieron hablando todos los días de esa semana, Mario nunca le comentó a Marisa. Solía ser selectivo con lo que le compartía, aún con toda la confianza que tenían por ser amigos desde la prepa, donde Mario le reveló su interés por comer humanos, y ella su bisexualidad. No me parece que sean secretos al mismo nivel, le había dicho entre risas luego de ver la pena con que Marisa decidió contarle. Ese es pedo tuyo, si mi familia se entera me mata, entonces de aquí no sale. Media prepa es bisexual, no mames Marisa. Pedo tuyo, ya te dije. Ambos concordaron estudiar algo sencillo, quizás Economía, y fue al cumplir los dieciocho que ella encontró la aplicación, se la mandó por mensaje, y le deseó feliz cumpleaños. Aquí está tu regalo, no es necesario que me lo agradezcas. Quizás si ella supiera de Gustavo lo incitaría más a mandar el mensaje, o a desinstalarla de una vez y pararle a la bromita, que ya había llegado demasiado lejos. En cierto modo siempre había esperado que ella le dijera algo así. O cualquier persona, incluso Gustavo. Estaba esperando a que alguien lo detuviera por completo.

Quizás, si él mandaba el mensaje ambos saldrían de ese trance raro, casi idílico. El hambre de lo utópico desaparecería de sus bocas y llegaría a ellos una lucidez suficiente para convertirse al catolicismo. Se despedirían, por última vez, para no hablarse nunca más. O al contrario, declararían sentimientos encontrados por el otro, saldrían en una asombrosa cita que termine con beso y mordida. Pero ese no sería el caso. Gustavo no era gay, y de hecho había acabado hace poco una relación de años con una mujer, uno de los motivos por el cual se sintió libre de entrar a VORE™. Y Mario había tenido algunas experiencias, pero lo que buscaba con Gustavo era algo totalmente distinto. Era algo carnal, pero a otro nivel. Una conexión mayor, incluso. Algo que no había sentido con ninguna persona o experiencia. Quería ser comido. Y Gustavo quería comerlo. A él. Tenía enfrente la posibilidad de una vez en la vida. La más grande, y también la última.

Repasó en su cabeza todo lo que conocía de él. Que se había enterado de su gusto por ver películas, y de una vez que se hizo una herida en la cabeza jugando carreritas y el sabor de la sangre le había parecido simplemente inigualable. Que nunca había comido a nadie más, ni confesado a ninguna otra persona. Que luego del acto, en el caso hipotético de que llegara a suceder, se suicidaría por haber llegado al epítome del placer y no haber ninguna otra experiencia en la vida que logre alcanzarla. Sabía, en cierto modo, todo lo que debía saber de él. Todo lo que, con el tiempo, supo que era importante. Habían hablado de que hacer antes, al conocerse, y qué sí y qué no comer para no afectar la carne ni las papilas gustativas. Mario también le había compartido que no quería morir antes de ser devorado, como muchos solicitaban casi en el primer mensaje. En todo lo que habían compartido en esa corta semana, se encontraban las cláusulas de sus muertes, y estaban en perfecta sintonía. Por eso no sabía qué era lo que lo estaba deteniendo de mandar el mensaje.

Quizás era el tiempo tan corto que llevaban, y la sensación de precipitarse a algo. Quizás era el concepto del suicidio, y todas las despedidas que podía o no hacer. Quizás era la voz moral que le decía que

todo estaba mal, que era un delirio llevado demasiado lejos, uno ilegal, ilógico, innecesario y en toda forma hedonista, de ambos. En momentos sentía que ambos se entregaban a una condena solo por saciar ese placer, y el horror de encontrarse en esa aplicación, con los motivos rojos, tintos y naranjas en su interfaz; la galería de hombres (todos hombres por algún motivo, que realmente no le molestaba, y parecía que a los heterosexuales tampoco) que escondían sus rostros en las fotos de perfil; las constelaciones de lunares, varices y estrías como una cualidad importante a considerar. Todo, en momentos, le era demasiado.

Y luego estaba Gustavo.

Gustavo, con sus mensajes diarios de molestias en la oficina o desayunos confeccionados con dedicación. Gustavo, con las preguntas sobre la vida, amigos, gustos y todos los rincones de Mario, incluso algunos que Marisa nunca se había molestado en conocer. Gustavo, con su confianza y paciencia, explicando, dándole tiempo a entender, dejando que tuviera miedo y acompañándolo.

No sabía si era el tiempo, el modo o la forma, y estaba bien. Estaba bien si podía estar finalmente tan cerca de alguien; dentro de ellos, uniendo carnes, pieles y sangres; ingerido, para volverse uno y tomar la vida del otro para vivirla entre bocados, apreciando cada coágulo e imperfección; expuesto en su totalidad, más allá de los límites de la piel. Acercarse, finalmente, en totalidad a alguien. Y todavía mejor, si ese alguien era Gustavo.

Apretó enviar. El mensaje de DEVÓRAME apareció en el chat, junto con brillos y confeti disparados entre los mensajes, y una pantalla para puntuar de una a cinco estrellas la aplicación. Detrás del anuncio, un mensaje de Gustavo. Será un honor, Mario, y una carita feliz.

Ekalia

Natalia tan grande, tan verde. Flor fuerte, crece, crece verde morada, y rojo en las puntas, llega Mario y corta. Adorna la cama, Natalia tan gris.

Al final del día son las promesas del huerto inicial, qué semilla promete, agradece y regala cadenas, crecen, echan raíces. En buen campo saldrán casas fuertes, mirando al sur, con frente en alto, limpia, sin granos, almohadas de ganso. Eran de pato en las historias. Plata, diamante, regálame algo mejor. Maldita Natalia tan exigente de agua.

En tanto mar que crezca una flor, fácil según eso. Natalia no crece en el mar, agua salada, suero; no es Ekalia. Necesita necesitar. Dónde está el cariño, en esta maceta ya no. Ese también fué un regalo de bodas, muy caro, muy buscado, muy planeado, muy necesario, claro claro; todo se necesita. Nueva casa, hogar, matrimonio, plantas enredadas. Nadie regaló tijeras. Por mero instinto crecen espinas de olivo, al final es adelfa esta Natalia. Natalia, suelta esas tijeras, siempre a la defensiva, suelta su cuello.

Entre tanta Natalia el color morado se pierde, verde plástico, frío azul. ¿El verde es un color cálido? Mario tiene su propia opinión en el nido, la impone a diario, al despertar, entre tanto roncar, gritar, gemir. Mario no sabe coger, no es planta. Natalia se para desnuda en la ventana de la casa, regalo de bodas, abre las cortinas, regalo de bodas, enseña su cuerpo, regalo de bodas. Natalia es fotosintética, se excita más por el peligro de ser vista, tomada, arrancada de la maceta. Toma la pala, con el mango lo pasa por su cuerpo y corre. Grita sacando la

tierra. Café, gris, negra al fondo. Negro mojado, la siguen regando. Sin maceta no hay planta ni Natalia. Natalia detente, me haces daño, dice. Nos haces secar, yo si sé amar. Soy fertilizante, tú no te fertilizas. Ibuprofeno para la planta, aspirina. Adelfa otra vez, adelfa como siempre, anturio, amor, tanta pinche planta. Tan poca Natalia.

Que seque, muera, reembolso a 9 meses de la compra. Tanto regalo innecesario, promesas no pedidas. Manos llenas de planta, alguna metáfora de espinas, esposas, esposa, esposo. Mario no está en el suelo. Tiene las tijeras, la pala y los anillos en la maleta, no en el cuello. Quizás él pueda replantarse en el desierto. La Ekalia no sabe crecer sin atragantarse de vida. La Ekalia sabe vivir dentro del útero, bajo el mar, no al aire. Tanto sueño de ser Ekalia, sobre esta Natalia sola, desnuda, viuda o huerfila o muerta o recién casada. Una promesa menos, una Natalia más. Tanta Natalia para tan poca maceta. Ya solo le queda secar.

Andrea Estrada Aguilar

Andrea Estrada Aguilar (Sayula, 2004). Es estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas del Centro Universitario del Sur y fue ganadora del XIII Concurso Literario CUSur en la categoría de cuento. Su escritura explora la memoria, la ausencia y los silencios que atraviesan las relaciones humanas; a través de una mirada íntima y contenida, recupera escenas de la vida cotidiana, voces familiares y espacios de la memoria para acercarse a aquello que suele permanecer oculto. Su narrativa encuentra en los pueblos, los recuerdos y los objetos cotidianos una forma de hablar sobre la pérdida, el paso del tiempo y las huellas que permanecen incluso después de que algo ha desaparecido.

No lo conocí

Cuando naciste, él ya estaba muerto. Murió dormido, sin ruido, como si el corazón se le hubiera apagado de repente en mitad de la noche, sin darle tiempo a nadie de despedirse. Así se fue, sin avisar, como hacía casi todo.

Dicen que uno hereda la sangre, los gestos, hasta la forma de mirar. A ti no te tocó nada de eso. A ti te tocó otra cosa, la historia. Esa que se queda pegada en la familia como el polvo en los muebles, aunque nadie la nombre. Tú no lo conociste. A Salvador. Pero lo llevas encima, en los silencios que se repiten, en ciertas formas de querer que no se explican.

Me preguntaste cómo lo conocí una tarde cualquiera, sentada frente a mí, con las piernas cruzadas y los ojos abiertos como si todavía creyeras que todas las historias empiezan bonito. Afuera pasaban los carros despacio y el sol ya iba cayendo, metiéndose entre las casas. Yo te miré un momento y pensé en mentirte. Decirte que fue en la plaza, o en una fiesta, o bajo la sombra de un árbol, como se cuentan las cosas cuando uno quiere que suenen mejor de lo que fueron.

Pero no.

Yo no lo conocí.

A mí me subieron a un taxi un jueves por la mañana, y desde entonces todo lo que vino después ya no se pudo contar de otra manera.

Era 1962. Yo tenía veinticinco años y todavía salía al mercado todas las mañanas, como si la vida fuera a seguir siendo eso: elegir fruta, regatear el precio del chile, volver a casa antes del mediodía.

Ese día fui sola. Mi sobrina se quedó dormida y no quise despertarla. Salí temprano, cuando el aire todavía estaba fresco y las calles apenas comenzaban a llenarse.

El mercado olía a cilantro mojado, a carne recién cortada, a tierra. Las mujeres hablaban entre ellas, los vendedores gritaban ofertas, y todo parecía en su lugar. Compré lo de siempre. Nada distinto. Nada que avisara.

Lo vi al salir.

Estaba junto al templo, recargado como si no esperara a nadie. Su hermano estaba unos pasos atrás, mirando alrededor, como quien cuida que algo no se interrumpa.

Yo bajé la mirada y seguí caminando. Pensé que si no lo veía, no iba a pasar nada. Pero cuando di la vuelta en la esquina, el taxi ya estaba ahí.

No dijeron mi nombre. No hicieron ruido.

Solo una mano en el brazo. Firme. Y el jalón.

Todo fue rápido, pero no lo suficiente como para no entender. La puerta se abrió, alguien empujó desde atrás, y antes de que pudiera gritar ya estaba adentro. El asiento olía a sudor viejo y a polvo. Afuera, el mercado seguía sonando igual, como si nada.

Nadie volteó. Nadie preguntó. El carro arrancó.

Yo me quedé quieta. No porque no quisiera moverme, sino porque supe, en ese momento exacto, que ya no había a dónde ir. Él iba a mi lado. No me miraba. Tenía la vista fija al frente como si lo que estuviera pasando fuera lo más natural.

Y entonces entendí.

No era un encuentro. No era un error. Era una decisión.

Me llevó a Guzmán.

No recuerdo el camino completo; solo tramos, el ruido del motor, el polvo entrando por la ventana, el movimiento constante que no me

dejaba pensar con claridad. Cuando llegamos, la casa estaba en silencio. No había nadie más.

Cerró la puerta.

Y entonces sí me miró.

No voy a contarte todo. Hay cosas que no se dicen completas.

No porque se olviden, sino porque siguen pasando cada vez que se nombran. Quédate con esto: yo no salí siendo la misma.

Fueron días. No sé cuántos exactamente. El tiempo ahí adentro no se movía igual. A ratos entraba la luz por la ventana y me hacía pensar que ya había pasado todo; luego volvía la noche y entendía que no.

Él hablaba como si nada. Decía que ya no tenía sentido llorar, que las cosas eran así, que ahora yo era suya. Yo no respondía. Aprendí muy rápido a quedarme quieta. A no hacer ruido. A mirar a un punto fijo en la pared para no estar del todo ahí.

Después me regresó.

Llegamos a Sayula como si fuéramos cualquier cosa; como si nada se hubiera roto. Él y su padre se sentaron con el mío. Hablaron entre hombres, en voz baja, como se arreglan los asuntos que no quieren causar un escándalo. Dijeron que ya había pasado lo que tenía que pasar.

Que lo correcto era casarnos.

Nadie me preguntó qué quería yo.

Mi abuela fue la única que se acercó después. Me dijo, en voz bajita, que todavía podía decir que no, que podía quedarme en la casa, que no pasaba nada. Pero sí pasaba.

Pasaba todo.

¿Cómo volvía yo a entrar por esa puerta como si nada? ¿Cómo me sentaba a la mesa sabiendo que ya no era la misma?

Así que dije que sí.

Y me casé con el hombre que me había quitado la vida antes de empezar a vivirla. Hubo boda.

Como debía de ser.

Con música, con comida, con gente que sonreía como si estuviera celebrando algo que no se rompía antes de empezar.

Yo llevaba un vestido blanco que me apretaba el pecho. Me cubrieron la cara con un velo, como si eso pudiera ocultar lo que ya estaba hecho. Caminé hasta el altar sin mirar a nadie; solo escuchaba mis pasos, uno tras otro, como si fueran de alguien más.

Desde afuera, parecía una fiesta. Desde adentro, ya era otra cosa.

Esa noche entendí lo que iba a ser mi vida: no una historia, sino una repetición. Los días comenzaron a parecerse entre sí. La casa, los trastes, la comida, su voz, su forma de entrar, de salir, de estar sin estar.

Me embaracé pronto.

Cuando nació el primero, lo miré largo rato antes de tocarlo. No sabía si iba a poder quererlo. Venía de un lugar donde yo no había elegido nada.

Pero lo quise.

No de golpe. No como dicen. Lo fui queriendo despacio, como crecen las cosas que no tienen permiso pero igual se quedan. Y con él entendí que el amor no siempre nace limpio; a veces nace donde se puede.

Después vinieron los otros. La casa se llenó de voces, de pasos, de cosas por hacer. Yo aprendí a sostenerlo todo. A mandar, a callar, a seguir. Él seguía yéndose. Siempre hubo otra, aunque nadie la nombrara en voz alta.

Y aún así, el tiempo hizo lo suyo.

Uno se acostumbra. Se acostumbra al cuerpo del otro, a su respiración en la noche, a los silencios compartidos. Y en ese acostumbrarse, sin darse cuenta, algo empieza a parecerse al amor. No porque lo sea, sino porque ocupa su lugar.

El primero de enero de 1991 amaneció frío. Me desperté con su cuerpo pegado al mío.

Pensé que estaba dormido. Le hablé. No respondió. Lo empujé un poco. Estaba duro. Frío.

Así se murió, sin avisar.

La casa se llenó de gente, de llanto, de rezos. Diez hijos lo lloraban como si se hubiera ido un buen hombre. Yo me senté en la orilla de la cama. Miré el lugar donde había dormido tantos años, el hueco que

dejó su cuerpo. Pensé en todo lo que no fue, en todo lo que sí fue, en todo lo que nunca tuvo nombre.

Y me dolió.

No como duelen las cosas buenas. Me dolió como duelen las costumbres que se quedan sin a quién aferrarse.

Ahora me preguntas cómo lo conocí. Ya te dije que no lo conocí. A mí me lo impusieron. Pero hay algo que no te dije entonces. Con los años, sin darme cuenta, lo fui queriendo. No al

hombre que me quitó la vida, sino al que se quedó en ella.

Un peso

El jazmín de gran duque olía más fuerte después de que bajaba el sol.

En Tepec, las flores nocturnas abrían cuando el pueblo empezaba a apagarse: cuando las mujeres terminaban de barrer el empedrado y dejaban las cubetas volteadas junto a las puertas, cuando los hombres se sentaban afuera a espantar el calor y las ventanas comenzaban a cerrarse una por una, como ojos cansados. Mi madre decía que había plantas que preferían la oscuridad porque ciertas cosas no estaban hechas para verse de día.

Yo le creí durante muchos años.

Tal vez por eso nunca pude olvidar el olor del gran duque.

Las mujeres llevaban flores a la iglesia incluso cuando no había misa. Las dejaban frente a los santos, en vasos de vidrio o latas vacías, para que el altar no se viera triste entre tanta cera derretida. Mi madre decía que las flores servían para acompañar a Dios cuando el pueblo se olvidaba de rezar.

Yo tendría quince años la primera vez que llevé jazmines sola.

El ramo me ocupaba los dos brazos y tuve que caminar despacio para no maltratar los pétalos. Atravesé el atrio cuidando que ninguna flor se soltara en el camino. A esa hora todavía hacía calor y las piedras guardaban el sol de toda la tarde.

Fue ahí donde se acercó.

—Véndeme una, —me dijo.

Yo me reí y le dije que no, pero siguió insistiendo.

—Te doy un peso.

Dije que no, las flores eran para la iglesia, no para andarlas vendiendo a quien me las pidiera. Tanto insistió que terminé dándosela.

Le di la flor más abierta del ramo y él puso la moneda en mi mano como si acabáramos de cerrar un trato importante. Después se quedó mirándome un momento, serio, con esa forma suya de sostener la vista demasiado tiempo.

Nunca me había gustado.

Era nueve años mayor que yo y tenía fama de volado. Las muchachas lo miraban pasar como si trajera algo distinto en la ropa, quizá porque iba y venía de Estados Unidos y siempre regresaba con sudaderas nuevas, relojes brillosos y zapatos limpios de tierra. A mí me parecía un presumido.

Había algo en él que me incomodaba incluso antes de conocerlo bien.

Cada mañana, el empedrado amanecía tapizado de confeti húmedo y serpentinas rotas. Los muchachos pasaban aventando puños enteros de papel sobre las muchachas que les gustaban y luego los niños corrían detrás de las serpentinas para jalarlas hasta romperlas. Al final de la noche las calles quedaban llenas de colores pegados a las piedras, como si el pueblo entero hubiera intentado adornarse demasiado para no verse pobre.

Una noche, en Amacueca, yo estaba cuidando a la hija de una señora que vendía cena cuando él llegó y me vació una bolsa entera de confeti.

Me invitó a dar la vuelta y le dije que no. Después volvió a insistir.

Luego otra vez.

Al final terminé caminando con él alrededor de la plaza mientras el confeti seguía atorado entre mi cabello y el cuello del suéter.

Fue entonces cuando apareció Ramón con un ramito de flores en las manos. Trabajaba con mi padre y siempre había sido amable conmigo. Me preguntó qué hacía ahí y antes de que pudiera responderle, Goyo lo agarró de la camisa y le dio una cachetada en mitad de la calle.

Todo pasó rápido.

Ramón se quedó quieto. Yo también. Lo único que recuerdo claramente es el ruido seco del golpe y el confeti moviéndose con el viento alrededor de nosotros.

Yo quise irme.

Él me agarró fuerte de la mano.

—Ahorita nos vamos a tomar una foto, —dijo.

Me enojé. Le dije que me soltara. Pero me llevó de todos modos. Él sonrió para la foto.

Después me miró y le dije que me iba a regresar con la niña "No te voy a dejar ir", dijo casi sonriendo, mientras yo le decía que iba a gritar.

Aquella noche volví a mi casa con las manos temblorosas. Todavía podía ver pedazos de confeti pegados entre mis trenzas mientras me los arrancaba frente al espejo. Olía el confeti mojado mezclado con el sudor y, afuera, seguían tronando cuetes.

Después comenzaron las cartas. Los recados.

Las vueltas eternas alrededor de la plaza.

Decía que iba a cuidarme. Que conmigo quería hacer las cosas bien. Mi madre repetía que me convenía, que hombres como él no se fijaban en cualquiera. El muchacho que a mí me gustaba era ranchero; Goyo, en cambio, tenía casa, iba al norte y siempre traía dinero guardado en las bolsas del pantalón.

Yo le decía que no.

Aunque había días en que empezaba a cansarme de repetirlo.

Porque a veces bastaba verlo llegar con sus chinitos recién peinados, una sudadera nueva o aquel reloj lleno de piedritas de colores brillándole en la muñeca para que algo dentro de mí empezara a confundirse.

Terminé diciéndole que sí en una carta.

Mi padre me preguntó si estaba segura, pero mi madre lo mandó a callar. Le respondí que era muy grande para mí, que no lo quería realmente. Mi madre suspiró y dijo que el cariño llegaba después, que una debía pensar en su futuro antes que en el enamoramiento.

Duré cuatro años de novia con él.

Cuatro años aprendiendo a aceptar una vida que todavía no se sentía completamente mía.

A veces desaparecía días enteros. Después supe que tenía otras novias. Cuando decidió casarse conmigo, algunas fueron a reclamarme como si yo tuviera la culpa de algo. Él las dejó a todas sin explicar nada.

Yo tampoco pregunté demasiado.

A esas alturas ya empezaba a entender que había silencios que sostenían matrimonios enteros.

Mi boda fue muy triste.

Mi cuñada no me quería y decidió ir a escoger el vestido sin preguntarme qué me gustaba. Cuando me lo llevaron, me quedaba grande de todas partes; tuvieron que ajustarlo a última hora porque se me resbalaba de los hombros y mi cintura se perdía entre tanta tela de sobra. Mientras me arreglaban, mi madrina me fue a poner el velo, y yo miraba mi cuerpo reflejado pensando que parecía una niña jugando a vestirse de señora.

Mi madre estaba más nerviosa que yo. Le preocupaba que algo saliera mal, que el matrimonio no se hiciera, como si casarme fuera una clase de salvación que no podía darse el lujo de perder.

Antes de las amonestaciones me llevaron a Sayula dizque a revisarme.

Él tenía dudas por algo que le había dicho un novio mío. En el camino me dijo:

—Ahí voy a ver si eres señorita o no.

El doctor apenas hizo preguntas. Nada más.

Pero recuerdo haber sentido vergüenza todo el día, una vergüenza espesa, pegajosa, como si alguien hubiera abierto una puerta que debía permanecer cerrada.

Nos casamos poco después.

A las siete de la mañana, la iglesia olía a flores de nardo recién cortadas, perfumando el aire con mi olor favorito. Las campanas sonaban demasiado fuerte. Mis padres me despedían en la puerta de mi casa,

como si, al haber salido de blanco aquel día, hubiese pasado a ser de alguien más. Yo tenía veintitrés años y llevaba demasiado tiempo avanzando hacia aquella vida como para saber ya cómo detenerme.

Antes de entrar, él sacó un jazmín de gran duque del bolsillo. El mismo olor.

La misma blancura.

Yo todavía pensé en aquella tarde en el atrio de la misma iglesia en la que nos estábamos casando, cuando me pidió una flor y se quedó mirándome igual que entonces: como si hubiera visto algo detrás de mí que yo nunca pude alcanzar a mirar.

Afuera, las campanas seguían sonando y el olor del nardo empezaba a revolverse con el jazmín en mis manos. Mi padre se quedó parado en la puerta de la casa, mirando hacia el atrio,

como si todavía estuviera tratando de reconocer a la muchacha que había salido de ahí vestida de blanco.

Él sonrió apenas.

—Dame mi peso.

Kevin Ramírez Gómez

Digo yo como esperma

Cuando estoy a punto de quedarme dormido siento que soy un esperma que nada entre las cavernas testiculares, iluminadas sólo por las cabecitas de los otros espermas.

Algunos de nosotros llegamos a abstracciones inaccesibles: hablamos de sistemas, de funciones, de estructuras, sin mucho más misterio ni interés que mantener una conversación amable con los otros porque sabemos cómo funciona nuestro mundo. Sabemos que aparecimos. Sabemos que somos comunidad. Sabemos que somos libres de expulsarnos cómo y cuando deseemos: en una boca, en un condón o en un óvulo (esas cosas se sienten por el movimiento de la cueva, porque el temblor es distinto, y con precisos cálculos matemáticos, predecimos con facilidad qué hay al final del túnel); y nuestra vida se prolonga hasta donde nosotros lo decidimos. Sabemos porque sólo sabemos cosas importantes, cosas concretas, para tomar decisiones. Lo demás no im-

porta. Somos una comunidad práctica que forja una personalidad. No hay líderes ni ordenación política impuesta, sólo el paseo y la rotación de habitantes. No estamos cansados de ser nada y ese es nuestro deseo más universal, vagar la caverna hasta que decidimos dónde queremos terminar. No es difícil decir por qué si somos tantos millones los embarazos son tan extraños: nadie quiere ser humano. Hay quien quiere explorar otro cuerpo, sentir cómo es la resistencia de la sangre al nadar contra corriente o sentir el aire o el látex. Podemos morir aquí o allá. Hay muchos que entran al cuerpo de una mujer, pero se hacen los tontos y se golpean contra alguna pared de la vagina, para sentir si su consistencia es diferente a la de aquí, o nadan hacia la vulva y se quedan allí esperando la muerte. La mayor parte de los espermas se van porque sienten que han terminado, porque han hablado con cada habitante de la colonia o porque saben que nuestra simplicidad no es diversa, y que eventualmente nos repetimos, o al menos, los que llegan se parecen mucho a los que se van. Pero esa sensación se parece menos al cansancio que a la realización porque la vida del esperma se parece a la más absoluta libertad: hay pocas opciones, las suficientes, y puedes elegir la que prefieras. Nadie te apresura ni intenta convencerte de nada, las interacciones sociales son muy pacíficas entre espermas. Cuando debatimos exponemos nuestras opiniones con mucha calma y sin grandes pretensiones. Sabemos que no hace falta ponernos de acuerdo para habitar el mismo espacio, no es necesario, porque en la caverna somos todos iguales.

De darle tantas vueltas al asunto, me duermo. Sueño que crezco de tal modo que el escroto no puede contenerme y se rompe derramando sangre y a todos los otros espermas.

Mierda de artista

Lo estaban regañando por no haber apagado la freidora anoche cuando le llegó un mensaje de su mamá diciéndole que no le había bajado al baño en la mañana, que ella no le iba a echar porque había visto en un video que los hijos tienen que afrontar las consecuencias de sus actos. Él se quedó pensando si responderle con una disculpa o pidiéndole que por favor le bajara y se distrajo con una mancha en la pared, entre pensando en qué momento lo mandarían a limpiarla y si podría dibujar allí las facciones de un rostro, con qué clase de morados brillantes o amarillos cálidos resaltaría los ángulos y las líneas finas y delineadas de una mandíbula, pero en eso escuchó a una señora muy sonriente que le puso una hoja de papel blanco y negro en la cara y le dijo:

Me cambias estos cupones.

Ah, sí, dudó Tadeo, Nomás déjame revisarlos con el encargado.

Pero por qué.

Es que no los había visto.

Bueno, terció la señora, Dame mejor unas papas.

¿Algo más?, dijo Tadeo dándose vuelta, sirviendo las papas a la francesa y llevándolas al mostrador.

Sí, otras papas, por favor.

Okey, dijo y volvió a hacer lo mismo, ¿Sería todo?

Serían otras papas.

Tadeo las llevó a la barra y la señora le dijo que mejor sólo unas. Entonces él las regresó a su lugar y de nuevo en el mostrador dijo que serían veinte pesos y la señora se sacó un billete de quinientos.

¿No los tendrás cambios?, dijo Tadeo, y la señora tomó el billete, se esculcó la bolsa de mano, la del pantalón, pidió a su hijo que le detuviera las papas, se comió una, se revisó las bolsas de atrás y sacó una moneda de cinco, cuatro de a peso, otra de cinco, otra de a peso, una de dos y finalmente tres más de peso.

Las entregó y dijo, Mis quinientos pesos, estirando la mano.

Creo que ya se los había dado.

Si me los hubieras dado los tendría en la mano y no los tengo.

¿Segura?

¿Me estás diciendo pendeja?

Él volteó a ver si alguno de sus compañeros estaba fijándose en lo que pasaba, pero todos andaban distraídos en el celular y no supo cómo hablarles. Miró la caja y a la señora, que estaba hinchada, como un trapo rojo y húmedo, y en cuanto le dio el billete agarró al niño de la manita donde no traía las papas y se fue casi corriendo.

Al final del turno, cuando ya había procesado lo que pasó, puso los quinientos pesos que le iban a faltar en la caja antes de que los demás se dieran cuenta.

Llegó a su casa y su mamá, Rebeca, le comentó muy amablemente que no le había respondido, que prefería que no se repitiera una situación como esa, pero que si había manera de que le mandara un mensaje la siguiente vez al menos haciéndole saber que la leyó estaría bien y él dijo que sí y se metió directo al baño.

Cuando levantó la tapa del escusado se encontró con que las paredes del inodoro se parecían a un oído lleno de cerilla si le hubieran pasado un cotonete por encima; al centro, todavía flotando, había un único pedazo de caca.

Le echó agua al baño y la caca giró hasta quedar de nuevo en la misma posición. Lo intentó dos veces más antes de bombear la taza

con el destapacaños, pero escuchó algo similar al sonido de un tenedor tallado contra un plato que era un grito muy agudo acompañado de chapoteos provenientes del escusado. La mierda se agarró de los bordes, escaló, pegó un brinco y aterrizó sobre sus dos patitas en el suelo amarillo del baño. Lo miró, hizo un gesto de pistolas con sus manitas y le aventó una sonrisa incómoda. La mierda tenía ojos y boca. Del asombro Tadeo se cayó de espaldas y se golpeó la nuca con el soporte del papel higiénico.

Maestro cerotero, dijo la mierda mientras le daba golpecitos en el hombro para intentar reanimarlo pero el tacto no lo despertaba tanto como el olor. Tadeo fruncía el ceño en pequeños espasmos para descifrarlo: pollo rancio, plástico, aceite sucio.

Cómo maestro cerotero, preguntó.

Es de cariño.

Cómo va a ser de cariño si es una grosería.

Una grosería, preguntó la caca.

Sí, respondió tadeo, haciéndose a un lado para que la caca dejara de tocarlo, Ahora qué se supone que voy a hacer contigo, agregó tocándose la nuca y dándose cuenta de que estaba sangrando.

Por qué tendrías que hacer algo conmigo.

Eres mi mierda.

Pero estoy viva, dijo la mierda agachando su cabecita, Y quiero ver a mamá.

Tadeo se preguntó cómo la mierda se posicionaba dentro del registro familiar. ¿Él, que lo había creado, no era como su padre? ¿o como su madre lo había parido a él y la caca no llegaba a ser algo más que una parte expulsada de sí mismo era más bien como un hermano menor o como un corazón o como sus pulmones? ¿o más bien sería una combinación de ambos y sería a la vez hijo y hermano?

No te puede ver mi mamá, dijo finalmente Tadeo.

Por qué.

Le va a dar miedo.

Si te aceptó a ti también puede aceptarme a mí.

Eres una caca con patas y dientes.

Después de ese comentario, la caca se dejó cargar en la bolsa de la *hoodie* de Tadeo, envuelta en papel y en un envoltorio de jabón que estaba tirado en el piso del baño, pero cuando pasaron enfrente de ella asomó su cabecita para al menos verla desde lejos y le pareció que se veía hermosa mientras escribía en un pequeño cuaderno con la cabeza echada hacia delante, aunque el cabello corto le caía sobre los lados de la cara.

Tadeo, dijo ella, Sólo estoy intentando ser mejor madre contigo, y le pidió un abrazo levantándose de su silla y estirando los brazos, pero Tadeo dijo que no podía y se hizo para atrás rápidamente.

Por qué te cuesta tanto darme un abrazo, preguntó ella.

No puedo olvidar todo lo que has hecho nomás porque se te ocurrió empezar a ir a terapia.

Qué te hice.

Todavía tienes mucho tiempo para descubrirlo en terapia, dijo y subió las escaleras.

Cuando estuvieron en el cuarto la mierda salió de su escondite y le preguntó a Tadeo por qué le había hablado así a mamá.

Es que si la abrazaba te iba a aplastar y tampoco se trata de que sufras. Mañana me disculpo.

El cuarto estaba cubierto de retratos que Tadeo hacía. Cada vez que terminaba uno lo pegaba y cuando la pared se llenó comenzó a poner una hoja encima de los bordes de otra, como si fuera un enorme collage de rostros. Al notar que la caca se había quedado embobada mirando alrededor dijo:

Es el trabajo de toda mi vida.

Pero si es horrible.

Llevo demasiado tiempo tratando de capturar detalles reveladores, que puedan mostrar alguna verdad humana oculta como para que vengas a menospreciar toda mi obra.

Si son hombres asiáticos, ¿qué tienen que ver contigo?

Que yo no estoy plasmando este contexto sino una realidad universal.

¿Te parece que un montón de caras con fondos de colores comunican una realidad universal?

Por supuesto, porque son hombres perfectos, que van más allá de la belleza expresada por un mexicano, por ejemplo.

Yo nomás veo caras amontonadas, lejanas a mi comprensión, a lo mejor deberías buscar algo más cercano a ti, algo más vivo.

La saturación es un recurso para acercar lo más posible a lo sublime.

Si me parece superficial es porque no se me hace que haya ninguna relación entre tú y el montón de dibujos, como si te diera miedo mirar las cosas que tienes a la mano, como los pollos que pasas por la freidora todos los días.

Al menos no son un montón de mierda como tú, es más, ni siquiera a eso llegas, eres un pedazo de mierda y la mierda de un mediocre que pinta rostros de hombres coreanos y te digo de una vez que deberías meterte al baño y dejarte llevar por la corriente. No sé qué pretendes quedándote aquí conmigo porque yo no te quiero ni creo que tengas otra función que no sea la de ser un desecho. Mientras Tadeo decía eso, la mierda se replegó contra la pared, un poco asustada, porque tenía miedo que ese repentino ataque de violencia terminara en golpes.

Está bien, me iré por el escusado, pero me gustaría saber qué se siente dormir antes, agregó la mierda.

Tadeo se dio cuenta de lo mucho que había elevado la voz y su manera de reivindicarse fue decirle a la mierda que podía quedarse sólo por esa noche. Le puso un tendido al lado de su cama porque no podía permitir que le ensuciara las cobijas buenas ni que durmiera tan cerca de él y se acostaron ambos en sus respectivos lugares.

Tadeo abrió la ventana, prendió el ventilador apuntando a la mierda y se durmió casi inmediatamente, se sentía más cansado de lo habitual y un poco desorientado por el golpe que se dio en la cabeza. La mierda se mantuvo despierta preguntándose qué podría intentar an-

tes que despedirse de ese lugar. Estaba dudando de su valor, deseaba dormir para experimentarse más ampliamente, para que sus sueños le arrojaran alguna luz sobre su identidad y que su inconsciente hiciera lo suyo, que creara sus primeros sueños. Imaginó que alguna mierda fosilizada sacaría una mano del suelo para enterrarla con ella y que le contaría algún secreto de sí misma que le ayudaría a comprenderse pero le dijo: eres una caca, cabrón, relájate, y cuando abrió los ojos no supo bien si se había quedado dormido por un momento o si su imaginación había divagado hasta ese escenario tan extraño.

No podía quedarse dormida así que bajó las escaleras y se metió al cuarto de su madre por debajo de la puerta dejando rastros de mierda por todo el camino. Se subió a la cama, alcanzó su cara y la abrazó. La reacción inmediata de ella fue tocarla y cuando sintió la textura la aventó a la pared mientras gritaba por ayuda.

Mamá, no grites, sólo quería conocerte, dijo la mierda con su voz chillante y herida.

Quién está hablando así.

Rebeca fue tanteando la pared hasta que encontró el apagador y encendió la luz de la recamara alumbrando el cuarto lleno de manchas marrones y de un olor pestilente que la obligó a cubrirse la nariz y la boca.

Cuando su mirada encontró a la mierda en la esquina del cuarto, esta le dijo mamá pero ella salió horrorizada y subió a ver a su hijo, abrió su cuarto y gritó su nombre, lo tomó de los hombros de la playera y como no reaccionaba lo tomó de la nuca dándose cuenta de lo empapada que estaba su almohada. Encendió la luz y vio que su hijo estaba muerto.

La mierda escuchó el grito de su madre y subió al cuarto donde ella tenía las manos llenas de sangre y arrodillada llamaba a emergencias, con el llanto que le interrumpía las palabras trataba de informar la situación de su hijo.

Al ver a la mierda en el quicio corrió enfurecida tras ella y se cayó de espaldas al intentar pegarle una patada.

Hay una mierda en mi casa, por favor, ayuda, dijo a los operadores del teléfono que creyeron que era una señal confusa para el acontecimiento que habían entendido antes, que era una especie de suicidio, pero la verdad es que no entendían nada. Así que asumieron que había también algún intruso y mandaron patrullas además de una ambulancia, que tardarían al menos una hora en llegar.

La mierda sabía que era la culpable de lo que estaba pasando aunque también reconocía que su responsabilidad era nula, puesto que su vida acababa de comenzar y no había mucho que hubiera podido hacer para cambiar todo esto. Se sentía como si sólo fuera la pieza final de un dominó que estaba destinado a tirarle un martillo en la cabeza a Tadeo.

Aprovechando que su madre estaba tendida en el suelo y que parecía no poder moverse quién sabe si del espanto o del golpe la abrazó de la pantorrilla y se disculpó, pero Rebeca meneó la pierna con toda la fuerza que tenía para quitársela de encima y la mierda salió volando por debajo de las escaleras y cuando intentaba volver a subir su madre le dijo que se fuera, que era la cosa más horrible que había visto.

La mierda caminó hasta el baño, se metió al inodoro y terminó en un canal abierto donde se dio cuenta de lo estúpida que era la idea que había asumido desde el principio de que se desintegraría si se iba por el escusado. ¿No era ese el destino de todas las cacas? ¿Irse por el desagüe no era lo más parecido al suicidio o a la muerte, o era más bien como enterrarse viva?

Era una caca ligera, así que flotó por el río durante toda la noche mirando a las demás, algunas tan pesadas que se encontraban atascadas en el fondo y otras destrozadas a lo largo del canal, era como ver una carnicería de cacas. Se preguntaba por qué era tan natural deshacerse de ellas, por qué no mejor usarlas, por qué no inspirarse en ellas o buscarles utilidad, como productoras de energía o como material de construcción, por ejemplo, o quizá hasta reemplazar las armas con caca, así el castigo más grande en la guerra sería ser apestado, antes

que torturado o asesinado y las zonas de guerra serían sólo lugares llenos de caca. Quizá podrían construirse fronteras o tumbas con caca.

La única ventaja de que nadie la encontrara valiosa es que al menos era libre, pero estaba un poco avergonzada de no poder desaparecer para siempre como todas las demás.

Era de mañana cuando se encontró al final del canal, donde el cuerpo de agua se secaba, de uno de los lados había un parque de árboles frondosos, muy verdes, familias felices y algunos automóviles entrando para estacionarse, y por el otro lado, una calle angosta y larga que subía al centro de la ciudad.

Tomó una chamarra de gamuza que encontró en el suelo y se puso a caminar por ese rumbo. Para la gente que pasaba no era otra cosa que una chamarra que se movía sola, a lo mejor un perro abandonado que la llevaba encima. En estos tiempos nada es tan importante como cualquier cosa que pase en la pantalla del teléfono. La caca no encontró ninguna cosa que pudiera hacer sin dinero más que entrar a un museo, donde había en exhibición una sala dedicada a la mierda en el arte: fotografías de Piero Manzoni, de sus latas; de una virgen hecha con mierda de elefante y de los descubrimientos recientes de un texto antiguo encontrado en Grecia donde se hablaba del nuevo arte escultórico hecho de heces humanas.

Ella iba como una visitante más, pero cuando el calor la obligó a quitarse la chamarra hubo quien la observó y hasta la fotografió como si fuera una verdadera obra de arte.

Itzel Picazo

Pecados verdaderos

Yo no quería ir a misa. Mamá me levantó muy temprano en domingo, me hizo un peinado de rizos tiesos, con mucho fijador para que duraran más de media hora, me maquilló un poquito y me ayudó a vestirme.

—No quiero ir, me duele mucho la cabeza —le dije mientras me ponía el frondoso vestido blanco.

—¿Cómo no vas a ir? Si hoy es tu confirmación, ahorita te doy un paracetamol y se te quita. —Me dio una pastilla, un pan dulce y un chocomilk—, para que no te vayas con la panza vacía —añadió.

Cuando di el primer sorbo la leche chocolatosa saltó del vaso dibujando una enorme mancha en mi vestido blanco puro, mamá soltó un grito ahogado y corrió por un trapo. Después de tallar el vestido aún lograba distinguirse un círculo café claro, así que con ayuda de un alfiler y moviendo los olanes logró esconder la fea mancha dejándola imperceptible para los ojos poco agudos.

—No quiero ir, mi vestido está sucio.

—Nadie se dará cuenta —me dijo— será un secreto.

Hace un par de semanas me emocionaba mucho al pensar en el día de mi confirmación. Mamá me compró un vestido muy bonito y unas zapatillas plateadas de brillitos que iban a juego. Mi tía Laura sería mi madrina y le pedí que mi biblia tuviera un dibujo de la virgencita en la portada. Papá mandó a matar un becerro para la birria y mi abuelita se encargó de preparar sus famosos frijoles refritos. Pero la mejor parte sería ya no tener que levantarme temprano todos los domingos para ir a misa de ocho, hacer la confirmación es como graduarse de la escuela de Diosito.

—Apúrate que vamos a llegar tarde —dijo mamá cuando salimos de la casa, rumbo al templo.

Durante todo el trayecto solo pensaba en la excusa perfecta para que nos olvidáramos de la dichosa confirmación y no llegáramos a tiempo para la misa.

—Mamá, creo que me aprietan los zapatos, casi no puedo caminar ¿Podemos regresar a la casa para que me los cambie? — Dije mientras fingía caminar chueco.

—¿Qué? Yo te pregunté si estabas segura de que te quedaban bien, mejor hubieras escogido los otros que sí había en un número más grande. Nada más déjatelos durante la misa, al rato en la fiesta te pones tus tenis blancos.

—Mami, tengo mucha hambre, ¿Y si llegamos a desayunar unos tacos al mercado? —Pregunté mientras pasábamos por ahí.

—¡No inventes Inés! Ya vamos bien tarde, además te comiste un pan con chocomilk en la mañana.

Pensé que tal vez al llegar al templo podría volver a confesarme con el padre y ahora sí le diría todos mis pecados, aunque me corrieran de la iglesia, esta vez no me ganaría la cobardía como el día anterior.

Todos en mi grupo del catecismo fuimos a la catedral. La catequista Rosa nos explicó los pasos para una buena confesión, primero tienes

que hacer memoria y enlistar todos tus pecados, un pecado es una falta a Dios; después se los dices todos al padre, sin excepción alguna, y finalmente rezas lo que él te ordene.

—Pueden engañar al padre, pero no a Dios, él conoce todos sus pecados— nos dijo la señorita Rosa ese día.

Yo no era primeriza en el tema de las confesiones, lo había hecho un par de veces antes, como cuando hice mi primera comunión, o cuando fui madrina de biblia en los XV años de mi prima, pero en aquellas ocasiones aún no tenía pecados verdaderos.

Esperaba mi turno sentada en una banca, a mi lado se encontraba Eduardo con sus mechones castaños que imitaban resortes y sus pestañas tan largas que siempre recuerdo a pocos centímetros de mi cara. Lo noté demasiado tranquilo, sin preocupación alguna por haber quebrantado uno de los siete pecados capitales.

—¿Vas a decirle toda la verdad al padre? —Le pregunté. Se supone que es lo que debes hacer.

—¿No te da miedo que te regañe? ¿O que te juzgue? Dicen que si tus pecados son muy graves el padre te da un coscorrón en la cabeza —No tuve tiempo de escuchar su respuesta porque en ese momento fue su turno de entrar al confesionario. Mamá y Papá no sabían que tenía novio, me daba vergüenza y miedo que se enteraran, por eso solo nos besábamos en la noche, detrás de los arbustos del parque, en donde nadie podía vernos, yo solo decía que iría a dar la vuelta con mis amigas y me iba a ver a Eduardo.

Él siempre me tomaba de la mano, por debajo de las mesas, cuando caminábamos juntos al salir de la secundaria, y antes de besarnos detrás de los árboles. Aún recuerdo cuando me pidió ser su novia, era sábado, ese fue el día en que la catequista Rosa nos habló de los siete pecados capitales, dijo que cometerlos llevaría nuestra alma a la perdición, también dijo que la lujuria es uno de los peores. Al terminar la clase Eduardo me invitó un refresco y caminamos sin rumbo hasta que nos topamos con el parque, el lugar que se convertiría en el punto de nuestros encuentros clandestinos. Hablamos durante horas, yo le

conté sobre mi perrita Lola, y de cómo mis dibujos habían mejorado bastante en la última semana. Él me contó sobre sus clases de futbol y de cómo pronto tendría una nueva hermanita.

Hablamos y hablamos sin aburrirnos ni un poco, hasta que cayó el sol y comenzaron a asomarse las estrellas, fue entonces cuando me tomó de la mano, la primera de muchas veces en que nuestros dedos se entrelazaron, y mirándome a los ojos me pidió ser su novia, le dije que sí, después preguntó si podía besarme, asentí con la cabeza y pocos segundos después se juntaron nuestros labios.

Escuché mi nombre indicando que era mi turno de entrar al confesionario, me paré de la banca con las piernas temblorosas, y una vez dentro me puse de rodillas. Una voz vieja y rasposa me pidió que le dijera mis pecados, así que lo hice, pero me ganó la vergüenza, la cobardía, y no le conté el peor de todos.

—Padre, soy una pecadora, últimamente he peleado mucho con mi mamá porque no me gusta lavar los trastes, también me enojo cuando mi papá no me compra lo que quiero y no me contento hasta que lo hace, y ayer me reí muy fuerte porque una señora se cayó en el tianguis.

—Procura no ser tan enojona y berrinchuda, no está bien burlarse de las desgracias ajenas, reza dos padrenuestros y tres avemarías.

—Espere, tengo otro pecado —por un momento creí que lo diría, pero todo el valor que sentí unos segundos antes desapareció—, el otro día le robé cinco pesos a mi mamá para comprarme unos churritos.

—"No robarás" dice el séptimo mandamiento, agrega dos padrenuestros a tu penitencia.

Después de rezar lo que me ordenó el padre, le pedí mucho perdón a Dios por mi pecado no confesado, por mi cabeza sonaban las palabras de la catequista Rosa "pueden engañar al padre, pero no a Dios, él conoce todos sus pecados", y pensé que además de una pecadora también era una mentirosa.

Llegamos a la catedral, justo a tiempo para la misa, mi tía Laura y mi biblia de la virgencita entre sus largas uñas postizas ya nos estaban esperando.

—¿Qué le pasó a tu vestido? —preguntó espantada al verme.

—¿Lo ves Mamá? Todo el mundo se dará cuenta, no quiero entrar.

—Nena, te juro que casi no se nota —mintió mi tía— no todo el mundo es tan perceptivo como yo.

Me paré junto a las demás niñas, todas con sus vestidos blancos intactos, y entramos en fila. Comenzó la ceremonia y mientras el padre hablaba y hablaba yo no podía pensar en otra cosa que no fuera aquel día con Eduardo, cuando al oscurecer nos metimos detrás de los árboles del parque como ya era costumbre, pero ese día entre tantos besos me preguntó si podía bajar sus manos más allá de mi cintura, le dije que sí, así que lo hizo y yo también. Seguimos besándonos y un par de minutos después me preguntó si podía meter la mano a mis calzones, le dije que sí, contamos hasta tres y ambos nos tocamos al mismo tiempo. Continuaron los besos al igual que las caricias durante varios minutos, hasta que se hizo muy tarde y tuve que volver a casa. Él me dejó en la puerta de mi casa y se despidió con un beso en la mejilla, y con la promesa de continuar después.

Cuando llegó el momento de recibir la comunión, todos hicimos una sola fila tal y como habíamos ensayado. Yo no quería ir a misa, yo no quería estar ahí, sabía que la comunión no debe recibirse sin haberse confesado antes, y mi confesión no había sido del todo sincera. Me sentía sucia, impura, manchada como aquel vestido blanco; Era una mentirosa, una cobarde, una pecadora. Por mi cabeza resonaba la voz de la catequista Rosa diciendo "la lujuria es un pecado, y uno de los peores", así que antes de que llegara mi turno para recibir la ostia salí corriendo del templo.

POZOLE ROJO

Ingredientes:

1 kilo de maíz pozolero

6 Chiles guajillo desvenados
2 Chiles pasilla desvenados
Una cebolla
Una cabeza de ajo
1 kilo de carne de puerco
Sal al gusto

Procedimiento:

Primero coloque la carne de puerco en una olla con suficiente agua y deje hervir a fuego alto. Todo el mundo sabe que para preparar un buen pozole es importante que la carne tenga tanto hueso como grasa, así como les gustan a los hombres, ni muy huesudas, ni muy grasientas.

Mientras tanto, para la salsa, remoje en agua hirviendo los chiles previamente desvenados, ¿a qué se deberá esa obsesión por tener el chile siempre caliente? Una vez blandos los chiles, como deberían estar más seguido, triture junto con los ajos y la cebolla, y reserve para más tarde. Reservar, como las palabras frente al marido, cuando te dice que cierres la boca y sirvas la comida; como las lágrimas por las noches, porque tus lloriqueos le espantan el sueño; como esas ganas de decirle "hoy no quiero" cuando él entra en la cama y pone sus manos sobre tu cuerpo.

Cuando la carne se pone muy caliente desprende muchas impurezas, esas cosas de las que desearías haberte enterado antes de casarte, de abandonar tu vida para entregarte a un hombre, eso que no te atreves a decir en voz alta por el temor a ser juzgada, a que te llamen exagerada y las señoras mayores te digan: "No llores eso es parte del matrimonio". Afortunadamente en esta receta dichas impurezas se retiran con una cuchara mientras hierve.

Una vez que la carne está blanda se retira del fuego y se corta en trozos grandes, es fácil manipularla a voluntad, porque el animal ya no está consciente de lo que pasa. Ya no sabe que alguien más se satisface con su cuerpo, lo toca como si fuera un objeto, ya no tiene voz para decir "no quiero" y aunque la tuviera no lo haría, porque sabe que su es-

fuerzo es en vano. Me imagino que le da asco ser usado de tal manera, y cuando intenta salir de esa situación él lo detiene con la barata excusa de que ya casi termina. Seguramente le dirá que no volverá a pasar, que jamás lo hará de nuevo sin su permiso, es solo que se le antojaron demasiado sus deliciosas carnes y no pudo contenerse para probar sus jugos. Pero que no se preocupe, que solo lo hace porque lo desea y lo ama demasiado, que jamás haría nada para lastimarlo, que todo lo que hace es con cariño.

Supongo que llora en el baño para no molestar a nadie, pero solo un poco, que no se note, porque a su marido no le gustan los ojos hinchados. Y trata de sonreír la mayor parte del tiempo, mientras limpia la casa, al preparar la cena, al hablar con sus amigas o cuando su esposo le pone las manos encima. Y cuando lo felicitan por su matrimonio él dice —lo sé, estoy con el mejor hombre del mundo— y sonríe, porque se supone que debe hacerlo, porque no hay nada que esté mal en su relación, porque esas son las cosas que pasan entre las parejas y si no fuera así, le daría vergüenza que lo vean con lástima, y al mirarse al espejo no quiere ver el rostro de un animal abusado. Pero claro, solo son suposiciones.

Se regresa la carne a la olla, se agrega el maíz pozolero junto con la salsa de chile preparada anteriormente, se pone a hervir a fuego lento y se sazona al gusto. Hace mucho que se le acabó la sazón a su historia, hubo un tiempo en que el puerco también lo disfrutaba, entregaba su carne con gusto de satisfacer al hambriento, pero llegó el punto en que su voz no tenía valor ante el otro. Decir "no quiero" o "no me gusta eso" se convirtió en una ofensa, "¿Pero por qué no quieres? ¿Acaso ya no me amas?" después en un crimen "¿Pero cómo puedes tenerme miedo? ¿Alguna vez te he lastimado?''

A veces se pregunta porqué está con él, si es un cerdo joven, se casó antes de cumplir la mayoría de edad, sus jamones están bien conservados y aún tiene una sonrisa encantadora. Tenía muchos pretendientes, hubo un tiempo en que los hombres eran capaces de hacer una fila

solo para intercambiar unas palabras, y tontamente creyó que lo mejor sería irse con el mejor postor.

Si tan solo hubiera sabido cómo era ese hombre la vida le sabría diferente, pero se dejó empalagar por sus palabras dulces, sus detalles sublimes y su exquisito estilo de vida. Lo encandiló con una cena cara, con la promesa de una historia de amor juntos y un anillo de cinco quilates. Así que se escapó de casa, con tan solo diecisiete años, mamá y papá cerdo apenas y lo notaron, tenían suficientes problemas con su propio matrimonio que se caía a pedazos, así que hizo una maleta y se fue muy lejos con él, a un lugar en donde hasta las puntas de los cerros son diferentes, un sitio en donde esperaba encontrar la paz y estabilidad que se le arrebató en su propia casa.

Hoy se arrepiente y se pregunta cómo sería su vida si hubiera tomado decisiones diferentes, tal vez ahora tendría una carrera, una habitación propia y un futuro que no pareciera truncado, quién sabe, tal vez ni siquiera sabría preparar un buen pozole.

Sirva el pozole en platos hondos. Si así se desea se puede acompañar con tostadas, rábanos en rodajas, limón, picante, cebolla y lechuga picada. Pero claro, solo si es lo que desea.

Poesía

Teresa de Jesús Vilchez Gómez

Teresa de Jesús Vílchez Gómez (Autlán, Jalisco, 2000). Tessa Vílchez es una escritora de versatilidad cervical, fotógrafa sanguínea y estigma portante de la fragilidad de una crisálida, también es estudiante de Letras Hispánicas en el Centro Universitario del Sur. Su obra recorre la dualidad del lenguaje y eufemismos, textos que pasan de ser algo ostentoso a adquirir cualidades grotescas con la finalidad de encontrar la esencia de las cosas, su obra se ha publicado en espacios como Logoria, Revista Por Escrito, Las vetas del azogue, Hipérbole Frontera y La Gaceta del Cusur.

La crisálida

La iridiscencia ausente en un cuerpo pulposo y exquisito
que suspendido en la tierra se arrastra como ninfa
bajo la amenaza de la inminente metamorfosis
es cuestión de tiempo.

Cuestión de tiempo que de este tórax sin alas
broten un par de fibras escamosas sin razón aparente
y sean camuflaje donde no reinan los colores.
Cuestión de tiempo que de aquí nazca una espiritrompa
que adquiera la necesaria habilidad
para saciar el hambre de néctar y polen.
Cuestión de tiempo que a esta mariposa le otorguen
un cuerpo libre para refugiarse en jardines de lavanda,
una frecuencia de aleteo similar a latidos,
la distinción entre senderos de luz y sombra,
la reverberación de una voluntad innata,
la cualidad iridiscente incapaz de percibirse de manera propia
y una memoria
para no olvidar su naturaleza de crisálida.

“La crisálida” recibió mención honorífica en el XI concurso literario del CuSur, modalidad poesía (2024).

Tía Pilla

Guadalupe, escucho entre sueños
las palabras que jamás dijiste en vida.
En aquel idilio no aceptas la muerte
aunque eras un latiente cadáver
sobre una silla frente a la ventana.

Lupilla, en ese sueño no estás muerta
y me sonríes con los dientes que te faltan.
En mis pesadillas un cuerpo embalsamado,
aunque te dejaste ir del mundo, flojita.

Pilla, ¿será que estás con Dios?
porque aún en tu lecho de muerte
sobre ese colchón seminuevo y duro,
ardiendo en fiebre y alucinaciones
le negaste el perdón a tu propio hermano.

Guadalupe, siempre en ese rincón
el silencio susurra tus albures, nítidos,
tus pasos caracol de cada mañana
que salías al patio a escuchar la misa,
el tintineo de la campana dominical,
que llevaba la comunión hasta tu boca.

Lupilla, alucinabas épocas mejores
cuando tu hermana la más muerta de todas
se sentaba en el sillón a platicar contigo,
y jurabas verla con tus ojos ciegos
que sólo distinguían luz y sombra.

Pilla, siempre fuiste como un niño,
despertando a regañadientes
a tomar tu cóctel para la epilepsia.
Nadie tuvo corazón de mandarte al asilo
y tu custodia tampoco la pelearon.

Guadalupe, no sé si conociste el afecto
porque te conformaste con baños de sol,
arroz en leche para el desayuno
y pipián en tu cumpleaños,
como única pizca de calidez.

"Tía Pilla" poema ganador del Panteón Literario del CuSur (2024).

Lo femenino tiene cuerpo

Hay una voz rezagada en este cuerpo
un mosaico de esperanzas de colores
que dirige el camino de una figura
humanamente bella, quizás.

Un par de manos ligeramente tersas
enlazadas a un cuerpo bestial
que amenaza con ser una figura femenina
perturbada

Una voluntad inviolable, reactiva, perpetua
contenida en un espacio ferozmente tibio.
Un hogar construido con escombros
donde los objetos no son maleables
más bien ásperos, incisivos y punzantes,
con la capacidad de convertirse en armas.

Un figura con deseos incólumes
entrañas sangrantes y formas grotescas,
olores incómodos y texturas engorrosas.

Lo femenino tiene un cuerpo
inconmensurable.

El decimosexto arcano (la torre)

Merry go round of life
suena cual derrumbe del decimosexto arcano.

Ven,
con la boca abierta mastico
el mentol de los marlboro
como interludio de una invitación
que es sustituto alimenticio.

Despierto de un sueño de absenta
mientras se desliza una homógrafa
por los pliegues de mi lengua bífida.
En la metrópolis transitan
unos labios incapaces de besarme
cuando huelo a vómito
o escribo poemas bajo el influjo
del nombre de cualquier príncipe judío.

Nunca culmina mi certeza
y todos los días respiro diesel
mientras espero / el placer de la espera,
y prometo observar bajo mi yugo
de tanto en tanto.

Ben,
novecientos dieciséis días
de reminiscencias y errores de concordancia
me entusiasman dentro de la construcción del ego.
Cierta voz granulada sentencia
“si no fueras tú nada de esto sería posible”
como un mantra incuestionable
en la caja torácica que me aprisiona.

El idioma de los perros

Está haciendo su efecto la luna y
este llanto me sigue como una sombra.
Quiero hacer cosas mas caigo
rendida en un sueño y duermo
otra vida entre pestañas
allí no siento nada
camino largos viajes sin cansancio,
atravieso horrores que no me perturban
y reconozco voces que hace tiempo
dejaron de pronunciar mi nombre.

A veces siento que no te importa nada
dice una voz de la que intento huir,
el problema es que me importa todo
y ese verso que leí hace meses
me hizo sentir como una bestia mitológica
una fiera que se encuentra encadenada,
¡diles que soy inofensiva!

El refrán bien conocido dice
perro que ladra no muerde,
y yo ni siquiera sé el idioma de los perros.

Ese dios tuyo es cruel

Octubre de 2023

Ese dios tuyo es cruel y te ha condenado desde que pisaste la tierra. Primero con un diagnóstico que llevas en los genes, ese que pesa demasiado sobre tu espalda. Después con tu entendimiento que va más allá de lo natural, y con esa incapacidad de percibir cuando las palabras no son apropiadas.

Ese dios tuyo te flagela. Es una luz incesante que miraste a través de un lente alucinógeno, y como precio te obligó a perder la débil cordura. Eres el resultado de un estímulo mundano ocasionado por placeres sintéticos y atardeceres de otoño primavera. Ese dios tuyo es destino y algo más. Te maneja a su antojo y a la menor muestra de estabilidad en tu vida, manipula tus interruptores, ese cortocircuito te sumerge en la miseria que arrastran tus generaciones como una sombra. Llevas tu dolor a cuestas pero estás tan dopado que ya no lo sientes.

Ese dios tuyo te castiga en todo momento. Es un estruendo que regurgita de tus entrañas y te somete. Es la culpa en tu interior por haber visto su ojo omnipresente cuando te sabes indigno, una perpetua mirada de temor y éxtasis. Ese dios tuyo es carcelero y algo más. Te confinó en cuatro mohosas paredes turquesa, en la apática ciudad donde no cabe tu admiración por el mundo y su gente. Ese dios tuyo te tiene intranquilo, asoma su exaltada figura, burlona, como una compañía insoportable.

Ese dios tuyo es caprichoso. Lo llevas en tu nombre, mas se olvidó de ti y tus plegarias; te observa desde su pedestal, inerte, y juzga tu fe

de hombre profano. Te desafió a perder el habla, a nacer de un cuerpo adulto donde ya no hay pizca de ternura, ni de inocencia; a deambular entre pasillos de terapia intensiva, entre azulejos con olor a cloaca, donde conociste otros seres tan desdichados como tú: míseros, dóciles, creyentes. Ese dios tuyo es tirano y algo más. Violó tu buen juicio, juzgándolo ineficaz, perdido, pecador, cuando el único fin de tu entrega al bajo mundo fue el deseo de sentir el amor de un padre.

Ese dios tuyo es cínico. Puso en la mano de tu prójimo el elemento de tu desdicha y tendió su mano hacia ti. Implantó en tu materia gris una sustancia que fluctúa y te condiciona a la crisis de lo externo, de lo emocional. Después te exigió ser otra cosa, en una sociedad donde negar tu propia naturaleza es un ultraje a dios por retar sus leyes naturales.

Quizá nada tiene que ver con dios y sólo es cosa tuya.

Valeria Venegas

I. Teléfono / Archivo de niñx recuerdo el cuerpo de mi abuela conectado al teléfono junto a su cama. la bocina del aparato era una extensión de su brazo: de su boca salían ruidos guturales. gritaba mi nombre cuando alguien del otro lado de su dedos surgía en el sonido robótico de una voz misteriosa.

hola
mija soy
rodolfo
tu tío
no nos conocemos todavía tu mamá es mi hermana me fui cuando estaba embaraza acá pa los yunaites esas palabras —grabación fantasma— eran el desahogo de muchas esperas.
la de mi abuela: esperando que yo entendiera el mundo la mía: esperando poder nombrarlo la de él: esperando que alguien del otro lado aprendiera a decir su nombre para que no se perdiera en la línea
mi abuela evaluaba señales mínimas si esa
mañana sostuve una cuchara diferente si le

hablé sin trabarme si podía leer más rápido
que ella
(aunque siempre me sorprendía lo tesa que era con los números
a mí no me trancean, sé hacer bien mis cuentas).

mi abuela una chingona, una berraca mi abuela una giganta mi abuela—teléfono esperando siempre una voz del otro lado de la línea de la frontera que los separa por kilómetros hechos de voz una voz trotamundos cruza—desiertos una voz silenciosa que se queda debajo de los rieles del tren

II. Tren / Cuerpo

El tren de las moscas, ahora mejor conocido como la bestia, es también un documento: lista interminable de personas pegadas al techo de los vagones. Ahí se fue mi abuelo, pegado a la piel del tren. Ahí se fue Rodolfo, unos años después. Mi abuelo quería que uno de sus hijos portara su nombre
Bofo —el hijo suave—, siempre a la derecha del padre
Artesanos de cuerpos más grandes con puertas y ventanas
con árboles de mango y temachaca.

(nota marginal:
territorialidad es una palabra
rota. desacomodo también)

¿cómo hablamos cuando la muerte nos quita la voz?
cuando el desarraigo es tan duro
tan desestabilizador
¿Qué lengua queda cuando el cuerpo se va pero una se queda?
lengua muerta: lengua muda

las mujeres cargamos el lenguaje lo moldeamos : queremos ser otrxs lo empujamos a la frontera, lo hundimos si es necesario migrar es un juego de focalización entre acercamientos y alejamientos mientras habitamos otras huellas

estética del desplazamiento: llenarse de carne que no es propia moverse en la memoria ajena el cuerpo sufre la migración de quienes se van y quienes nos quedamos, quienes no pudimos irnos
¿qué pasa con los que regresan?

desplazamiento lingüístico: los migrantes atraviesan espacios donde su propia lengua ya no les pertenece del todo y deben lidiar con fronteras y miradas que los extrañan. Ser extrajero no solo en el espacio geográfico.

III. Río / Identidad

Esta es la bitácora de cruces:
1976, 1983, 1997, 2000.

Documento repetido: Rodolfo—padre cruzando siempre por Laredo, donde los polleros ya lo llamaban por su nombre. Lo ayudaron a nadar el río como si fuera un bautizo, la herida abierta se abría cada vez que salía a flote.

Rodolfo—hijo creyó que el sueño americano cabía dentro de la llanta de tráiler que le dieron para cruzar el bravo, con su corriente canija con su incertidumbre asesina miles de almas esperando cruzar línea divisoria entre los vivos y los muertos un nosotros y un ellos.

Rodolfo—hijo—Manny García cambió su identidad para nombrarse distinto, para que el acento no le costara la deportación: identidad en fuga nombre nadado voz que se hunde y flota volver a nombrarse es regresar al agua: al acento que migra miedo que cruza cuando el agua vuelve a tocarle los pies

Rodolfo—hijo—Manny García recupera su nombre para cruzarlo de nuevo

mi tío—río llevaba veinticinco años en una tierra que no recibe lenguas extrañas que exige silencio que levanta muros en la garganta y este año, como si el viento caliente hubiera decidido reclamar lo que no era suyo lo arrancaron del sitio donde por fin echaba raíz un solo movimiento bastó para regresarlo al agua con ese paso mojado que vuelve a marcar el cuerpo

IV. Secuestro / Voz fantasma

te estuve llamando, dijo mi
abuela tenía el teléfono
descolgado

mi abuela murió con la mano estirada hacia el aparato sin
ver a Rodolfo—hijo desde el 2000.

Documento adicional: los
mojados viven borrando su
propio camino: no hay huellas que
duren cuando el cártel te pide
cinco mil pesos haciéndose pasar
por tu hijo. Táctica
común empleada por los zetas
en el sexenio de Calderón.

amá, me tienen atorado en Tijuana mándeme
dinero

Rodolfo—padre dudó, llamó a Arturo—primer hijo no
apá, Bofo acá está dormido

Archivo de la duda: las voces
también pueden secuestrarse.

V. Inglewood / Lengua bífida 2006.

mi mamá, su gemela y yo viajando a
Tijuana del avión solo recuerdo dolor en
los oídos y los chicles contra la presión

Arturo —casi dos metros de altura— me subió a sus hombros
vas a conocer a tu prima Samantha, dice mi mamá—chicle como
si el parentesco pudiera explicar una patria

¿dónde está el carro?
in the parking lot, allá parqueado

aprendí inglés lo justo para que migración me
creyera: *what's your name? how old are you? good*
grades? favourite color?
why did you come to the United States?

cumplí cinco años en Inglewood, CA
located in southwestern Los Angeles
County aprendí a no rodar la r al hablar
inglés
Mónica, hija de Jesús, hermano de mi abuela—teléfono otro migrante
del 85 me metía un lápiz entre los dientes y cantábamos el abecedario
para que mi lengua aprendiera a dividirse sin romperse

lengua bífida: no por monstruo, por supervivencia.

VI. Frontera / Teoría Archivo teórico:

El régimen de deportación ejercido por ICE sobre personas mexicanas reactualiza lo que Gloria Anzaldúa nombra como la "herida abierta" de la frontera: un espacio donde el cuerpo migrante es constantemente vulnerado por la violencia institucional que separa, clasifica y expulsa. En este umbral, la identidad se vuelve un territorio en disputa: el acento, la lengua mestiza, la memoria del sur se convierten en evidencias de "no pertenencia", marcadores que justifican la captura y el retorno forzado. Balam Rodrigo, en sus poemas migratorios, registra precisamente ese tránsito desgarrado, donde el río, el desierto y el propio cuerpo se transforman en archivos del dolor y de la resistencia. Tanto en Anzaldúa como en Balam, la frontera no es un límite geográfico sino un dispositivo que hiere.

ICE encarna la mano que abre y reabre esa herida, administrando quién puede habitar y quién debe ser expulsado. En esa lógica, la deportación no solo desplaza a la persona, sino que interrumpe sus puentes lingüísticos y afectivos, reafirmando que la nepantla—ese estar entre mundos— se vuelve un estado permanente para quienes viven entre la vigilancia y la posibilidad siempre latente de ser devueltos al otro lado.

Impidiéndoles así, su derecho a habitar y a narrarse en otro territorio.

VII. Epílogo: documento vivo

Este texto es un archivo incompleto: fotografía de voces, registro de ausencias, poema con rieles. Permanece como un archivo en tránsito que no clausura, no certifica, no fija. Como la frontera de Anzaldúa, es una herida que sigue abriéndose, un espacio donde la escritura no describe la migración, sino que la encarna. La memoria familiar aquí reunida es una forma de archivación precaria: voces que sobreviven no por su ni-

tidez, sino por su insistencia; registros que se sostienen en el filo entre presencia y borramiento.

En este sentido, la historia migrante opera como un archivo que nunca deja de modificarse. Cada cruce, cada nombre alterado, cada silencio telefónico genera nuevas capas en el documento. No se trata solo de conservar, sino de asumir que la conservación misma ocurre bajo condiciones de vigilancia, desplazamiento y pérdida. Derrida diría que todo archivo es una fuerza de futuro; en este caso, un futuro que se escribe desde la intemperie del cruce y la amenaza de deportación.

Rodolfo-hijo-Manny García es entonces una figura de la frontera en su forma más radical: un sujeto que se reconstruye cada vez que cambia su nombre, que ajusta su acento, que atraviesa el río como si la identidad fuera un objeto flotante. Su cuerpo y su voz son documentos vivos, vulnerables a la confiscación, la sospecha o el extravío.

La familia migrante se convierte así en un sistema de transmisión lingüística alterada: voces que se fracturan, lenguas que se bifurcan, relatos que solo pueden contarse desde el *in between-ness*. En esa zona liminal —esa nepantla— la escritura documental no solo narra la experiencia del cruce, sino que la performa: una escritura que cruza y es cruzada, que se desplaza mientras intenta fijar algo que por definición se escapa.

Por eso este archivo no se cierra. Su materialidad es la del tránsito: una colección de fragmentos que insisten en mantenerse abiertos, como toda herida que recuerda que sigue viva.

***

Vivimos en la inmunidad de siete personas hacinadas cuando Rodolfo volvió en el baño se acomodó un cepillo de dientes desgastado de uso ansioso cerdas más despeinadas que su cabello un dispositivo de higiene alejado del resto temeroso de incomodar más que el sarro acumulado en el fondo del largo mango que sostenía con sus dedos largos dedos que abrazaban la incertidumbre de unos dientes que se aferra-

ban a las encías del desasosiego llegó Rodolfo-hijo con familia sin saber dónde acomodarse si sus pies podían descansar por fin o si debía dormir con zapatos puestos ante cualquier alerta

El parentesco no explica la patria veinticuatro años separados por un idioma que aprendí antes que él.

Carlos Arnoldo Salcedo Mejía

Estudiante de Letras Hispánicas en el CUSur, UdeG. Ha sido distinguido en certámenes como *Calaverita Literaria de Gómez Farías*, *Día de la Poesía* y *Panteón Literario* del CUSur, con primeros, segundos y terceros lugares, además de menciones honoríficas. Finalista en *Luvina Joven* (2024). Escribe bajo el seudónimo Flocito.

Opio negro sobre rojo

En un rincón donde el recuerdo se deshilacha,
las hortensias se ríen a medias y los claveles callan,
te vi ofrecer tu luz en manos ajenas,
como quien cambia un juguete por monedas rotas,
como quien no sabe que la luz también se quiebra
y sus fragmentos no admiten pegamento.

Ataste a los ángeles con hilos de silencio,
les segaste las alas;
cayeron —uno, dos, tres—
como pétalos que se niegan a tocar la tierra.
Los insomnes, vagabundos de noches sin luna,
se tendieron en las huellas que dejaste.
Vinieron buscando consuelo;
hallaron el frío,
ese frío que el silencio instala cuando nadie lo habita.

Entonces llovió tristeza:
una lluvia densa, sin prisa, sin tregua,
que empapó los nombres y borró mapas.

Morfeo, burlón, retiró su mano;
te dejó despierto, frente a tus fantasmas,

con la costumbre del insomnio como un látigo,
como si el castigo fuera nuevo y no heredado.

Entraste en un laberinto de tu propia fábrica,
pasillos llenos de «qué habría sido si…»,
puertas con cerraduras que no recuerdas haber forjado.

Buscaste la salida, la puerta del olvido;
solo encontraste voces que hablaban en viento,
los muertos te contaron historias que olían a ceniza.
B
ailaste con el fuego, rozaste el abismo;
querías calor, una chispa que no pidiera amor,
algo que no exigiera vida, solo un eco,
un rumor que prometiera que algo queda.

Caíste tan hondo que el suelo se volvió cielo,
tan profundo que el dolor perdió su nombre.

Y desde ese lugar de cenizas y costillas rotas,
te incorporaste.
No como héroe —los héroes no conocen el temblor—,
sino como un cuerpo que insiste en latir:
frágil, hendida, todavía con luz.

El viento, curioso, te pregunta: «¿Valió la pena?»
Tú no respondes;
sigues caminando, paso a paso,
porque estar de pie ya es una respuesta.

Juego de constelaciones

Sangra el cempasúchil.
Y me pregunto si el mundo no es más que un espejo partido.
Dentro, el niño y el hombre se miran con hambre; yo los miro con manos vacías.

El niño tiene sabor a humo; el hombre enciende un fósforo y lo adora como a un dios pequeño.
¡Qué poco nos basta para creer en algo! —pienso— y me pongo a contar las cenizas.

Coroné la frente con flores secas que ardían; las guardo ahora como pruebas,
como quien guarda un amor que no supo ser otra cosa que ceniza.
El niño cuenta vasos; el hombre escucha un tic-tac que le roe la garganta:
dos relojes, dos condenas, la misma espera.

Me metí en la penumbra y aprendí a renacer a medias:
el niño se acurruca en la cuna rota; el hombre se abriga con la sombra.
Respiramos en el mismo hueco, dos pulmones que se disputan el aire
como quien disputa un pan.

Abro la mano y arde; el niño ofrece semillas que no germinan,
el hombre las guarda como promesas que tiemblan y no se atreven.
Nombro sabores —cacao quemado, frambuesa que muerde, café que no perdona—;
cada nombre es una herida que insiste en nombrarse.

Me detengo ante puertas cerradas y escucho la nostalgia como a una vecina que llama a la puerta;
el niño le da cuentos; el hombre le pide cuentas y recibe silencio.
Toco las paredes con dedos de barro: el niño toca para jugar, el hombre para comprobar que sigo siendo carne y memoria.

Lloro sin lágrimas; aprendo a vender voluntades por monedas de silencio.
Tengo un exilio que no pidió permiso: a veces patio, a veces cárcel.
En mi pecho anidan culpa y anhelo; los nombro con voz que no se arredra.

A veces gana el niño y río con la furia de quien no se resigna;
a veces gana el hombre y sostengo la risa como quien sostiene una vela.
Coso la grieta con rabia y ternura, con nombres y con silencio;
y, en la noche, cuando todo calla, los dos me susurran el mismo deseo:
volver a ser uno.

Grito de 1/2 noche

La armadura de oro se resquebrajó.
¡Qué novedad!
Como si no supiéramos que toda armadura
tarde o temprano termina hecha pedazos.
Era cuestión de tiempo,
de desgaste,
de una flecha certera.
Y ahí está:
la famosa herida en el alma,
sí, abierta, sangrante,
tan poética como el costado de Cristo,
pero más incómoda, más humana.

Mis sueños se tiñen de rojo.
Rojo sangre, para ser exactos.
No es un color bonito, pero es lo que hay.
El corazón late, claro;
no va a dejar de hacerlo solo porque estoy triste.
Late con un sonido medio raro,
como una lavadora vieja a punto de romperse.

Mi corazón:
granada madura,
dicen.
Yo diría:
una bomba de tiempo,
que no explotó a tiempo.
Ahora no queda nada,
solo un montón de semillas inútiles
esparcidas por el suelo.
El amor, ese gran invento,
se desangra sin cesar,
como si tuviera algo importante que decirnos.

Caen gotas de sangre,
una a una,
como si fuera un espectáculo.
Perfume bendito, lágrimas sagradas — bla, bla, bla.
La verdad es que no huelen a nada;
y lo único que hacen es manchar el piso.
El dolor recorre mi cuerpo,
sin piedad ni tregua,
porque, al parecer,
es un dolor muy comprometido con su trabajo.

Mi alma clama, sí, claro,
como si clamar sirviera de algo.
El amor muerto deja heridas — ¡qué descubrimiento!
No hay coraza contra el olvido,
ni consuelo que valga la pena.
Lo sabemos todos,
pero aun así seguimos intentándolo,
como si fuéramos a ganar esta vez.

Yo, derrotado,
me rindo al dolor.
No tengo fuerzas para un manifiesto
ni para levantarme.
Me dejo consumir por esta agonía,
porque, al final,
el dolor es lo único que nunca falla.

Entumecido

Vivo en un campo que guarda expedientes:
sueños que llegan, se registran y se pierden.
Se caen como hojas negras de un árbol cansado,
como fichas que nadie vuelve a mirar.

Las raíces, pobrecitas,
se retuercen,
se parten,
porque la tierra no las quiere.
¿Quién reclama a las raíces podridas? Nadie.
Y las raíces lloran en letra pequeña, sin ruido.

Aquí rondan los carroñeros de siempre:
van de negro como si la sombra fuera traje;
roban nombres, rasgan etiquetas, rompen sellos.
Tienen garras de ceniza y manos con huellas de polvo;
tienen hambre de lo que no cabe en los formularios:
amor, vida, una palabra que no aparece en el índice.
El miedo, viejo y amargo, les sabe a dulce;
lo mastican sin pedir permiso, lo anotan como dato.

En este país la justicia es una foto en sepia:
rota, olvidada, con polvo incrustado en la esquina.
Está en un anaquel que nadie abre; la página está en blanco.
Hay consignas pintadas en las paredes, pero nadie las lee;
son gritos mudos pegados al viento, esperando traductor.

Dios, si acaso figura en el registro,
aparece como testigo ausente: mira al suelo con ojos de vidrio,
tiene las manos atadas por procedimientos; no sé si por pereza o por pena.
No toca. No salva. Solo observa, como perito que no firma.

Niña raíz:
cava sus sueños en tierra que no da nada; recoge polvo, hace nido, insiste.
Niña serpiente:
se desliza entre los huecos del miedo; aprende a doblar la sombra a su favor.
Niña mazorca:
se desgrana en manos que no saben cuidarla; junta sus granos y los guarda en el puño.

Niño limón:
nace con la tristeza en la boca; aprieta el sabor y lo convierte en jugo para seguir.

¡Ay, qué infancias con expediente!
Crecen sin cielo ni alas, con golpes que figuran en la hoja,
con destellos de resistencia que no caben en la casilla.
Pequeños héroes sin capa, con pies descalzos,
con corazones que insisten en latir fuera del formulario.

Despierta y llora: al niño nopal lo dejaron desnudo.
Le quitaron las espinas que lo defendían; le robaron el nombre.
Le sustrajeron la fuerza, el derecho a resistir.
Su ausencia es ahora un informe que retumba:
un eco en un camino seco donde antes hubo flores y promesas.
Queda la mancha —sangre, silencio— y la obligación de nombrarla.

Goretti Laguna

En este tiempo interminable que a cada segundo se está acabando me
imagino a las calles construidas como con papel de china
me pregunto cuántas horas podremos extender estos tres vasos de
agua que nos quedan y mi mamá me dice yo quería descansar
pero no así

estábamos en el sofá pasando la mañana, o la mañana estaba pasándo-
nos en el sofá cuando nos cerraron la puerta
y aunque la ventana como posibilidad estaba abierta
esa también la tuvimos que cerrar
la deslizamos y el pulso se nos calmó
al menos un par de horas, al menos

mira, es que el perro también tiene que tomar agua y
él no sabe nada
pero está mejor así sin saber nada no
vaya a ser
que sacándolo a pasear

el papel del que está construido la ciudad se
rompa
se rompa y a los dos nos trague el suelo con
sed, bien descansados pero con sed.

El animal ladra y pierdo el sentido
quiero desaparecer
y dejar burbujas radioactivas
desaparecer siendo un sonido

(disminuyendome, cada vez más)

no le escribo a mi padre
prefiero escribirle a la muerte y
que ella me escuche
y me diga

que un día voy a ser migaja alimento
de alguien
y me voy a recostar en el viento donde
golpean los ladridos de la calle

prefiero que ella me lea y
me diga
que aun teniendo razón
me clavará sus uñas
bajo la tráquea por donde se habla el
idioma nuestro tan profético
tan sucio de gruñidos

y con esa sobriedad inconsciente
de proclamarnos los fuertes

fuertes los
fuertes
los que le ponen nombre al perro y
forma a la muerte
los fuertes

que sostienen un diccionario en cascada
para aprender a mirarse a los ojos
para aprender a salir ilesos de una que otra conversación con el perro.
Ni cómo enterarme de nada si sigue así no pasa nada
no pasa nada si sigue así

mas escuché el ruido del agua y
me complací
a voluntad me complací –
fue ridículo

si hay algo más grande que nos pueda cuidar que
lo haga ahora
ahora que estamos cansados
que ya no podemos

ahora que se nos subió el corazón
al cerebro, hasta el cielo por tanto rozar
exhaustos, esta marea alta.

Dije:

me voy a hacer una rosa de listón que
me dure para siempre
me la voy a guardar en la boca a
la seis de la tarde
todos los días

hasta que el sol se muera

Lo intenté
pero el listón se me enredó en
una arteria coronaria
y ya no pude
estirarme, tocar el techo

Fue tarde
fue demasiado tarde el
sol se murió
y me convertí en un escarabajo
con el corazón envuelto en un listón un
listón que era flor.

Pasó así, puse mi corazón deshilachado bajo un chorro a presión de agua caliente y mentí cuando dije que el corazón no se me podía subir a la cabeza

(la apertura duele porque también ella es una herida abierta)

tuve la clara visión de mi corazón desgranándose dentro de mi cráneo
con una mirada para adentro
lo vi claramente desgajarse dentro de mi cráneo

me salieron ríos de agua caliente por todas partes termal
pero mi agua corría sin presión
estaba débil de tener el pulso fragmentado en granos, en gajos

(en entes orgánicos que con el tiempo se van a desintegrar dentro de mi cráneo)

Un ratito después pasó así: aposté por esta mirada, por una mirada tan
suave tan lenta tan de treinta a cuarenta ele pe eme
le aposté tanto que
el deshilachado de mi corazón rebobinó, se unió se
unió, se formaron capas
de cebolla alrededor de él, de mí
de mí de él de ese cansado exhausto arriesgado espécimen que
de tanta apertura que de tanta presión
deshojó sus capas

y se encontró con su identidad real:
una simple, exquisita y desquiciada bola de algodón.

Cuando el Sol cae
lo sostiene solo el pájaro dormido de nuestra hambre

se dice que cae el Sol, que cae y
carcome
la plaga que crece en nuestras bocas la
plaga vocal del sentido
    que se enrosca en nuestra garganta, que nos dicta un absoluto

carcome el sol nuestra plaga
para regresarle el malestar a nuestras lenguas para
dejarnos una lengua de gorrión
    a cambio de dos o tres nombres

se dice que cuando caiga
(en su totalidad caiga)
los que hablamos y los que callamos
pesaremos lo que pesa el viento
lo que pesa el viento con sus tres toneladas de fuego.

Perdón, soy una irresponsable
recelosa, de su batería social y
acomplejada por la experiencia humana de
dejar caer la muerte;
mis costillas nerviosas, mi percepción hormonal
cualificada para desabotonarle
la camiseta
a la baldosa más fría de
esta ciudad

perdón por esta percepción de decadente educación pública
porque el uniforme seca el sudor
lo mismo que el jabón y el llanto

perdón por esta

terrible inocencia compartida
se me olvidó marcar la página
se me olvidó apropiarme de mi lengua infantil para volverla
para devolverla, para envolverla en palabrería compleja
se me olvidó la intención inocente perdón,
se me olvidó la intención inocente de
acomplejarte con una lengua envuelta

una lengua envuelta:
  una firma tal vez un contrato tal vez
  un pago con difusión y el estómago bien abierto, supurando perdón

  perdón, antes que nada y que todo
  por lo que pienso decir y por lo que digo pensar:
  porque en lo que me tiembla la voz ya habrán muerto muchos

perdón por las vidas que he tomado a costa de la mía
por este descuento de los bienes públicos, por este desabasto per-
dón por esta atómica… explosión, creo
perdón por esta blanquitud
perdón por lo pulcro
perdón por la gracia, por el desdén perdón
por la historia, por mi historia perdón por
la desventaja
perdón por esta humanidad que cree que la naturaleza es silenciosa
para la calma

perdón por esta educación de-cadente de escuela pública que me
hace envolverme y afirmarte: la tierra está cansada así se ve
así la veo
así creemos en ti .

Cómo no pensar que el dolor se me puede quitar con siete duchas al
día cómo evitar la pirotecnia del catolicismo
y cómo pretender rezarse a una misma sin
que nos llegué a punzar la frente
y el cráneo
y el ombligo desatado

Todavía tengo el cordón fresco guardado bajo la lengua me
sabe a arroz
a maíz
a un montón de descomposición cárnica

Siento los ojos calientes porque perdí la noción del tacto los
devalúe para tragarlos pero nunca vomitarlos

Me deslizan una espada por la garganta
como a la víctima más experta
como si nada fuera
como si todo se pudiera desahogar con palabras de novenario.

Hubiera preferido cajas en lugar de estas bolsas de basura
aunque en estas bolsas de basura se puede guardar también el relleno de la almohada

preferencialmente de haber existido en mí la preferencia divina de poder preferir una situación sobre otra
hubiera preferido utilizar entonces maleta, no bolsas
aquí en esta ciudad se entiende que las bolsas son para las botellas y los cuerpos no para ropa y libros

hubiera preferido preferentemente
tener al menos, no sé, al menos, a lo mejor, al menos al menos un otoño completo para empacar
no este solo día único de diez horas para hacerlo, para empacar al menos, me digo
al menos puedo hacerlo me digo
tal vez sí tengo la preferencia divina me digo: puedo correr de aquí de esta camita basurero y ponerme a navegar en el aire

como los escapistas que se amarran los brazos
amarro la bolsa, todo lo que se amarre aguanta me digo me amarro entonces la cabeza
un nudo en mi cuello para que no se me separe del cuerpo me amarro la cordura
me amarro la preferencia divina mi perro ladra y pierdo el sentido
o no me cupo el sentido en la bolsa
no sé, tal vez el sentido se me asentó en mi camita basurero pero no lo extraño y mi perro sigue ladrando.

Israel Gallegos Olguín

Israel Gallegos Olguín (2004. Villa Purificación, Jalisco, México). Poeta y editor de Malayerba Ediciones. Estudiante de Letras Hispánicas por parte del Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara. Ha sido publicado en la antología: El juego de los espejos y obtuvo menciones honoríficas en el concurso literario del CUSur en la categoría de cuento y poesía (2024, 2025 y 2026), así como en Luvina Joven en la categoría de poesía (2024). Participa en talleres y eventos culturales en Zapotlán el Grande y es autor de la plaquette: Ornitorrinco Alado (2024) por parte de la editorial Libro de Arena. Colaboró en la FIL Guadalajara 2024 como mediador de poesía, y en 2025 como editor independiente. Ganador del segundo premio de poesía Pegaso Zorokin (2025) de la editorial Awita de Chale, como del segundo lugar en el concurso "Panteón Literario" (2025) y ganador del Concurso literario CUSur en la categoría de poesía (2026), además de ser becario del curso de creación literaria para jóvenes de la Fundación para las Letras Mexicanas en su XVII edición (2025).

El infierno es una ciudad demasiado dulce

Ciudad tan complicada, hervidero de envidias,
criadero de virtudes deshechas al cabo de una hora,
páramo sofocante, nido blando en que somos
como palabra ardiente desoída,
superficie en que vamos como un tránsito oscuro,
desierto en que latimos y respiramos vicios,
ancho bosque regado por dolorosas y punzantes lágrimas,
lágrimas de desprecio, lágrimas insultantes.
Efraín Huerta

I

Démonos cuenta,
el arte no es una presentación de libro,
un concierto, una danza contemporánea,
ni una mosca (o plátano) pegado a la pared.
El arte en su máximo esplendor
es un payaso albureando a su público infantil;
al frente de una biblioteca postapocalíptica,
al lado de una fuente grafiteada por las palomas (Olor del agua: cloro)
(Color: verde, más verde que cualquier árbol tapatío).
Al costado del burgerkín regalando sus coronas desechables.
Performans, el de la mujer limosneando

(con absoluto respeto, a usted humilde pasajero, ¿tendrá una monedita
que Dios le pague?
Una morralla que no afecte su nula economía).
Performans, el acto de buscar un consolador
para el mal agüero,
para el infortunio de la cesárea
que nos arrojó del cálido vientre,
dejando vacuo nuestro cordón umbilical.
Poesía, la del Jomles crí-crí
gritando: VAS Y CHINGAS A TU PUTA SANTA PADRÍSIMA MADRE,
como su único mantra, exclusiva meditación trascendental
para esa tiznada y ennegrecida puerta de la percepción.
Perfomans, era seguir a gritos (patitas pa que las quiero)
a la extinta leyenda del sexochenta.
Problemática filosófica allí mismo,
el mito del Sísifo que nunca pudo abrir la ventanilla reacia,
del camioncito necio que bailaba el pasito tun-tun.

II

Démonos cuenta.
Somos ciudadanos de la putrefacción,
agua fétida del lago de Chapala, y por más coprofágica que sea…
no dejará de ser agua, ¿A qué sí?
No finjamos, que los libros son más que hojitas;
se van volando,
para contaminar de palabras nuestra "obsidiana tapatía".
Me disculpo, porque esta basurita que se mete en tus ojos
no es suficiente para hablar de la sufrida callejera;
para debatir los errores de la polis
al borde del conflicto bélico
por un choque en López Ateos;
un choque de edulcorada realidad.

Soy un poeta y…
ganas no me faltan de vanagloriarme, decir:
“El diez por ciento de las ganancias de mi libro, serán donadas a:”
— Los portadores del VIH
— Los niños con cáncer, que para acabarla de fregar, son analfabetas
— Los perritos abandonados que inundan la calle de infecciones
— La niña vietnamita a la que le arrojaron ácido
— Todos los anexados del Cristo Vive
— Mis papás, que quieren una casa nueva
— (Inserte cualquier cosa que se le ocurra).
Sonaré extremadamente egoísta con este comentario,
pero a mí me gusta comer.
Me agrada cagar, orinar, reír, chillar, suspirar, decepcionarme, morir…
¿Soy artista? ¿O soy el nuevo nazareno?
Ninguno, soy un pobre muñeco de cartón humeado entre tantos incendios.
Mi mejor amigo se volvió el Aburrimiento, también su prima,
la Desesperación perfumada de cigarros decorados con ratas genocidas.
En ese juego de no pensar nada y solo ver a lo lejos,
se me ocurrió una manera de quejarme a gusto del mundo;
agarré mi libreta, una pluma,
y me puse a versificar mi propio aniquilamiento.

Ornitorrinco alado

Un ornitorrinco alado es algo entre curioso y feo,
podemos verlo con sus patitas venenosas
manchando los caminos inciertos del loco.
Verlo con su sonrisa sin dientes,
con su pico de pato cancerígeno,
con su pelaje de kiwi, color café veracruzano
nadando en el río de la templanza, la estrella y la luna.
Sus enormes alas son un medio de huida
para volar con sus amigos los cronopios
arriba de su lomo tornasolado,
tan rápido como las tortugas
que llevan tatuadas golondrinas en su caparazón.
Estos ornitorrincos suelen transmutarse en humanos,
igual de extraños, carismáticos, contradictorios;
siendo mamíferos y amamantando.
A la vez, incuban huevos,
semillas obsesivas que engendran el nuevo amanecer.
No se humedecen cuando nadan
(qué extraño oxímoron hecho ser vivo).

Curiosamente, unos cuantos son mis amigos,
uno de ellos eres tú
Chema

mi querida alma descarriada, que injustamente
fuiste mi amor más insufrible.
Penetras la manta con un aguijón
manejado por tus campesinas manos
hechas sólo para arrear vacas;
pero no
tú no naciste para las vacas exclusivamente,
naciste para trenzar con tus hilos
una mariquita de pasión homosexual.
No creas que no sé…
debajo de esa texana falsamente macha,
escondes el conejo
que algún día me darás.

Tessa, mi Tristessa…
eres como una reina sobajada al vulgo,
una minúscula estampa de una virgen borracha,
que me acompaña a construir
un palacio hecho con envases de caguama,
donde moldearemos nuestro propio príncipe o princesa
que nos haga creer en el amor ideal y romántico
(aunque sea pura ficción).

Emmanuel, ¿cuántas veces con tus pergaminos
hemos forjado una momia de Guanajuato?
De tantas veces, ya perdí la cuenta,
aunque todas fueran casi faraónicas o salomónicas.
¿Cuántas veces te has acostado con infinidad de marcianas?
Especialmente con esas de cuatro chichis,
para después inundar de ronquidos
mi castillo de papel cebolla.

Ya nomás me faltas tú,
Jordán, ¿qué no decir de ti?
Aparte de ser hermanos adoptivos,
nos regalaste al mundo nuestra pequeña esperanza,
una hija, mi sobrina, la pequeña que tendrá
un padre que no envejezca
como en los veintisiempre,
y no olvide los tiempos (cuando era libre, de verdad)
en los que se juntaba con jipitecas y anarquistas
que hablaban de ovnis y poesía.

Esa niña tendrá el mágico tío medio joto
que aparte de ser poeta,
es un ornitorrinco que viaja a la luna
la luna donde tú te miras.

Yo, vomito diarrea
Tú, vomitas serpientes
¿Qué es el vómito
sino algo que sucede con espontaneidad?
Casi improvisando,
casi un retrato del instante
en el que nos descubrimos;
cuando vi tu señal de pescado rabioso.

En el desecho dilucidamos la realidad
y de paso, nuestras verdades,
entre el hermano menor que nunca tuviste
y el hermano mayor que sólo vi en sueños.

Subimos a la azotea
a ver el eclipse que no cegó nuestras miradas
más bien las desempañó,

para ver cómo tú, yo, nosotros y todos
formamos parte de una pequeña estrella distante.

P. D. Las luces que saltan a lo lejos
No esperan que vayas a apagarlas
Jamás.

Me has devuelto el amor, porque tú vives de él

Cada uno conoce la muerte enmascarada por nuestro destino.
Enmascarada del perro que se ovilla al fondo de un pozo terrenal,
abrigado con una fina capa de cal, igual de blanquecina
y repleta de luz como la neblina que se condensa en sus ojos.

Yo conocí la muerte cuando una mariposa negra
se posó en la cabeza de mi madre coronada de flores obsesivas.
No recuerdo el instante, no conozco los detalles;
solo sé del frío punzante que amenazaba el hospital
sus salas encogidas por *lirios góticos*
que escupen chorritos niebla lila bajo las leyes del desconcierto.

Para protegerla de todo aquello:
en mi visita los peluches se arrebolaban entre mis brazos
formando la población de su camilla,
como si notificara su estado de diosa enferma
que despierta bajo el calor de los animales
y recuerda la eterna remembranza: de ella, de su hilo de vida,
colgaban no solo aquellos seres afelpados, sino mi hermana y yo.

Cuando yo me postré en una camilla con los pulmones violáceos
conocí el dado con el que la muerte sortea sus juegos de azar,
como al igual que en la guerra, decide quién se queda y quién no.

Poco a poco mis compañeros de batalla iban al quirófano
o a un abismo que era indescifrable para un niño
con el tiempo congelado entre su pecho.

La muerte. La memoria. El olvido. Lo recuerdo bien,
porque la incertidumbre es un recordatorio indeleble.
Por el desnivel en la sangre de mamá,
los puñales invisibles que la aprisionan,
por esa mañana en que no movió la mitad de su cuerpo,
por la vecina que le dijo que tenía la mitad del rostro paralizado.
La muerte es un momento atrofiado por la diabetes,
hipertensión, artritis y fallas pulmonares.

Un verso se tiñe por la máscara de la noche, la verdad de la tierra
los designios aciagos, la voz de los cuerpos perdidos,
pesadilla indescifrable, Caronte en lúgubre paisaje
que serpentea con su canoa un soplo negro
para las rosas blancas que reían sobre mi amor.

Hoy le regalaré a mi madre las mil y una noches
actuadas por una manada de gazapos
en esas palabras de estambre
dichas con un sentimiento desbocado
como la vida adhiriéndose al *esqueleto de suspiros gélidos*
como el pozo que contiene su abismo
con los *arroyos del Paraíso Terrenal*.

Cobijaré su pecho con yerba para que su corazón
sea un nido carente de agonía y dagas que atraviesan la médula
retoñando nuevamente las rosas en el camposanto
para que el cuerpo sea una crisálida que desnuda su tinta en alas del espíritu
como del moribundo se arranca la más bella palabra.

Luna María Cueva García

Luna María Cueva García, Guadalajara, 2005. Estudiante de Letras Hispánicas en el CUSur de la Universidad de Guadalajara. Durante la pandemia participé en el taller de Luvina Joven de escritoras hispanoamericanas. Ese fue mi primer acercamiento serio a la escritura de poesía. Más tarde, en agosto de 2022, tomé un taller con el poeta Luis Armenta Malpica, de donde nacieron los poemas con los que gané Creadores Literarios FIL Joven ese mismo año. Fui publicada nuevamente por la revista Vaivén en 2023, y en la antología Voces en el tiempo: 30 años Creadores Literarios FIL Joven en 2024. He sido finalista tres años de la revista Luvina en la categoría de Poesía. En 2025, publiqué el artículo académico "1492, Marte: Reverberación de la Conquista del Continente Americano en Crónicas Marcianas" en la revista Sincronía. Cofundadora del Círculo de Mujeres Oníricas.

Las niñas de ojos de zafiro

Las niñas de ojos de zafiro
se comen sus sueños
y los vomitan en baños de lujo.

Sueñan con arrancar de su cara,
las gemas del rostro
para nunca más verse.

Lloran diamantes
que cortan sus mejillas,
tiñendo de sangre
sus mofletes carmesís.

Tejen en sus caras sonrisas
que no alcanzan
al corazón que se esconde
tras sus pechos redondos.

Desde su garganta
rodeada por rubíes
venden consejos
que nunca siguen.

Y cuando se hacen pequeñas
para no ser vistas,
caen con pesar sobre ellas
miles de rosas
que las ahogan
en su perfume.

Manifiesto del no

Declaramos ante todos los versonautas
y las jirafas de alzados cuellos
que nos hemos cansado.
Hoy, aquí,
frente a todos los poetas
de gestos estróficos inclinados,
decimos que no.

Que no,
a todos los cuervos carroñeros
que esperan atentos la salida del sol
por la ventana de nuestras rodillas raspadas.

Que no,
a todas las moralidades mortecinas
que lloran piedras
en vías pavimentadas.

Que no,
a todos los sapos estrafalarios
que enroscan su lengua
en las cavidades del verso,
y pretenden rozar nuestro lóbulo
con la metáfora.

Decir que no,
que no se puede,
que queremos ser
antónimo de ego y destino.
Decir adiós,
ha sido un gusto,
ojalá no volvamos a encontrarnos.

Rememorias[7]

Las luces de las velas en la primera cita,
sombras en tu rostro de la noche vivida.

Tus labios sorbían champaña,
tus dedos destruían la flor
(sí, no, sí, no)
sin verme, me mirabas
consciente de mi afirmación.

Y cuando nos tuvimos, amada flor de histeria,
llorabas
    y reías.
Y yo en mi boca tuve
tus lágrimas
    tus besos.
Yo dueño de tu esencia,
            tus polos,
                y tus pétalos.

Pero llegó el otoño
a media primavera
y tu fragancia dulce
dejó a la muerte en vela

y de un soplo
t
  e
        d
          e
            s
        h
          o
            j
              ó

Regrésame el sueño

Todo lo mío que tengas
resguárdalo en el dorso de tu hipocampo,
pero regrésame el sueño,
que a ti de nada te sirve.

Nutre a los vástagos de tu caída
con el sudor de otros cuerpos,
piérdete en las montañas
y dale de beber a las nubes
versos, melodías de ira y vendetta,
orina en las espinas de Cristo
e imprime su hedor en el viento,
pero regrésame el sueño,
que a ti de nada te sirve.

Guarda en el cuello
extractos de la noche.
Te dije:
—ojalá te vaya bien,
que te crezca una estrella en las arterias

(crucé los dedos
para que el vórtice de un astro
te rasgase la carótida).

—que un renacuajo te bese los párpados
y te quedes ciego del gusto
—ojalá a tus versos
les crezca un mayo en el signo
y todos ardamos en llamas,
que el tacto de tus estrofas
deje cenizas en las mejillas.
Inhalé todo el humo de mis lisonjas,
y después dije:
pero regrésame el sueño,
que a ti
de nada te sirve.

Presas

Hablando con los especialistas
y todos los interesados
en la materia del río
que fluye del alma a los ojos,
encontramos un inconveniente.

Hablando con los especialistas
y otros *amateurs*
de los espíritus revolantes,
nos dimos cuenta
de que hay una presa
en mi epicentro.

Hablando con los especialistas,
busqué la configuración de la presa:
hallé un cúmulo de piedras,
vísceras filosas,
y recuerdos
que no se recuerdan.

Hablando con los especialistas,
me recomendaron entrevistar a los castores.
En la primera pregunta
les lloraron los ojos
de pura interrogación,
les creció una nube
en la crianza.

Hablando con los especialistas
intenté
abrir un hueco
en la presa:

la esterilicé
en alcohol
e intenté
prenderle fuego,

nadé
en ríos ajenos
de más profundidad
y más cauces,

jugué
el juego de la noche
y perdí
cuando era de mañana.

Hablando con los especialistas
expliqué
que las niñas
de ojos de sequía
no destruimos las presas,
sino que las coronamos con lirios
y atamos un listón
en cada piedra que llora.

Hablando con los especialistas
aprendí
a arrancar
una
a
una
cada roca
y dejar
que el río
f
l
u
y
a
dejar
que el río
f
l
u
y
a
aún con temor
a ahogarse.

Otros géneros

Mariana Camacho Cruz

Ganadora del XIV Concurso Literario "Luvina joven" en la categoría de "Luvinaria ensayo" con su texto "Hoy todo existe para culminar en una fotografía". Becaria del PECDA Jalisco 2025 en la categoría de Literatura con su proyecto "Archivo del derrumbe: escritura y fotografía para habitar la memoria". Ganadora del Premio al Estudiante Universitario de la Universidad Veracruzana 2026, categoría de Ensayo "Carlos Fuentes", por su texto "Enmarcar para observar". Se considera ensayista de tiempo completo, cuentista en sus días libres y poeta en proceso. Llora en la regadera y le teme a la fotografía.

La zumba: entre treinta módicos pesos y algo más que baile

Calentamiento: "Limbo" – Daddy Yankee: Marchar en el lugar elevando ligeramente las rodillas. Balancear los brazos de adelante hacia atrás. Subir ambos brazos al cielo y bajarlos al ritmo de la música mientras se mantiene el abdomen ligeramente contraído. Repetir la secuencia.

Recuerdo que, en tercero de primaria, como parte de una iniciativa pública, todos los días al regresar del recreo nos hacían leer al menos quince minutos. Yo siempre tomaba el mismo libro: uno donde el pato Donald explicaba la historia de la Coca-Cola (aunque ahora no sé bien qué tenía que ver uno con el otro). Siempre elegía el mismo, siempre leía la misma historia y siempre me sorprendía los detonantes de una sola acción: lo accidental convirtiéndose en popular. Así comenzó mi fascinación por los inventos inesperados, los casi accidentales.

En él, Donald contaba cómo, de ser apenas un jarabe medicinal, aquella mezcla, al combinarse con gas en lugar de agua, se convirtió en el gran producto que todos conocemos. Una sola decisión lo cambió todo. Un pequeño desvío, casi un accidente, transformó un remedio en un imperio.

Tal vez esa lectura obligatoria sobre la Coca-Cola no es, en apariencia, el tema de este ensayo. Pero lo que se me quedó no fue la marca ni el pato Donald: fue la idea de que algo mínimo puede alterar el destino

de una práctica entera. Me obsesionaba esa posibilidad: que lo cotidiano pudiera torcerse y convertirse en otra cosa.

Con el tiempo entendí que no todos los desvíos producen imperios. Algunos producen cuerpos que regresan tres veces por semana al mismo salón. Si los mejores inventos surgen por accidente, entonces la zumba (nacida también de mezclas improbables en apariencia) es el tipo de hallazgo que me interesa contar.

Comienzo de la rutina: "Bailando por ahí" – Juan Magán: Llevar dos rodillas al frente, derecha–izquierda. Girar hacia atrás en cuatro tiempos. Realizar una sentadilla baja con pulsaciones contando cuatro tiempos. Subir, respirar y repetir la secuencia.

En la Colombia de los años noventa, los aeróbics gozaban de gran popularidad. Sin embargo, un olvido fortuito cambió el rumbo de una clase (y después, de una industria entera): el instructor Beto Pérez olvidó llevar la música anglosajona que solía acompañar sus rutinas y, en su lugar, utilizó casetes de ritmos latinos.

De un solo descuido nació una mezcla de pasos de baile y técnica aeróbica que pronto se convirtió en el ejercicio predilecto de muchas mujeres latinoamericanas. Como sucede con varios inventos nacidos del azar, Pérez no tardó en registrar oficialmente la marca "Zumba".

La popularidad creció hasta convertirse en paisaje cotidiano. Hasta hoy, entre las cinco y las ocho de la tarde, basta caminar por un parque público para encontrarse con grupos de mujeres levantando rodillas, agitando los brazos y girando al ritmo de una cumbia o de "No soy una señora" de María José.

El modelo de negocio de Pérez (clases certificadas y videos con rutinas prediseñadas) pronto fue reconfigurado por sus propias clientas. Las mujeres que compraban los videos o veían los infomerciales comenzaron a impartir clases, multiplicando el fenómeno y, al mismo tiempo, creando comunidad entre quienes buscaban ejercitarse con ritmo y con un impacto más amable para el cuerpo.

Como la Coca-Cola, la zumba también se convirtió en marca registrada. Quienes se atrevieran a usar el nombre o replicar oficialmente sus rutinas podían enfrentar le peso de la ley. Sin embargo, la popularidad ya no dependía del fundador. De aquel accidente nacieron espacios de baile y goce donde no importaba si Pérez estaba de acuerdo o no: las señoras encontrarían un espacio para bailar.

Rutina: "La Mujer del Pelotero" – Merenglass Grupo: Llevar el pie derecho al lado y juntar; llevar el pie izquierdo al lado y juntar. Acompañar el paso con movimiento de caderas. Agregar brazos: subir uno mientras el otro marca el ritmo a la altura del pecho. Mantener durante cuatro tiempos, cambiar de lado y sostener durante ocho tiempos.

El fenómeno de la zumba terminó por instalarse en mi propia casa: mi hermana lleva más de tres años asistiendo a clases lunes, miércoles y viernes. Al venirse a vivir a Guadalajara, en busca de algún ejercicio, encontró un parque cerca de la casa donde las señoras de la colonia habían formado un grupo.

Durante ese tiempo la escuchaba hablar sobre los chismes de la zumba: los viernes de complacencias, cuando Ximena (la maestra) les ponía las canciones que ellas pidieran; los problemas con la junta directiva de la colonia que les rentaba el salón; la vez que descubrieron que la tesorera no había pagado por el espacio y se había ido a la playa con el dinero; los enojos de la señora Pamela con la señora Sofía por invadir su espacio de baile; o el desagrado de la señora Julia cuando Ximena ponía reguetón en lugar de las cumbias que tanto disfruta.

Mi hermana se había convertido en una más del grupo: compartía imágenes de buenos días con flores y Piolines, se marcaba con la señora María para chismear sobre la sesión anterior y no faltaba a ninguna posada o festejo.

A mí nunca me llamó la atención unirme. Siempre me he sentido incómoda con mis pasos de baile, y pensar en moverme frente a otras

personas me asustaba. Solo tres cervezas lograban que mi cuerpo se aflojara y que los demás desaparecieran.

Algo cambió antes de salir de vacaciones de Semana Santa del año pasado. Mi amiga Julieta me invitó a subir el Nevado de Colima y, después de una conversación con mi papá en la que criticaba mi falta de condición física, lo entendí: tendría que empezar a trabajar pierna o no lo lograría. Pagar más de quinientos pesos al mes en el gimnasio me parecía asfixiante para mi cartera de foránea, así que decidí acompañar a mi hermana y pagar esos treinta módicos pesos por clase. Sabía que las rutinas de baile no me darían la resistencia necesaria para subir el Nevado, pero por algo tenía que empezar.

En mi primera clase, las señoras que me duplicaban la edad me humillaron en ritmo, coordinación y condición. Yo, la más joven de todas, era la que se detenía cada dos canciones para tomar agua y, a veces, me quedaba parada en medio del salón intentando descifrar los pasos de Ximena.

A pesar de la humillación, el cansancio y la socialización forzada, entendí por qué mi hermana disfrutaba tanto ir: liberar endorfinas bailando era otro tipo de liberación. Era, simplemente, dejarse ir.

Descubrí que en ese salón no importaba la edad, sino la constancia. Las señoras no competían contra nadie; competían contra el cansancio, contra la rutina doméstica y contra los dolores de rodilla. Yo, en cambio, dejé de competir con mi propia vergüenza y comencé a disfrutar.

Rutina: "Desde Esa Noche" – Thalia, Maluma: Marcar la cadera hacia atrás. Elevar las manos. Mantener durante cuatro tiempos y cambiar de lado. Incorporar un perreo breve y medido. Repetir la secuencia.

Yo había llegado creyendo que la zumba era solo ejercicio; ellas sabían que era algo más. Con el tiempo entendí que ese salón era uno de los pocos lugares donde podían quitarse de encima los nombres que les habían sido asignados. Afuera eran "mamá de", "licenciada", "esposa

de". Nombres útiles, nombres que ordenan, que sitúan y que responden a alguien más. Allí, en cambio, esos nombres se quedaban en la puerta.

Me pregunto cuántas veces al día somos llamadas desde afuera: por el trabajo, por la familia y por las expectativas. La identidad, casi siempre, llega en segunda persona. Es otro quien nos nombra. Despojarse de esos nombres en colectividad (reunirse tres veces por semana para sudar bajo una bocina prestada) me parece un gesto mínimo y, al mismo tiempo, profundamente político. Durante una hora dejamos de responder.

En la lógica productiva que organiza nuestras semanas, una hora dedicada únicamente a sudar y bailar parece un lujo. No produce dinero, no cuida a nadie y no resuelve pendientes. Parece no servir para nada y, justamente por eso, sirve tanto.

Durante esa hora no somos función ni vínculo. Somos cuerpos en movimiento: sudorosos, coordinados y libres. La música no solo marca el ritmo; interrumpe la vida cotidiana. Nadie nos necesita mientras el reguetón retumba.

Y aunque, a diferencia de ellas, mis nombres todavía no incluyen hijos o nietos, ni las mismas responsabilidades laborales, también yo llego cargando etiquetas: estudiante, foránea, futura profesionista, promesa incierta. Pienso en el dinero, en la maestría (pero solo si hay beca), en el bloqueo creativo, en la violencia que atraviesa la ciudad, en el mensaje sin responder. Pienso en quién debo llegar a ser.

Hasta que dejo de pensar.

Durante esa hora no soy proyecto ni expectativa. No soy lo que vendrá. El cuerpo ocupa el lugar del nombre. Y eso, en un mundo que nos quiere siempre disponibles, funciona como forma de detener la vida mientras movemos el cuerpo juntas. El cuerpo detiene el flujo de pensamientos y se deja ir con las vibraciones de la música.

Rutina: "Bailan Rochas y Chetas" – Nene Malo, Magenta: Llevar el talón derecho al frente. Cambiar hacia atrás y cruzar por detrás. Aplaudir y repetir del otro lado. Subir los brazos y empujar hacia

atrás mientras se mueve el abdomen. Repetir después del verso "rakataka, taka, taka, bum, bum, bum".

Esa hora no se resume en saltos de banda, giros de cumbia y perreo de reguetón; la zumba también es resistencia física y memoria muscular. Al ser conocida popularmente como un ejercicio "para mujeres" (y, más específicamente, para señoras), suele desestimarse su exigencia corporal. Cada vez que digo que por las tardes hago zumba, alguien responde que es "solo baile". Pero cualquiera que haya bailado toda la noche en unos quince años sabe que no se trata de un esfuerzo ligero.

Más que baile, Ximena nos encarga llevar palos de escoba, banquitos de plástico, mancuernas, ligas, pelotas o cualquier objeto que tengamos en casa para complementar la rutina. Desconozco cómo sean otras clases (y pensar en la diversidad entre ellas es algo que me gusta), pero en la nuestra esas variaciones añaden complejidad y resistencia a lo que muchos reducen a "moverse al ritmo de la música".

En un estudio de la Universidad de Harvard que encontré mientras buscaba argumentos para defender mi "solo baile" se explica que la combinación de música y movimiento no solo produce ejercicio físico, sino que fortalece las conexiones neuronales. Coordinar pasos, anticipar cambios, sostener el ritmo y hacerlo en interacción con otros cuerpos implica un trabajo mental constante. A diferencia de actividades más individualizadas, el baile colectivo activa memoria, atención y vínculo social, factores que incluso se asocian con la reducción del deterioro cognitivo. Me gusta pensar que esa explicación científica llega tarde: ellas ya lo sabían con el cuerpo.

Quizá por eso la clase está habitada, en su mayoría, por mujeres mayores. No llegan ahí para entretenerse; llegan porque el cuerpo que se mueve también se conserva y se expande. Y es verdad: las veteranas son las que mejor se mueven. Son ellas quienes permanecen más tiempo en sentadilla baja con pulsaciones; quienes cambian del paso básico de cumbia a la variación con brazos arriba sin perder el ritmo; quienes sostienen la energía cuando las demás ya no podemos.

Lo que más me sorprende no es su condición física, sino el prejuicio que la rodea. Nos enseñaron a pensar que la juventud garantiza fuerza y que las señoras bailan para pasar el rato. Pero ahí, en medio del salón, la jerarquía se invierte: el cuerpo experimentado resiste más, coordina mejor, no se rinde.

Recuerdo el día en que supe que escribiría sobre esto. La junta directiva de vecinos que coordinaba las actividades del salón atravesaba por cambios políticos y, al quedarnos sin el espacio, María ofreció su casa, a unas cuadras de la locación anterior. El espacio era una azotea pequeña, con piso rojo impermeabilizado para las lluvias. A pesar del cambio, nadie dejó de asistir. Si acaso, parecíamos más. No sé si eran tantas las ganas de bailar, de moverse o simplemente de verse, pero ahí estábamos: haciendo rueda, marcando la cumbia con el "eh, eh, eh", aplaudiendo al unísono.

En ese momento entendí que lo que ocurría iba más allá de lo que enumera cualquier estudio. Había algo ensayístico en esa insistencia por permanecer bailando y ejercitándonos juntas, incluso cuando el espacio cambiaba.

Enfriamiento: "Te lloré un río" – Maná: Colocar los pies separados al ancho de las caderas. Inhalar profundamente levantando los brazos al cielo. Exhalar bajándolos lentamente por los costados. Repetir cuatro veces. Balancear el cuerpo de lado a lado suavemente al ritmo de la música.

Al final, no fui al Nevado de Colima y a mi hermana le molestaría si digo que soy siempre constante con el ejercicio. Pero en la zumba encontré algo distinto: un espacio donde me siento más cómoda con mis movimientos fuera de las cuatro paredes de mi casa y sin necesidad de esas tres cervezas. Un espacio donde puedo detener el tiempo, despojarme de las ideas que me atormentan y donde la vida pesa un poco menos.

Ahora tengo amigas en el barrio, mujeres que me encuentro en la tienda y que me saludan preguntándome si este lunes voy a ir o si la

tarea me dará tregua. Ya fui al Aurrerá a comprar mi pelota y desarmé mi escoba para la siguiente clase, con la esperanza de que la rutina apretada me deje escuchar la canción que le pedí a Ximena en el viernes de complacencias.

Entre los inventos accidentales, la zumba es mi favorito. No necesita de anuncios navideños apelando a la sensibilidad familiar para crear una comunidad. A diferencia de la Coca-Cola, la zumba permanece por sí sola.

Mayra Briones Hoch

SEMBLANZA

Don't dream it, be it

Sábado 29 de junio de 2024 y le estoy mandando mensajes al Dorian por Twitter, que me dijo que me esperaría atrás de la estación Los Leones de la línea seis, línea que no me tocó conocer hasta mi última visita a Chile. Era la primera vez que lo veía en persona, y aunque bajo mi criterio considero que planeé un panorama entretenido para nuestra primera salida, me era imposible no sentir preocupación a que algo saliera mal.

Lo vi esperándome afuera del Ryoma Ramen después de darme mil vueltas por la zona como niño perdido buscando la cálida mano de mamá, con esa angustia creciente que me hacía dudar si el lugar, la fecha, y hora de la juntada era la correcta. O si Dorian no era un invento de mi imaginación, un bot ruso con el que llevaba intercambiando mensajes durante tres años, o un groomer. La confirmación de que no me había juntado con un viejo verde de internet me dio un poco de seguridad, y la primera cosa que le dije después de saludarlo fue "No te

imaginaba alto". (Era mentira, yo ya sabía que era alto, pero no se me ocurrió algo menos cliché para romper el hielo).

El Dorian y yo nos conocimos alrededor de 2021 rondando por espacios online dedicados a la discusión de anime, una época ciertamente complicada para quienes nos tocó encerrarnos a medio año escolar mientras una parte de la población caía como moscas, en texto suena cruel, pero era la realidad. En ese entonces mis más grandes problemas eran pelearme con gente con opiniones contrarias a la mía respecto a la supuesta sexualidad de un dibujito animado, citar en candado a randoms que había jurado como enemigos mortales con el único fin de provocarles ataques de ansiedad, y el moho de mis paredes que me estaba generando esporas en el cerebro, pero eso es cuento para otra ocasión.

El plan era ir a dar una vuelta por Dos Caracoles y después hacer hora para ir a la función de Rocky Horror Picture Show en el Nexo. Bueno, con completa honestidad el plan inicial de ir al Nexo lo había hecho con mi tía, pero se tuvo que bajar a último momento y me regaló su entrada, así que aproveché de decirle al Dorian, que nunca había visto Rocky Horror, que si quería ir. Al menos yo sabía con certeza que no había forma de que me la fuera a perder.

Tuve que darle la incómoda explicación, El Nexo es un cine porno, bueno, no como tal, es un cine porno de día, y durante toda la semana… Pero, los fines de semana en la noche dan películas de culto, es el Batman de los cines under en Santiago de Chile, más cochino y degenerado que el Cine Arte Alameda y el Normandie, pero no por ello menos noble, simplemente hay que entrar y no fijarse de sobremanera en si el asiento está mequeado o no, y todo estará bien.

En cuanto a la película que le iba a hacer experimentar por primera vez (y me emocionaba de sobremanera saber que iba a poder ver en tiempo real a alguien tener esa experiencia única, que yo como aficionado ya no podía volver a sentir), le conté que era un musical que parodia la historia del Dr. Frankenstein, pero con aliens travestis y transexuales del planeta Transilvania, no confundir con la ciudad Ru-

mana, hogar de los vampiros. No hay vampiros en el show de horror de Rocky, o pudieran haberlos, ahí todo es posible. El elenco estaba conformado por iconos de la época como Tim Curry, Richard O'Brien, Little Nell, y Meat Loaf. La historia retrata a una joven pareja blanca y heterosexualemente comprometida, que por azares del destino terminan varados en el castillo del peculiar científico Dr. Frank-n-Furter, quien los invita a presenciar su más nuevo invento: el hombre ideal. El Dorian solo contento "suena bacán", pero creo que en ese momento no le tomaba el verdadero peso a la obra maestra que estaba a horas de ver.

The Rocky Horror Picture Show se estrenó en el año 1975, y aunque inicialmente fracasó rotundamente en taquilla (era un fracaso de esperarse con una premisa tan aventurada), con el paso de los años fue ganando su merecida apreciación entre el público que retrataba: la gente freak, la gente queer, los fans del horror y la ciencia ficción, los defensores de la sexualidad libre, y los apasionados del arte kitsch. Una de las cosas que mantuvo vigente al filme fue la cultura performática que se formó alrededor de este. Fans de la película se caracterizaban de los andróginos personajes de pieles pálidas en paños menores, y mientras corría la cinta actuaban la película a tiempo real, haciendo *lipsync* de las escenas y canciones más icónicas.

La presentación a la que íbamos a ir permitía este carácter interactivo. Se tendría permiso de que los espectadores cantaran, gritaran, bailaran y aventaran cosas. En el anuncio indicaba que se nos otorgaría un paquete de objetos para hacer la interacción más inmersiva: pistolas de agua, matracas, guantes de látex, rollos de papel higiénico, bolsas de arroz, cartas de poker, etc. Mientras tanto, aquellos que fueran disfrazados se les cobraría el boleto a mitad del precio original. Yo no pude conseguir mi disfraz de Magenta a tiempo, la verdad es que en Chile era pleno invierno, y venía recién saliendo de un intenso resfriado. Y salir en mi primera juntada con mi amigo de internet con traje de mucama en retrospectiva sonaba a fantasía pornográfica de 4chan, no importa cuantas vueltas de lógica se le intente dar. Para la próxima.

Pasamos a comprar unos snacks y tomamos el metro hasta el centro de Santiago, haciendo transbordo en Baquedano. En lo que esperábamos al siguiente metro empezamos a ver como bajaban a la estación grandes grupos de personas con maquillajes exagerados, cabellos coloridos, y banderas atadas al cuello; gente de apariencia muy disidente, vaya. Así es la gente de mi colectivo, difícil de pasar desapercibida. Era raro pensar que toda esa gente fuera a la función de Rocky, pero teniendo en cuenta de que si ves a mucha gente de género no-identificable junta, algo tiene que estar pasando, nos volteamos a ver, y cayendo en cuenta de la fecha nos hizo click a ambos; había sido la marcha del orgullo, y esas personas se iban de regreso a su casa. Ni Dorian ni yo nos habíamos enterado que iba a ser ese día, y una vez ya estábamos en dirección hacia Plaza de Armas nos sentíamos como los únicos que realmente estaban fuera de lugar.

Fuimos los primeros en llegar al Nexo, pero no por ello los primeros en pasar, ya que después de darnos cuenta de que nuestras entradas no nos aseguraban que nos dieran el paquete completo, nos vimos forzados a formarnos detrás de un montón de gente disfrazada y empelotada en plena noche invernal en Santiago centro, un acto de valentía que a mi nunca se me hubiese ocurrido. Había gente tomándose fotos, una muchacha vestida de Janet, otre de Rocky, con un traje de abdominales falsos, una pareja que venía de Columbia y Eddie, y por supuesto, un montón de Dr. Frank-n-Furter en todas las presentaciones posibles, de bata verde, en corset, con boa de plumas. Sombra azul, labios rojos, mallas hasta las rodillas y tacones de aguja. Algunos de los marchantes también estaban ahí formados, con sus pañoletas atadas a la muñeca y un montón de pines en sus mochilas y ropas. Caras y cuerpos pintados de glitter. Es difícil para mí estar en un lugar y sentirme regular, pero en mis jeans y suéter esta fue la excepción, sentí que había algo que me estaba perdiendo, como ir a una alfombra roja en pijama, solo que esta vez era gay, muy gay.

Una vez dentro, con nuestras bolsas de misceláneas y nuestros stickers de regalo, antes de que iniciara la película se escuchó una es-

truendosa alarma desde la entrada. Miradas voltearon y el Dorian y yo vimos como caminaba hacia nuestro lado un diablo drag queen sosteniendo un megáfono. Se paró hasta al frente y nos saludó a todos los espectadores, explicó un poco de la dinámica interactiva de la proyección, y habló sobre la importancia de la resistencia y el arte queer, y que obras como estas siguieran siendo un refugio para los marginados. Hubo un concurso de gemidos para ganar una cinta del filme, y todos gritamos para nombrar nuestro voto. Al final se la terminó ganando un muchacho vestido de Brad. Inesperado, por decir lo de menos. Risas no faltaron.

Se apagaron las luces y aparecieron los labios rojos en la pantalla que nos introducirían al alocado universo en el cual nos íbamos a sumergir por una hora cuarenta. Canté *Science Fiction/Double Feature*, y de reojo podía ver como Dorian, a pesar de no saberse la canción, intentaba seguirle a la letra. Tiramos el arroz en la escena de la iglesia, cantamos Damnit, Janet entre todos. Nos disparamos agua con las pistolas de juguete y prendimos las cámaras de nuestros celulares mientras Brad y Janet cantaban O*ver at the Frankenstein Place*. Al momento de *The Time Warp* le dije al Dorian que nos teníamos que parar, porque esa canción se bailaba, y me siguió los pasos, aprendiéndosela en pocos intentos, entre risas porque nos daba vergüenza y gracia movernos tan raro, sabiendo que todos los demás estaban en la misma sintonía. Para *Sweet Transvestite* el más producido de todos los Frank-n-Furter se paró en frente a darnos un show, mismo caso con el Rocky de los abdominales plásticos en *Sword of Damocles*, y luego los dos en conjunto para interpretar apasionados *I Can Make You a Man*. De nuevo nos paramos a bailar un improvisado twist en *Hot Patootie / Bless my Soul*. De a rato sentía un poco de envidia por no tener mi disfraz de Magenta, y no poder participar en la performance de la película, especialmente en la parte de *Touch-a, Touch-a, Touch Me*. Me veía a mi mismo del otro lado de la pantalla, dándole un lipsync a todo el público, sus ojos en mí. Siempre me pasa eso, cada vez que veo una obra, o una danza, o un concierto; quiero ser yo la persona en el escenario viendo al público. Y

siempre me digo, la próxima vez seré yo, la próxima vez me atreveré a pararme ahí. Eso nunca ocurre.

La película iba llegando al final cuando comenzó a sonar *Fanfare / Don't Dream it*, y para ese punto hubo en cambio en la vibra de todos los espectadores. Otro Frank-n-Furter se paró a hacer lipsync:

"¿Qué le pasó a Fay Wray? Ese delicado marco de satén, mientras se aferraba a su muslo empecé a llorar, porque quería estar vestido igual".

Sentí que las palabras en ese momento estaban golpeándole en el corazón a muchos de los presentes, ya había dejado de estar atento a las reacciones de Dorian, pero sabía que en el fondo ambos estábamos en la misma sintonía. Entonces Dr. Frank-n-Furter empezó a cantar su slogan *Don't dream it, be it*, No lo sueñes, selo. Y me hizo pensar en cómo no me enteré que ese día era la marcha del orgullo, y como en toda mi vida nunca he ido a una marcha, nunca me he permitido ser parte de algo. *Don't dream it, be it*. No lo sueñes, selo. El resto de personajes, actores que jamás se habían conocido compartieron múltiples besos mientras actuaban la intensa y desordenada orgía en la alberca. *Don't dream it, be it*. No lo sueñes, selo. ¿Cuántas veces en mi vida no me he permitido serlo? ¿Cuántas veces me he feminizado por la comodidad de otros? ¿Cuántas veces me he callado cuando alguien me habla por un nombre con el cual no me identifico? *Don't dream it, be it*. No lo sueñes, selo. ¿En qué momento, y cómo uno deja de soñarlo, y empieza a serlo? Hay tanto que perder en el proceso, pero según cuentan, hay más que ganar, ¿Pero cómo saberlo? Ese día salí del Nexo con una revelación casi religiosa, y también con una crisis existencial. Tengo que empezar a serlo, de alguna manera u otra.

Mi mamá nos recogió a la salida, y ahí fue cuando me di cuenta que no le he sido sincera ni un solo día de mi vida. Al subirme me habló por el nombre que ella me dio, un nombre que era desconocido para Dorian, y al salir me preguntó que por qué Dorian se hacía llamar así. No supe como responderle, porque creo que en el fondo sabe cual es la

respuesta, y solo está esperando que yo se la diga. ¿Cuánta gente llegó a sus casas esa noche, se quitaron el glitter, el disfraz, las banderas, y dejaron de serlo? Claro, por más que uno se desnude, jamás deja de serlo. Siempre está ahí, en un lugar recóndito de la mente, ese sentimiento de que algo no te permite ser más de lo que deseas ser, un impedimento, un sueño lejano, casi imposible de cumplir. Mientras más pasan los años más se me complica dejar de soñar, y empezar a serlo, pero para citar otra película de cine queer más reciente: *There is still time*. Aún queda tiempo. La pantalla de la tele no deja de brillar, aunque voltees la vista, aunque cierres los ojos, aunque desconectes el cable.

The worst toilet in ~~Scotland~~ Guadalajara
Mayra Briones Hoch (Maxxie)

Parte uno

Una de mis más grandes y peligrosas mañas es el pudor que me genera el baño ajeno. Defino baño ajeno como cualquiera que esté en una casa que no sea la mía, y no al noble e incomprendido baño público. De esos que, después de una tarde de risas y múltiples bebidas, vas a preguntar en qué rincón de la casa se ubican, y la respuesta siempre es algo como "Dos puertas hacia la derecha". En ese mismo momento hay un colapso en mi cerebro y ya no puedo diferenciar la izquierda de la derecha, y de repente no sé contar del uno al dos. Una vez que me posiciono frente a la puerta indicada, o la cual creo que es la indicada, empieza mi delirio obsesivo, y me paro como tonta a preguntarme, ¿y si no es aquí?, ¿y si está ocupado?, ¿y si abro un portal a otro universo, o revelo un secreto familiar que no me toca a mi desmantelar? Entonces toco un par de veces, y no recibo respuesta alguna. Pregunto con un hilito de voz ¿Hay alguien? Está ocupado? Y cuando acepto que no va a haber respuesta con mucho miedo volteo el picaporte y para mi gusto está completamente vacío y con una limpieza que hasta me causa envidia. Las luces siempre están escondidas en lugares estratégicos para que uno se dé

mil vueltas y presione mil botones, hasta que le da a la correcta. Cierro la puerta con llave porque soy muy cautelosa, pero eso no me hace sentir protegida en lo más mínimo, mi cuestionamiento sigue rondando cuando me abro el cierre de los shorts con desespero. ¿Y si alguien abre la puerta?, ¿con qué tono de voz voy a decir que está ocupado?, ¿y si tapo el baño?, ¿y si no hay papel?, ¿y si ya no puedo quitar el seguro y me quedo encerrada? ¿Y si sale un sapo, una rata, o una serpiente del escusado y me muerde la cola? Un momento que debería ser liberador se vuelve una absoluta tortura psicológica. Por eso, por más cariño y confianza que le tenga a alguien, evito entrar en su baño e irrumpir en su espacio más íntimo.

Pero esta manía me ha salido más veces mal que bien. La primera vez que vine a Guadalajara me quedé en casa de mi amiga Zamara, y su hermana Tamara, a quienes nos vamos a referir como Z y T con tal de evitar confusiones fonéticas. La amistad entre Z y yo se remonta a años preparatorianos en la costa pacífica. Quiero creer que nos tenemos mucha confianza, ya que nos hemos visto la una a la otra en nuestros momentos más flop y cringe. Deberíamos, en teoría, tenernos la confianza suficiente para que yo pueda pararme de la cama a media plática y anunciar que voy a usar el baño, que ella me indique donde se encuentra este, y que todo fluya de manera natural. Pero eso no pasa, porque soy terca con mis manías, y estas me llevan a tomar malas decisiones.

El segundo día de mi estadía en Guadalajara Z y T me llevaron a conocer el Parque Rojo, querido Parque Rojo, descansa en paz Parque Rojo, te extrañamos Parque Rojo. Mi papá cree que el Parque Rojo se llama así porque es un parque lleno de comunistas, no está tan equivocado. Parque Revolución, entre Juárez y Federalismo, una semana fui contigo y estabas abierto, a la siguiente estabas cubierto de cinta amarilla y ni un alma se paseaba por tus alrededores.

Lo que me gustaba del Parque Rojo era su jovialidad. La mayoría de puestos y emprendimientos son manejados por muchachos que venden ropa usada, intervenida, o directo de aliexpress, comida de dudosa

calidad, libros pirateados, artesanías, y juguetes sexuales. Era un espacio para las disidencias, para las feminidades, para la denuncia. Ahí no escuchabas quejas sobre la protección hacia las paredes y los monumentos contra la peligrosa pintura en lata. Podías quedarte a ver a lxs vogueras hacer intensas batallas de baile, tirándose al piso con pasión, a emprendedores, a protestantes, a gente que vendía brownies de marihuana horneados por el mismísimo demonio, y una vez vi cómo unos policías golpearon a alguien y lo subieron a una patrulla. El paraíso, vaya. Lo único que no tenía, o tenía, el maldito Parque Rojo, eran baños públicos.

Propongo un nuevo proyecto en nombre del "progreso", y es que en vez de clausurarle a la gente su espacio seguro de reunión y desarrollo social, solo por el bien de aquellos que vayan a venir al país a causa de la Copa Mundial 2026, pensemos primero en las necesidades básicas de aquellos que habitan esos espacios, no lo encuentro muy alocado. Me parece indignante que en un lugar donde hay tanta gente reunida durante tantas horas, todos los días de la semana, no haya ni un solo lugar para orinar. Eso era lo que me pasaba por la cabeza mientras me preguntaba cómo iba a decirle a Z que me ardía la vejiga por andar aguantándome. Culpa mía, ¿a quien se le ocurre desayunar una tapioca y una botella de agua ciel de litro? ¿Dónde quedó la nutrición, la pirámide alimenticia?

El baño público no me causa tanto pudor. Creo que es un espacio perfecto para hacer comunidad, porque todos los participantes se encuentran en la misma y vulnerable situación, todos caminan dudosos y con la mirada hacia abajo eligiendo un cubículo desocupado. Cada persona vive en su propio mundo, preocupada de no aturdir a otros, es el máximo lugar de respeto, ya ni en la iglesia existe tanta vergüenza y culpa. Si hubiera un baño público en el Parque Rojo, con toda su comunidad reunida, sería el lugar más bello del mundo. Los turistas aficionados al fútbol estarían fascinados con el y se sacarían selfies junto a las tazas y los lavabos con el hashtag #WorldwideToilet..

No resistí seguir pretendiendo que todo estaba bien, mientras Z y T estaban sumidas en su mundo de compras y vueltas por el parque tuve que darles la noticia. No mames, ¿es enserio? Preguntó Z, y yo asentí. Me sentí como cuando era una niña y mi mamá me regañaba cuando me andaba del baño, jaloneándome del brazo por todos lados con mucha rabia por interrumpir sus trámites adultos. Lo que más me daba vergüenza era la reacción de T, a quien no le tengo mucha confianza, y siempre he intentado impresionar torpemente para ganarme su aprobación. Z dice que a T por lo general no le agradan sus amigas, que soy la única a la que tolera, y mantener las cosas así es muy importante para mí.

Donde fuera que preguntáramos la respuesta era negativa, se me hacía que la gente simplemente no me quería dejar pasar porque sí, quizás veían en mis ojos mi no-pertenencia a la ciudad, mi no-pertenencia al Parque Rojo. Sabían que yo era una turista más. Me desesperé y rendida les dije: Ya no importa, me aguanto, sigamos. Y ellas No, como crees. Terminamos en un local de Herbalife donde Z y T preguntaron por unas barritas, y Dios dijo, te he dado muchas oportunidades para enmendar tus errores, pero sigues sin aprender, esta será una prueba que tendrás que superar con valentía. El señor que atendía me dejó pasar a su baño, y yo no me tomé la advertencia de Dios en serio, segundo error.

Tuve que pasar por una pequeña puerta detrás del local, la cual daba a un largo pasillo. De principio ya sonaba medio turbio el asunto, pero cuando llegué al final del pasillo y me encontré con una sala de reuniones, una mesa larga al medio del salon, con sillas recubiertas de una tela blanca, y copas de vino volteadas sobre el mantel negro fue que pensé Ya fue, me acaba de secuestrar un culto, me van a sacrificar y van a beber de mi sangre en esas mismas copas. La situación en sí era bizarra, estaba en una ciudad desconocida, recién familiarizándome con lo que sería mi futuro, me metí a un salón de eventos que estaba detrás de un local donde vendían Herbalife porque me andaba miando. El piso de los baños estaba mojado y lleno de tierra, nada que ver con la

pulcritud ocultista del salón, pero lo que me esperaba en dentro de ese cubículo fue peor que cualquier pesadilla que mi mente pudo haber maquinado durante noches intranquilas después de cenar mariscos, o algo así.

Crucé la pequeña puerta de regreso para encontrarme a Z y a T esperándome con sus barritas de proteína. Siento que pudieron notar mi rostro palidecido y el cambio en mi aura. Z preguntó que cómo me había ido, pero primeramente me urgía salir de ese lugar antes de poder contestar, una vez afuera me volteé hacia ella y le susurré con la voz temblorosa.

—¿Alguna vez has visto la de *Trainspotting*?

Estalló de risa, yo acababa de vivir el momento más traumático de mi vida y ella lloraba a media calle de carcajadas, corrió a contarle lo que había dicho a T, a quien también se le hizo increíblemente chistoso, y yo terminé riéndome igual, riéndome para no llorar. Z todavía me dice que cuando T se acuerda que entré al baño de Trainspotting le ganan las carcajadas. Creo que ya no existe ese local de Herbalife, quizás porque el modelo económico del Herbalife atenta contra el carácter sincero del emprendedor promedio del Parque Rojo, o quizás porque desmantelaron el culto secreto que yo encontré ahí, y la supuesta remodelación del Parque Rojo en realidad es una cortina de humo que esconde una red de corrupción. Todo es culpa del Herbalife, por albergar el peor baño en Guadalajara. Ahora solo me queda esperar que cuando vuelvan a abrir el Parque Rojo no se llene de gringos y europeos color mantequilla probando por primera vez el tejuino, porque falta van a hacer baños para atender a sus necesidades fisiológicas, y todos van a tener que vivir lo que yo viví ese día. Deuda histórica, supongo.

Segunda parte

Como no puedo dejar nada tranquilo en esta vida hago acto de presencia para otorgar una actualización. Así es, eso es lo bello de este género, que cada texto existe dentro de la temporalidad en la que fue escrito y

por ende cada crónica con el tiempo se vuelve literatura histórica, una pieza que documenta el pasado. Estos traumáticos hechos narrados ocurrieron por allá en el año 2023, y resulta que a día de hoy me vengo a enterar, en nuestro bendito año dos mil veintiséis, que ahora resulta que el Parque Rojo ya tiene baños. ¡WOW! ¿Quién se lo venía venir? Resulta ser que la vejiga extranjera tiene más valor que la local. No es como que lo predije ni nada, no, no, no. No lo advertí. Yo tenía un atisbo de esperanza de que al menos iba a ver frente a mis ojos una epidemia de infecciones urinarias que revindicarían mi estrés post-traumático, pero al parecer el fifas promedio no es ni la mitad de valiente ni resistente como yo lo fui. No hay tianguis pero, ¡ey! Hay baños. El Parque Rojo es ciudad fantasma, no queda un rastro de la vida que habitó en esos momentos, ¡pero se puede mear! ¿No es esto un enorme paso para la Zona Metropolitana? Digo, solo falta que arreglen el deficiente transporte público, que las calles no estén todas ojetes, que la ciudad no parezca que la construyó un chamaco en el SimCity, mejorar las medidas de seguridad, bajar la tasa de crimen y de acoso callejero, que las calles no huelan a cagada, que no se inunde la ciudad en épocas de lluvia. Pero poco a poco, señores, poco a poco. Gracias Copa Mundial de la FIFA, por otorgarnos a los tapatíos de la ZMG el derecho al BAÑO. No supimos apreciarte bien.

Ximena Aragón

Fue una Ford Ranger 2005

La acababan de lavar. Hermano y yo nos acercábamos a las puertas y le sacábamos la lengua a esas cosas que eran como nosotros. Nos gustaba abrir más los ojos y ver cómo se deformaban en la imagen y se fundían con el cono que se hacía la parte de abajo de nuestras caras.

Era tan temprano que parecía que alguien iba a llegar a tocarnos los hombros y decirnos Oigan, ya despiértense, ya casi nos tenemos que ir.

La luz ámbar que llenaba la cocina daba sueño cuando todo era así de negro en el día. Nos sentamos a la mesa. Mamá tomó nuestros vasos, uno de Barbie y otro de Max Steel, y les rompió la cáscara a dos huevos. Dijo Agradézcanle a Dios. Y batió con un tenedor. El amarillo y café de chocolate fortificado hacen un naranja como de corte limpio en la piel de un animal.

Luego dijo algo en voz baja, como siempre, y escupió. Un espesor blanco cardumen de bacterias de Mamá, que, según ella, era para protegernos. Movió los vasos en círculos y nos los puso frente a los ojos.

Hay niños en África que se están muriendo de hambre. Decía eso como una amenaza para matarnos. Dejarnos sin comida. U obligarnos. Aplastar a las gallinas sobre nuestros labios cerrados y hacernos masticar. Plumas y todo. No sabíamos cuándo iba a llegar con vasos de agua para empezar a desnutrirnos. Agua y baba de Mamá para protegernos y desaparecernos. Repetía Recen. Tómense todo. Recen. Tómense todo. La boca me sabía a cloaca de madre triste. Sus hijos se quedaron atrapados en los desayunos de dos niños. Y Hermano y yo nos los pasamos con ese polvo dulce diluido en leche y agua. Recen. Tomen. Recen. Hacia el final sorbimos para que no quedara nada y ella no nos hiciera cara de son unos malcriados. Para pensar en esos pobres niños y agradecerle a Dios. Gracias, Dios, que siempre nos llenas de proteínas para seguir vivos. Gracias, Dios, por Mamá que tanto nos procura.

Después una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Cadáver abierto por la mitad. Huesos y espinas de charco de mar muerto. Un charco muerto y machacado que viajaba por la garganta. Amén, amén, amén. A Mamá le gustaba vernos tragar ese líquido. Ver nuestros cuellos expandirse y contraerse. Ver que nos llenáramos de vitaminas y minerales. Amén.

Salimos y la vimos ahí. Limpia. A esa hora que era como la noche, Camioneta parecía un ojo oscuro que brillaba. Siempre me imaginé que las puertas eran como sus párpados sin pestañas y que nos dejaba entrar para vivir en las partes más resecas de su cerebro. La veíamos hacia arriba. El ojo que todo lo ve. Que ve más allá. Que está en todas partes al mismo tiempo. Ojo de máquina roja. Roja como el sol a través de la piel.

Tamara ya casi tenía doce años. Se le tiraba mucha baba por el hocico. Su mandíbula se veía caída y pesada, como cuando Hermano y yo jugábamos a las muecas enfrente de la pintura de Camioneta. Apenas le aguantaba los diez dientes verdosos olor a basura orgánica que le so-

braban. Sus ladridos eran sonido seco ronco lleno de eco. Las cataratas le habían comido la vista. Papá le decía a Mamá que ya la durmieran. Que viera cómo le arrastraban las patitas. Y ella le contestaba No, no me voy a meter en los planes del Señor. La vida tiene sus tiempos para cada uno.

Cuando nos íbamos le cerrábamos el zaguán para que no creyera que íbamos a pasear. Nomás nos parábamos cada uno a su lado y le dábamos a oler la mano. Cuando movía la cola le hacíamos piojito y le palmeábamos en las costillas. Ella era una perra feliz y nosotros como sus hermanos.

Mamá prendió a Camioneta. Sus faros se iluminaron. El ojo omnipresente se volvía un cuerpo entero de metal. Y los faros como un flash tomando una foto. Polaroid de hermanos saliendo a tiempo. Luego se quedaron alumbrando parte del suelo. Como un flash tomando un vídeo en infrarrojo. Vídeo de Hermana adelante, Hermano atrás. Video de la primera vuelta en la esquina. Vídeo de cielo más claro, el sol hasta abajo en el horizonte. Vídeo de la segunda vuelta y la voz sentenciosa de Mamá preguntando ¿Le cerraron bien la puerta a la perra? y Hermano y yo asintiendo. Nos molestaba que nunca le llamara por el nombre. Empezaba a decir en mi cabeza Tamara, Tamara, Tamara.

Vídeo de Tamara rodeando a Camioneta. Vídeo de Tamara oliendo a Camioneta. Vídeo de la tercera vuelta y el sonido del acelerador.

Tamara por abajo de las llantas se sintió como pasar un tope, pero más suave. No sé si fueron las cuatro, una tonelada de metal y familia, por encima. Camioneta le tomó las costillas y le perforó los pulmones, como si siempre hubieran sido sus planes. Que se nos quedara abierto el seguro cuando teníamos tiempo de más. Como si estuviera en todos lados al mismo tiempo, organizándonos con sus ojos que todo lo ven. Como si supiera que no pensábamos en los niños de África cuando sentíamos la lengua con proteínas.

La puso a dormir como Papá quería. La cara de Mamá tragó saliva. Dijo Bájense por ella, la vamos a tirar en algún lugar de camino a la pobre. Ya le tocaba. Y se persignó. Yo también sentí que Camioneta me

apretaba con el cinturón y me empezaba a ahogar antes de empujar la puerta párpado sin pestañas como diciéndome que no me metiera en sus planes. Mi cara tragó saliva. Mamá parecía sentir una cosa que no se le iba a quitar ni con todas las confesiones que le quedaban en vida.

El gris de acera y rojo del hocico de Tamara se hicieron un violeta de expiar pecados que no entendíamos todavía. La agarramos fuerte entre los dos. Era ligerita. Como si ya se le hubiera volado el peso del cuerpo viejo. Como si Camioneta le hubiera exprimido el nombre. Respiraba feo. Porque las llantas no quisieron soltarle los costados aunque se estaba terminando morir. Le acariciamos la cabeza entre el pelo y las canas. Nos despedimos haciendo el volumen chiquito. Tamara, Tamara, Tamara. Perdónanos. Yo también quise sacrificarme, y vi que los ojos de Hermano pensaron lo mismo. Los rugidos de Camioneta nos hicieron subirnos. Porque Mamá y Camioneta siempre llegan a tiempo.

La volteé a ver. Me acomodó el cabello atrás de la oreja y me sonrió con cara de gallina sin hijos. Pero se quedó callada.

Le puso play al disco de la misa. No se escuchó nada. Luego giseo. Como cuando a un vídeo se le acaba el rollo. Como si Camioneta no le diera permiso. Como si quisiera echarle a ella sola la culpa. Por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa.

Mamá lo sacó y le echó de su aliento de mañana. Lo frotó en su pantalón con mucha fricción. Una vez. Dos veces. Se le cayó. Dijo Recen. Recen mientras lo pongo. Luego escuchen. Mamá también respiraba feo. No dejó de decir que rezáramos pero sólo moviendo la lengua y los labios casi nada. Lo devolvió al estéreo y presionó el botón de reproducir. Queridos hermanos. Lloramos pellizcándonos los brazos para acordarnos de no hacer ruido. A Camioneta le gustaba ser la única que podía hablar, habla de motor viviente, cuando estábamos en ella. Oremos. La cabeza de Tamara rebotó todo el camino, dándole golpecitos a la caja de Camioneta.

Llegamos a un lugar de maleza muy larga para arriba. Mamá nos ordenó abrir la caja y tirarla. Ya estaba empezando a ponérsele gorda la

panza, como si le fuera a nacer un cachorro. Estaba dura como las cosas cuando se mueren. La intentamos aventar, pero no pudimos.

Así que la arrastramos. La lengua se le iba raspando por las piedras y hojas secas. Mamá volteó y dijo parsimoniosa Aquí. Aquí es. Y se arrodilló frente al cuerpo de Tamara.

Dijo El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo.

Arrancó un diente de Tamara y se lo metió a la boca. Lo masticó. Mamá hizo cara de placer. De estar en contacto con algo más. De éxtasis.

Coman y beban de su sangre. Recen. Coman y beban. Recen.

Otro diente. E intentó quitarle la lengua. Pero no pudo con las manos. Así que acercó su boca a la boca de Tamara y se la metió a la propia. La mordió y escupió para que comiéramos nosotros.

Y dijo Gracias, Dios, por llenarnos de proteínas, vitaminas y minerales.

Y me miró. Piensa en los pobres niños y come. Come, come, come. Sus ojos se hacían de máquina roja. El rosa de lengua muerta y rosa de lengua viva hacían, para Mamá, un blanco de pureza. Para nosotros un petróleo aceite de coche de llanto silencioso.

Y Camioneta rugía de fondo. Mamá dijo con boca llena Ella también quiere. No hay que meternos en sus planes y compartir. Ayúdenme a cargar a la perra. Vamos. No se queden ahí, niños, vamos, vamos. Así lo quiere Camioneta, que es nuestra madre y nuestro padre. Gracias, Camioneta, por darnos alimento. Gracias, gracias, gracias.

Hermano y yo la arrastramos otra vez. Perdónanos, Tamara. La boca me sabía a animal aplastado y a sal de lágrima que no puede salir.

La guerra

En la misma temporada, Iovanna me tapó los oídos. Me dijo que la imagen sola me iba a hacer sentir menos ganas de llorar.

Aprendí que el miedo entra por muchos lados del cuerpo y a veces se queda encerrado. El eco de las balas, los llantos de esa mujer en nuestra tele, los gritos.

Que el miedo se cuela, se empuja por los ojos, las orejas, el tacto. Por la vulnerabilidad de ser una niña viendo una película de clasificación C, tal vez.

*

Ana Paula venía de un pueblo al norte, en Tamaulipas. Su mamá también, y el resto de su familia. Eran militares casi todos.

Me llevaba a la casa de sus abuelos y sacaba una llave de un lugar oculto para mostrarme una pistola o dos o tres y preguntarme si quería jugar con ellas, porque no estaban cargadas. Ese día descubrí que algo fuera de la naturaleza me podía matar. Un objeto, que, decían sus tíos, era para protegerse, para cuidarse.

*

Felipe Calderón era presidente y había implementado la guerra contra el narco.

Se supone que era una propuesta innovadora.

Era especial que sólo le dijeran inseguridad. Crimen organizado. Palabras que se repitieron todos los días por muchos años.

Poco a poco nos fuimos enterando de a qué hora volver a la casa, de a qué lugares dejar de ir y a partir de qué momento del día, de qué dejar de decir, a quiénes no ver a los ojos, como si alguien pudiera enojarse y colgarnos de un puente. Porque el horror estaba en dejar de nombrar las cosas para que se hicieran menos reales.

Nos explicaron que la policía federal y los militares eran "de los mismos". Eso decían los adultos. Porque el horror no debía de estar al alcance de niñas de ocho, como lo fuimos.

Cuando un niño sueña con ser policía no se imagina uno en el noreste de México en los dos mil.

*

Ana y yo jugábamos a ser esposas de los malos, así los empezaron a llamar, los malos, porque no había otra forma de ponerlo.

La historia sucedía así: Éramos mujeres solas y tristes porque ellos trabajaban mucho. Salían a dispararle a los torsos de la gente y a vender cosas en unos como bloques que nos aprendimos de memoria por las noticias. Y nosotras nos besábamos para no extrañarlos tanto. Para no pensar en lo que hacían antes de volver a la casa: Hacer que los niños se escondan, que miren en blogs de internet a cuerpos decapitados, desmembrados, a hombres llorando, llenos de sangre y mierda en los pantalones, con las uñas sucias, con las risas detrás de la cámara, las risas de los hombres con los que nos habíamos casado y sus armas de fuego sin ocultar.

Nos dibujábamos figuras con la lengua al interior de la boca y limpiábamos la baba de la barbilla con el dorso de la mano.

Su lengua era una víscera que me hacía sentir segura cuando oíamos balas pasearse cerca de la azotea; un ser viscoso que me curaba de

saber que la muerte iba sobre unas pickups con ametralladoras, como las perras cuando lamen a sus cachorros.

*

Una vez en la oscuridad de su cuarto me puso la mano encima de los calzones. Luego dirigió la mía hacia los suyos y nos frotamos. No nos los quitamos porque había algo en ello que entendimos que todavía no estaba listo para nosotras. Guardamos el secreto: laberinto cavernoso que nos goteaba por el cuello y las clavículas mientras nos poníamos las manos fuerte en las orejas.

Sabíamos cómo cuidarnos cuando se oía todo eso más cerca: Teníamos colchones bajo las bases por si acaso, por si había que correr. Boca abajo, tumbadas en el piso, palmas sobre la nuca, codos abiertos. Luego besarnos para recuperarnos. Caer en la cuenta de que no imaginábamos nada. El horror a veces estaba después de la ventana, en las calles paralelas, o enfrente. Sin esperarnos exactamente, pero sin irse, como las casadas tristes del juego. Estaba en los mensajes en la entrada de los garajes. Fue una amenaza en una cartulina y también los jueves a las tres de la tarde, cuando era el toque de queda en mi colonia, y en las noches y luego a cualquier hora de sol.

*

Y si algún día está del otro lado de la puerta, le preguntaba yo, y ella me dijo que me quería enseñar algo que había conocido por su mamá. Pero teníamos que esperar a que se durmiera.

Entramos sobre las puntas de los pies y cambiamos el canal de la televisión. Un hombre se desabrochaba un cinturón y se sacaba un pene gigante de los jeans y lo metía en una vagina abriéndola a la fuerza. Ella gritaba como los hombres ya nada humanos de sangre y mierda de los blogs que también buscábamos juntas.

Ninguna pronunció palabra, sólo nos acostamos en la alfombra y entrelazamos las manos. Yo le acaricié el pelo y ella a mí, como diciéndonos que no estábamos en esa realidad de desnudez impuesta.

Las dos supimos del horror de ser atravesada por un fragmento de carne; por alguien detrás de la cámara, de nuestro silencio que no ayudaba a la mujer. Aprendimos a ver a las masas contenidas ser transgredidas y acompañarnos, como lo que me enseñó Iovanna.

*

Aprendí a besarla cuando su mamá se enojaba porque esperaba que Ana Paula, una niña igual a mí, supiera qué hacer del mundo cuando lo invadían los malos.

Un día en mi casa, la casa de mi familia, donde nos tirábamos a aislarnos haciendo candados de nuestras bocas, la mamá me pidió que le diera un cinturón de mi papá. Uno de hebilla grande y dura, especificó. Y de cuero, preferentemente. Y yo supe que iba a encerrarle el miedo, a recordarle que era chica y desprotegida.

Escuché su llanto sin taparme nada. Los golpes de su espalda se oían como las balas que atravesaron las paredes del dúplex de mis vecinos en la cuadra de atrás. Quise abrazarla.

*

El horror fue preguntarme cómo se podía aproximar lo que le hacía una madre a una hija, la suya, a lo que hacía un hombre que se cubría todo el rostro con lentes oscuros y una gorra de Ed Hardy desde una pickup a otro de otro cartel con una AK-47.

O lo que un pene, que era un forastero, desde una película casera con una cámara en mano, a una mujer.

Se arrancaban de sus seres humanos para recordarles a las otras personas que estaban, siempre, por arriba, a merced de sus deseos.

El horror, para mí, es una guerra atrapada en la memoria. Una memoria que se explaya en mi casa de la infancia, en las pantallas, en el sonido seco y punzante de los motores de las Suburban y los disparos; en los labios de una niña que ya no existe.

En convencerme de que, después de todo, ahora soy menos vulnerable. Aunque sepa que sigue latiendo del otro lado de la puerta.

Alejandra Andrade Rosales

Escritora, editora y estudiante de Letras Hispánicas. Hizo su debut literario en 2024 con el libro *Cuando las polillas entren*, publicado en la colección La Maleta de Hemingway (Secretaría de Cultura). En 2025 publicó el ensayo *Cuerpos y territorios: la anatomía de la explotación simbólica* bajo el sello de Tulipes Editorial. Actualmente compagina la escritura con su labor como editora en el periódico *La Voz del Sur de Jalisco*.

Amarillo húmedo

Hay cosas que no se recuerdan.
Otras que no se pueden olvidar.
Y algunas que solo se entienden cuando desaparecen.

Un lunes se despertó sabiendo que había amado profundamente a dos personas, pero sin recordar sus rostros.
No fue un susto. Fue una certidumbre opaca, como el vaho sobre un vidrio o como un nudo casi disuelto en la boca del estómago.

El cuerpo no olvidaba. Eso era lo raro.
El cuerpo aún reaccionaba.
Al vapor del café. Al roce de una bufanda en la nuca. Al silencio que sólo se da entre dos cuerpos que alguna vez se conocieron.

Apuntó en su libreta:
¿Dónde reside el deseo cuando no hay imagen?

No obtuvo respuesta. Solo una línea temblorosa que partía el papel como una fisura.

Desde hacía semanas, a veces no reconocía los nombres de las calles. O encendía el horno y se quedaba mirándolo, sin saber si debía hornear algo o calentarse las manos.

Una noche, simplemente olvidó cómo encender la luz.
Y en la oscuridad, alguien —quizás un recuerdo, quizás una invención— le acarició la espalda.
No le importó saber quién era.

Quizás el amor sea eso, pensó:
una forma de tacto que persiste incluso cuando la historia se borra.

Dos mujeres se miraban desde una cocina vieja.
La imagen estaba dentro de un libro que hojeaba por costumbre, uno de esos que ya no entendía del todo pero aún la consolaban: Concha Urquiza, Campobello, María Luisa Puga, alguna línea de Rebeca Uribe subrayada con torpeza.

La fotografía cayó al suelo como si quisiera revelarse.
Una mujer tenía el pelo recogido. La otra sostenía una taza agrietada.
La mirada entre ellas parecía durar siglos.
No supo quiénes eran. No quiso saber.
Pero una presión leve le vibró en el pecho, como si un océano se abriera sin permiso.

Guardó la foto entre las páginas de un cuaderno sin etiquetas.

Desde entonces, vivía con esa ambigüedad:
recordar sensaciones sin narrativas,
revivir el deseo sin poder nombrar su fuente.

A veces, al cerrar los ojos, el olor de un fomento, el timbre de una voz, un color específico —amarillo húmedo, como ciertas hojas en septiembre— le provocaban una ternura instantánea, casi ofensiva.

¿Y si no hay rostro, no hay amor?
¿Y si el deseo también puede ser sin objeto?

¿Y si el objeto allí sigue, solo disuelto?

Preguntas como ésas la visitaban como pájaros de paso.
Nunca se quedaban. Solo dejaban sombra.

No le hablaba a nadie de esto.
Guardaba todo en sobres sin remitente.
A veces los escondía dentro de libros.
Otras, los dejaba bajo la almohada, esperando que alguien —ella misma, tal vez en otro tiempo— los leyera.

No hay tragedia en olvidar.
La tragedia está en fingir que lo recordado es siempre exacto.

Con todo el peso del mundo

Ella era como un fragmento de sol. Caminaba junto a los aros al atardecer.

–¿Ya trajeron las flores?

Los días no siempre eran buenos, pero siempre tenía una sonrisa para mí.

–Las trajeron desde temprano.

Nunca intercambié más de dos frases con ella:

–¿Quién era su familia?

Un "¡buenas tardes!", "¡que le vaya bien!"

–Sé que estaba casada. Cuidaba a su nieto y a su madre.

Ella era muy bonita, tan bonita como mi mamá y mis dos abuelas.

–¿No sabía que había tenido hijos?

La podía reconocer desde lejos; los matices de su ropa la delataban.

–Tuvo solo una hija, desde hace muchos años vive fuera, en el extranjero.

Caminaba como lo hacen las plantas con el aire.

–¿Y esa hija suya vendrá a despedirse de ella?

Creía que olía a perfume, aunque nunca la tuve demasiado cerca para saberlo.

–No creo. Van a enterrarla mañana y su hija aún no ha vuelto.

Aquella mujer jamás supo lo mucho que yo la quería.

–¿En dónde van a sepultarla?

La quería aun cuando su existencia significara poco o nada en mi vida.

–En el cementerio municipal Altagracia.
Formaba parte de mis recuerdos, de los momentos en que fui niña.
–Ese lugar no me gusta. Está tan sucio y descuidado.
Su cabello lo conocí dorado por el tinte.
–A los muertos eso ya no les importa.
Ella era grande, como todos los seres impresionantes.
–¿Le dedicaran, aunque sea una misa?
Abarcaba todo el espacio que se merecía.
–La iglesia sigue cerrada.
Era alta y fuerte. Le cabían más de tres bolsas de mandado en cada mano.
–Ya no me acordaba.
Era gorda como un océano oleado.
–Es que como uno ya no usa cubrebocas piensa que la pandemia ya terminó.
Y mientras que yo pensaba que era eterna, otros pensaban que era invencible.
–¿Entonces tampoco van a velar su cuerpo?
Que podían reírse, tomarla de burla, insultarla sin que ocurriera nada.
–Solo su familia. Menos de diez personas.
Yo la adoraba, y mis ojos la perseguían mientras se alejaba.
–Voy a extrañarla.
Ella era un paisaje vivo, una nube conteniendo la lluvia.
–Ni siquiera la conocías.
Y andaba intentando secarse el rostro,
–Sabía lo necesario.
continuando su recorrido, pese a lo que pese a todos.
–¿Sabías al menos su nombre?
"*Elefante, llanta, masa, ballena, monstruo, melón y sandía*"
–No porque nunca nos presentaron.
le gritaban cada semana, como si fuera parte de una rutina extraña.
–Se llamaba Martha.
Sin embargo, de su boca era imposible que saliera algo malo.

–Su nombre es hebreo, recuerdo haber leído que significa señora.
Era amable, incluso con aquellos que no lo merecían.
–Qué raro que pienses en eso.
No importaba su bordado de rosas o su gentileza;
–¿Cuántos años tenía?
su peso significaba más para el mundo
–¿Quién sabe?, a lo mejor menos de sesenta.
que el resto de las cosas que la conformaban.
–Entonces, no la consumió la edad, ¿Sabe usted de qué murió?
Para mí era mi amiga, aunque pareciéramos lejanas.
–Se atraganto comiendo. Dicen que se le atoró un espagueti.
Me agradaba su risa, tan cálida como la misma tierra.
–¿Es una broma?
Y yo ansiaba que, cuales fuesen sus dolores, se perdieran junto al viento.
–No, me lo dijo una sobrina de ella. Al parecer ocurrió en la noche, mientras cenaban.
Quería que fuera sorda,
–¿Ya lo saben los vecinos?
para que no escuchara aquellas palabras tan desafortunadas que la acompañaban.
–No, creo que solo me lo contó a mí.
Quería que la gente la mirara
–Entonces, no se lo digas a nadie más por favor.
como yo lo hacía: humana.

A la muerte le gustan las flores

Personajes:
Yauhtli
Muerte

Escena única. Es de noche. Huele a azucena y no hay nada más que hierba y arena. YAUHTLI está sola en el escenario. Su expresión es pensativa.

YAUHTLI

Y me pregunto de qué se nutre la tierra, de qué alimento a mi sangre, de dónde vienen los matices de mi rostro y de cuántas lunas estoy hecha.
(Mira sus manos)
Y mi cuerpo, que sabe a especia y a sal, que parece corrientes de agua y nidos de pájaros anaranjados, no se conforma con un viento dulce, con un suelo terso…
(Entra LA MUERTE. Su silueta es alta y esbelta, vestida con un manto oscuro. Camina con elegancia, como si danzara con el viento.)

MUERTE

(Con voz serena, casi taciturna)
El eco vino corriendo y me dijo tu nombre, me contó tus penas y me contó tus noches.

YAUHTLI

(Se sobresalta. Su tono es nervioso, pero desafiante)

Uno propone, Dios dispone, llega la muerte y todo lo descompone. ¡Mi semana ya iba mal y encima se te ocurre venir! A quererme acostar en un petate… No me mires con esa cara larga, flaca desgraciada. Ahora no son horas de hacer visitas. Si quieres, ven más tarde, después de almorzar, si te place.

MUERTE

(Sonríe)

Ya veo, aún no te han contado que te quiero.

YAUHTLI

(Con burla)

Me quieres, pero bien tiesa.

MUERTE

Te quiero como dos amantes en febrero.

YAUHTLI

(Desconcertada)

¿De modo que estás enamorada?

MUERTE

Tanto como todos los mitos que de amor se han escrito.

YAUHTLI

(Pensativa)

Pero… si somos dos mujeres.

MUERTE

(Habla con naturalidad)

¿Y eso qué tiene? Te invito a mi jardín, prácticamente esa es mi casa. Allí reposan todos cuantos tienen alma.

YAUHTLI

(Duda)

Ay, no se me antoja… Ya sabes, soy muy tímida y eso suena a que hay muchas personas.

MUERTE

(Ríe)

A mi jardín siempre llevan buena ofrenda: el pan, el mole y la azúcar nunca faltan el dos de noviembre.

YAUHTLI

No sé… es que yo estoy acostumbrada a comer tres veces al día y no una vez al año.

MUERTE

(Se acerca lentamente)

Al vivo todo le falta y al muerto todo le sobra. No te confíes, que de golosos y tragones están llenos los panteones. Ya lo verás con los años, que no te hacen falta. Tú y yo juntas podríamos ser como dos Mictecacíhuatl.

YAUHTLI

(Baja la mirada, inquieta)

Lo que pasa es que tengo miedo… ya sabes lo que dicen: "Mujeres juntas, sólo difuntas".

MUERTE

Pues eso no le dijiste antier a tu amiga…

YAUHTLI

(Sobresaltada)

¡Ay, pero si lo que tienes de huesuda, lo tienes de chismosa! Eso solo fue un beso de peda, ya sabes, de broma. Además, a mí me gusta más la gente… no sé, así como más despiertita. Ya sabes, viva.

MUERTE

(Saca un pequeño frasco y se lo ofrece a YAUHTLI)

Mira, Yauhtli, no hay nada que me cause más pena que una mujer que no sabe lo que es ser amada por otra mujer. Yo no tengo prisa. Total, por ti puedo volver incluso si nomás te da una gripa… Sin embargo, si cambias de opinión, te invito a tomarte esto. Y de un jalón… hasta el panteón.

YAUHTLI

(Toma el frasco, lo observa con incertidumbre)

Ay, mi Muerte querida… Si no fueras tan pálida, si me pudiera ir contigo estando viva…

MUERTE

(Sonríe con dulzura)

A lo mejor si te transformas en flores, si vas a mi lado junto a los cajones y me buscas de vez en cuando, si vuelves a la muerte algo menos amargo.

YAUHTLI

(Con resignación y una pequeña sonrisa)

Estaré en el último aliento de un beso helado. Y me llamarán Cempasúchil, como si estuviera tejida entre veinte soles…

Mi adorada muerte al final, dudo mucho que haya alguien que me quiera más, si adonde yo vaya tu estarás.

(Se apagan las luces.)

Al filo de la letra.
Antología literaria
Se terminó de imprimir en los talles gráfico de ...(NOMBRE DE LA IMPRENTA Y DOMICILIO).....

Tiraje: